



**Actitudes ante la muerte asociadas a la mentalidad de las élites de Medellín: el caso
del Cementerio San Pedro, siglos XIX y XX**

Juan Diego Torres Urrego

Trabajo de grado presentado para optar al título de Historiador

Asesor

Rodrigo de Jesús García Estrada, Doctor (PhD) en Historia

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Historia

Medellín, Antioquia, Colombia

2022

Cita numérica	1
Cita nota al pie	¹ Juan Diego Torres Urrego, “Actitudes ante la muerte asociadas a la mentalidad de las élites de Medellín: el caso del Cementerio San Pedro, siglos XIX y XX” (Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2022).
Fuentes primarias / Bibliografía	Torres Urrego, Juan Diego. “Actitudes ante la muerte asociadas a la mentalidad de las élites de Medellín: el caso del Cementerio San Pedro, siglos XIX y XX”. Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2022.

Estilo: Chicago 17 (2017) y adaptación de Trashumante. Revista Americana de Historia Social UdeA.



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Decana: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Luz Eugenia Pimienta Restrepo.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

Debo agradecer y reconocer a mis padres, hermanos y tíos el apoyo constante a mi ejercicio de la disciplina histórica, con quienes, desde joven, siempre compartí historias y anécdotas a la luz de los encuentros y las lecturas de la pequeña biblioteca familiar. Agradezco la compañía y ayuda de mi compañera de vida y pareja: Natalia Isabel Vargas Barbosa.

Resalto la labor de mis profesores en mi formación y manifiesto mi infinita gratitud a: Ramón Hoyos Moreno profesor de español de la secundaria quien incentivó mi pasión por la lectura y a mi asesor Rodrigo de J. García Estrada que en la universidad afinó mi olfato de historiador, despertó mi sentido crítico frente a las fuentes, los textos y el *establishment*. Expreso también mi gratitud al Departamento de Historia y su cuerpo docente, en especial a Andrés López Bermúdez, Giovanni Restrepo Orrego, Luz Eugenia Pimienta y Alba David Bravo.

Resalto el trabajo conjunto que tuve la fortuna de construir durante mi labor como mediador y coordinador académico del Cementerio Museo San Pedro de la ciudad de Medellín. En dicho ejercicio, reconozco el trabajo de Catalina Velásquez Parra, gestora de la idea de convertir al Cementerio San Pedro en museo, el trabajo de Patricia García Zapata continuadora de su gestión y de todo el cuerpo directivo en cabeza de Camilo Echavarría Greiffenstein y Juan José Restrepo Ángel.

Agradezco la amistad, colegaje y enseñanzas que me dispensaron mediadores, investigadores y funcionarios del Cementerio Museo San Pedro. Mencionar los nombres de todos durante los 18 años de mi ejercicio como funcionario excede la extensión de estas líneas. Expreso mi gratitud a cada uno de ellos y resalto el trabajo de Diego Andrés Bernal Botero quien ha venido realizando un constante e importante trabajo consistente en investigar la historia de los “muertitos” como bien ha sabido llamarlos él. Agradezco la lectura de borradores y el trabajo de recopilación de fuentes realizado por Frankly A. Suárez Tangarife, Diego Andrés Bernal Botero, Mauricio Arango Puerta, Natalia Gutiérrez y Ana Isabel Cadavid.

Tabla de contenido

Resumen	6
Abstract.....	7
Introducción.....	8
Capítulo primero.....	18
1.1 Las prácticas funerarias: un proceso de larga duración	18
1.2 Ritualidad funeraria en el mundo prehispánico	20
1.3 Disposiciones para inhumar fuera de los templos	22
1.4 Los cementerios extramuros en Medellín: entre la tradición, la marginación y el elitismo	24
1.5 La memoria viva del Cementerio San Pedro	31
Capítulo segundo	37
2.1 Una ciudad moderna y fervorosa: nuevos cementerios, indulgencias y negocios funerarios	37
2.2 Los negocios funerarios.....	49
2.3 Memoria de las enfermedades mortíferas.....	55
2.4 Las flores como símbolo redentor	56
Capítulo tercero	59
3.1 Geografía y enmarañamiento de la muerte y la vida: reseña de Mausoleos y tumbas de notables políticos	59
3.2 La muerte simbólica y festiva de los empresarios, los artistas y los científicos.....	74
Conclusiones.....	80
Fuentes primarias.....	83
Bibliografía.....	91

Lista de figuras

- Figura 1.** Cementerio San Pedro, Francisco Mejía, s.t., s.d., Medellín, 1933, Archivo Fotográfico, B.P.P. 35
- Figura 2.** [Mausoleo Manuel Uribe Ángel], s.a., s.t., s.d., Sergio González, Medellín, 2019, Archivo Fundación Cementerio San Pedro 49
- Figura 3.** [Boleta de cobro agencia mortuoria de Higinio y Jesús María Mondragón], Higinio y Jesús María Mondragón, tinta sobre papel, s.d., Medellín, 1903, AHA. Notaría Primera, escritura 1730, agosto-septiembre 1903, ff. 3824r-3907v. 51
- Figura 4.** [Lápida en tumba de Higinio Mondragón], Melitón Rodríguez R., talla sobre mármol, s.d., s.f., Juan Diego Torres Urrego, Medellín, 2019, osarios ubicados al ingreso de la Iglesia San José de Medellín..... 52
- Figura 5.** [Lápida en tumba de Julián Vásquez J.] Melitón Rodríguez R. y Francisco Antonio Cano, talla sobre mármol, alto: 74 cm, ancho: 50 cm, grosor: 3 cm, Medellín, 1885, Luis Fernando Torres, 2018, Cementerio Museo San Pedro..... 54
- Figura 6.** [Epígrafe en homenaje a Pedro Uribe Restrepo], s.a., s.t., s.d., s.f., Santiago Ochoa, Medellín, 2014, Archivo Fundación Cementerio San Pedro. 61
- Figura 7.** [Mausoleo Julio Ramírez Johns], s.a., s.t., s.d., s.f., Archivo Fundación Cementerio San Pedro. 64
- Figura 8.** [Lápida en tumba de Enriqueta Vásquez de Ospina con firma de H.M.R], Horacio Marino Rodríguez, talla sobre mármol, s.d., s.f., Luis Fernando Torres, Medellín, 2018. 66
- Figura 9.** [Mausoleo Pedro Justo Berrio], Marco Tobón Mejía, escultura en mármol, s.d., 1927, s.a., Archivo Fundación Cementerio San Pedro. 68
- Figura 10.** [Mausoleo Jorge Isaacs], Marco Tobón Mejía, escultura en mármol, s.d., 1926, s.a., s.f., Archivo Fundación Cementerio San Pedro. 73
- Figura 11.** Entierro del General Pedro Nel Ospina, Jorge Obando, Postal, s.d., Medellín, 1927, Archivo Fotográfico B.P.P. 74
- Figura 12.** [Tumba de Ciro Mendía], Pepe Mexía, grabado sobre mármol, s.d., s.f., Sergio González, 2019, Archivo Fundación Cementerio San Pedro. 78

Resumen

El presente trabajo realiza un recuento histórico sobre actitudes frente a la muerte y los mecanismos de enterramiento realizados por la élite en el Cementerio de San Pedro de Medellín. Da cuenta de los inicios y clausura de los primeros cementerios “extramuros” de la ciudad; la fundación del San Pedro de manos de la élite antioqueña; se ilustra las actitudes y rituales ante la muerte y las dimensiones y características del negocio funerario adelantado por empresarios de la época.

Palabras clave: actitudes frente a la muerte, cementerios, rituales, élites, arte fúnebre, Cementerio San Pedro.

Abstract

The present work makes a historical account of attitudes towards death and the burial mechanisms carried out by the elite in the Cemetery of San Pedro de Medellín. It gives an account of the beginnings and closure of the first "extramural" cemeteries of the city; the founding of San Pedro at the hands of the Antioquia elite; the attitudes and rituals before death and the dimensions and characteristics of the funeral business carried out by businessmen of the time are illustrated.

Keywords: attitudes towards death, cemeteries, rituals, elites, funeral art, Cementerio San Pedro

Introducción

En un periodo de larga duración, entre el Neanderthal y el hombre moderno del siglo XXI, se han revelado dinámicas constantes: unas conscientes actitudes funerarias ante la muerte que, como veremos en esta monografía, han variado en espacios y contextos. Pero otros aspectos se han mantenido firmes, como la ritualidad y el cuidado de los cadáveres, definido como un asunto de obligación moral y ritual sagrado, además de la creencia de que sus memorias deben preservarse con cantos, plegarias, oraciones y flores.

Los espacios de enterramiento variaron considerablemente: en la Antigüedad se inhumaba al aire libre; afuera de las aldeas, en Grecia y en Roma; y posteriormente, con el ascenso del cristianismo a este último imperio, en el siglo IV, en las iglesias. Dinámica que favoreció a los curas, los hacendados y los políticos que tenían patrimonio económico para pagar por su sepultura, en estos lugares sacros donde, según sus creencias ante la muerte, podían “acercarse un poco más al cielo.”¹ La práctica de inhumar en los templos, en cementerios intramuros, duró hasta finales del XVIII, porque las familias reales del Viejo Mundo, como la de los Borbones españoles, por ejemplo, la consideraron antihigiénica y perjudicial para la salud de los vivos. Situación que precipitó la construcción de panteones extramuros en Europa y América. En la Nueva Granada, los primeros camposantos funcionaron en Bogotá, Mompox, Cartagena y en la región del actual departamento de Santander. En la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín también, durante las tres primeras décadas del XIX, se fundaron el Cementerio “Vice Parroquial de San Benito” (1803), el “Cementerio de la Villa” (1809), el de San Lorenzo (1828) y el de San Pedro (1842).

La estructura de esta monografía es la siguiente: En el capítulo primero se analizan de manera panorámica los mecanismos de enterramiento acaecidos desde la Antigüedad hasta el siglo XX, enunciando rituales diversos en Europa y lo que hoy comprende a América Latina; enfatizando en el cambio de actitud a partir de finales del XVIII, cuando empezó a inhumarse afuera de los templos. Asimismo, se da cuenta en términos generales del inicio y de la clausura de los cementerios “Vice Parroquial de San Benito”, “Cementerio de la Villa” y San Lorenzo, procesos a

¹ Citado en Diego Andrés Bernal Botero, *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada* (Medellín: Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2014), 33, <https://bit.ly/3OoTZKo>.

los que aludiremos en breve, además de los relacionados con la edificación y administración del San Pedro en manos de la élite de la Villa de Medellín.

El segundo capítulo trata sobre el proceso adelantado por la élite para “colocar su alma en las manos de Dios”, según la tradicional creencia religiosa afincada en el cristianismo, verificado en los testamentos o “los pasaportes para ir al cielo”, como escribió Jacques Le Goff, a través de las indulgencias controladas por la Iglesia². En este acápite se narra el espectacular entierro del intelectual Manuel Uribe Ángel, con el fin de ilustrar las actitudes y rituales ante la muerte, como el uso infaltable de flores en las ceremonias fúnebres practicadas en Medellín. Del mismo modo, se exponen las características del negocio funerario adelantado por varios empresarios de la época, además de la mortalidad causada en el siglo XIX por enfermedades tales como la fiebre tifoidea, la viruela, la gastroenteritis y la disentería.

Por último, en el capítulo tercero, se alude a los mausoleos construidos en el Cementerio San Pedro para preservar la memoria viva de personas de la élite: sacerdotes, artistas, empresarios y políticos. Algunas de estas obras de arte en piedra y mármol contemplan, entre otros símbolos, elementos relativos a la cristiandad y albergan los restos mortales de Julio Ramírez Johns, Mariano Ospina Rodríguez, Pedro Justo Berrio, Pedro Nel Ospina y Jorge Isaacs, de quienes se relata la llegada de sus restos mortales a Medellín y su posterior inhumación, pomposa, ceremoniosa y fraternal.

Las fuentes que se consultaron para sustentar la presente monografía son diversas: en el primer grupo, aquellas tomadas del Archivo del Cementerio San Pedro, y del Archivo Histórico de Antioquia, Fondo Notarial; en el segundo, algunos archivos personales y artículos literarios; y en el último, investigaciones relacionadas con la historia de los cementerios en Europa y América Latina.

Históricamente el tema de la muerte, así como su misterio, ha sido materia de preocupación para académicos, literatos y eclesiásticos. El miedo a ella convive en la mentalidad de cualquier persona del común que ha solidificado cotidianamente la pregunta ¿qué sigue después de morir? Cuestión que utilizan como mecanismo para ejercer dominio las religiones, tendencia preponderante en el cristianismo, para asociar desde la ritualidad a los vivos y dolientes con el

² Jacques Le Goff, *La bolsa y la vida* (París: GEDISA, 1986).

“más allá”. En este sentido, para el caso de esta investigación: ¿A quién, según su imaginario sacro, decidieron entregar “simbólicamente” sus almas los deudos?

La muerte es un negocio como cualquier otro. Entonces, también nos preguntamos cómo intervinieron los sacerdotes en él a través de la celebración de misas y otras ofrendas sacras, como las oraciones. Y de qué manera, con qué aportes, los dolientes contribuyeron monetariamente para levantar templos en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria. Es decir, ¿Cómo funcionaron los testamentos en este proceso? Esto se hace evidente en la documentación recogida para elaborar este trabajo, a lo largo de los siglos XIX y XX.

En tanto negocio, más en una ciudad que contó con una marcada visión empresarial, nos interesa saber cómo funcionaron las agencias mortuorias y qué tipo de servicios ofrecían; cuáles agentes se asociaron en ellas; con qué materias primas elaboraban, por ejemplo, los ataúdes; qué adornos brindaban en los velorios, caso de flores y velas, e, incluso, formalidades más festivas, como vino y divertimento musical. Porque, y esto lo aprendimos dándole una mirada a las fuentes secundarias, la muerte es una circunstancia de la idiosincrasia festiva de los seres humanos.

Queremos, asimismo, saber cómo a través de la historia evolucionó, hasta el XXI, la manera de inhumar a los muertos. Para finalmente observar las formalidades que se tomaron las élites de Medellín –banqueros en ciernes, socios de minas, latifundistas e importadores de mercancías–, al momento de crear el Cementerio San Pedro. En este punto debe aclararse que también aludiremos al proceso histórico–organizativo de otros camposantos de Medellín –caso del “Vice Parroquial de San Benito”, del San Lorenzo y del Universal–, con el fin de contextualizar el presente tema de investigación. En este punto, se buscará conocer las enfermedades causantes de la muerte.

El Cementerio de San Pedro se fundó con dineros aportados por 50 socios acaudalados de la élite, en la parte nororiental de la ciudad de Medellín en 1842, quienes constantemente expresaron su malestar por la anti–higiene y desorden que se apreció, según esta comitiva, en el tradicional camposanto de la ciudad, el San Lorenzo. Con el transcurso del tiempo y con la consolidación de Medellín como una capital moderna, en lo que a lo estructural se refiere, se instalaron en sus bóvedas muertos ilustres y distinguidos de la sociedad medellinense: políticos notables como Mariano Ospina Rodríguez, Pedro Nel Ospina, Carlos E. Restrepo; célebres intelectuales y reconocidos filántropos como Manuel Uribe Ángel y Julio Ramírez Johns; y artistas y literatos consagrados en vida: Jorge Isaacs, Ciro Mendía, Pedro Nel Gómez, Epifanio Mejía y Tomás Carrasquilla, distinguido grupo al que se le agregaron en los últimos años Elkin Ramírez

(líder y vocalista del grupo de rock Kraken) y el reconocido presentador de televisión, Jota Mario Valencia.

Por último, se alude a los mausoleos construidos en el Cementerio San Pedro para preservar la memoria viva de personas de la élite: religiosos, artistas, empresarios y políticos. Algunas de estas obras de arte en piedra y mármol contemplan, entre otros símbolos, elementos relativos a la cristiandad.

Partiendo del entramado de actitudes ante la muerte –velorio, cortejo fúnebre y entierro– nos interesa indagar: ¿Cómo se concibieron y qué representan los mausoleos de algunos de los citados personajes? Esto, teniendo en cuenta que el Cementerio San Pedro, como proyecto de ciudad enmarcado en una dinámica museológica –paradigmática en el país por su apuesta socio–cultural–, visibiliza una memoria e historia viva. Al unísono, queremos saber, ¿Qué materiales se utilizaron para construirlos?

Como conclusión, consideramos que la presente investigación, pertinente además para conocer aspectos básicos de la historia de Medellín, está enmarcada, metodológicamente, en la Historia Cultural.

Esta investigación cuenta con un conjunto de referencias bibliográficas de carácter teórico, otras relacionadas con las prácticas funerarias, en Europa y en América Latina; y con la historia de los cementerios, donde se advierte la importancia de estos lugares para la reunión afectuosa, de duelo y de ritualidad, de todos los estratos de la sociedad occidental. Del mismo modo, un acervo documental, (testamentos del siglo XIX y XX) para evaluar las actitudes ante la muerte de las élites en Medellín.

El artículo “El hombre ante la muerte: Una mirada antropológica”, de Analía C. Abt., señala cómo las actitudes funerarias, de larga duración, siguiendo el concepto de Fernand Braudel, se han caracterizado por reflejar las maneras como las comunidades históricamente han inhumado a los muertos³. Estos rituales funerarios, o ceremonias cotidianas ancestrales, también son analizadas en el texto de Analía García “El ritual de la muerte en Corrientes. Siglo XVIII”, donde se plantea que estas prácticas entre las distintas culturas se manifiestan como una “obligación moral.”⁴

³ Analía C. Abt, *El hombre ante la Muerte: Una mirada antropológica* (Sociedad Argentina de Cancerología, 2006), <https://bit.ly/2xAt1K0>.

⁴ García S. Analía, *El ritual de la muerte en Corrientes. Siglo XVIII* (Universidad Nacional del Nordeste, s. f.).

Esta “obligación moral”, a fin del respeto por los difuntos, se evidencia también en “Los cuerpos del pasado: momificación natural y artificial”, de Gonzalo J. Trancho, que resalta los enterramientos ancestrales de los Incas donde a los fallecidos, en sus tumbas, los acompañaban con sus bienes preciados en vida: textiles, comida y cerámicas⁵.

Inhumaciones que entre los Muisca se tornaban agresivas, como se reseña en el artículo “El trasfondo indígena”, de Frank Safford, porque, conjuntamente, para honrar al dios Sol, sepultaban, después de sacrificarlos, a parientes, enseres y muertos.”⁶

Para preservar los ritmos de la naturaleza y del universo, varias culturas prehispánicas realizaron sacrificios humanos, como relata Margot Beyersdorff en *Historia y drama ritual en los Andes Bolivianos (siglos XVI–XX)*. Libro en el que realza la experiencia de la momificación en el Alto Perú como símbolo de ritualidad, que convertía a los finados en ancestros tutelares que, como cualquier vivo, disfrutaban de las fiestas comunitarias y de sus respectivos tributos: mujeres, chicha y tierras⁷.

El segundo grupo de referencias bibliográficas da cuenta de la historia de los cementerios al aire libre y de los cementerios intramuros. En la introducción del texto “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”, Miguel Ángel Cuenya describe cómo los camposantos en la Antigüedad se edificaban fuera de las aldeas y los poblados y se protegía a los muertos de los depredadores carnívoros, los felinos, por ejemplo, con piedras y maderas⁸. Por otra parte, León Thoorens relata en *Panorama de las literaturas. De Sumer a la Grecia Clásica*, que en Egipto los inhumados, a veces en suntuosas pirámides, debían de realizar una larga travesía después de finados, por esta circunstancia que refleja lo más profundo de su espiritualidad, y que marcó el corpus de la religiosidad en esta civilización, debían apersonarse de leer y recitar en el más allá una obra de tinte dramático: *El libro de los Muertos*⁹.

⁵ Gonzalo J Trancho, “Los cuerpos del pasado: momificación natural y artificial”, en *Jornadas sobre antropología de la muerte. Identidad, creencias y ritual* (España: Ministerio de Cultura, Educación y Deporte, 2012), 247–74.

⁶ Frank Safford y Marco Palacios, “El trasfondo indígena”, en *Historia de Colombia: país fragmentado, sociedad dividida* (Bogotá: Universidad de los Andes. Facultad de Administración, 2012), 29–41.

⁷ Margot Beyersdorff, *Historia y drama ritual en los Andes bolivianos (siglos XVI–XX)* (Bolivia: Plural Editores, 1999).

⁸ Miguel Ángel Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2008, <https://bit.ly/3n1LMzt>.

⁹ León Thoorens, *Panorama de las literaturas. De Sumer a la Grecia Clásica* (Barcelona: Ediciones Daimon, 1968).

Tanto en la Grecia Clásica como durante los tres primeros siglos en Roma, se inhumaba y cremaba a los muertos en las periferias, alejados de las ciudades. Una coyuntura cambió esta práctica de larga duración: la adopción del cristianismo en el segundo imperio, durante el siglo IV, después de Cristo. Sobre este suceso se refiere Philippe Ariès en *El hombre ante la muerte*¹⁰. A partir de esa época y hasta el siglo XVIII en Occidente, los finados fueron enterrados al interior y en la periferia inmediata de los templos, cerca al altar mayor a los ricos y a los representantes de la administración eclesial y pública, y en los atrios de estas, a mestizos e indígenas¹¹. Al finalizar la Edad Media se evidenció una problemática pública derivada de los finados que ocupaban el interior de los templos, quienes exhalaban olores malsanos y vapores fétidos que afectaban la salud¹². Un tercer grupo de investigaciones se concentra en la legislación que giró en torno a la construcción de cementerios extramuros, es decir, sacar a los difuntos del interior de los templos, a fin de preservar la higiene en las ciudades. Resalta, en esta coyuntura, la citada investigación –para el caso de la Nueva Granada– de Diego Andrés Bernal Botero, quien afirma que los primeros camposantos extramuros en el entonces Virreinato se edificaron en: Barranca del Rey (en 1792); La Pepita, en Santafé de Bogotá, y el de Mompox (ambos en 1793); el de Cartagena (en 1798); en 1800 los panteones de Girón y de Piedecuesta en Santander y el de Popayán y el de Riohacha; y en 1803, 1809, 1828 y 1842 –en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín–, respectivamente, el viceparroquial de San Benito, el cementerio de la villa, el San Lorenzo y el San Pedro¹³. Por su parte, Patricia Stambuck en *Voces en el Panteón. Historias y personajes del Cementerio No. 1 de Valparaíso*, alude a la moderna edificación para inhumar finados que se levantó en el sector de la Recoleta, en Chile, refiriéndose al Cementerio General, ventilado y alejado de la municipalidad.

¹⁰ Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte* (Madrid: Taurus, 1983).

¹¹ Nadine Béligand, “La muerte en la ciudad de México en el siglo XVIII”, *Historia Mexicana* 57, n° 1 (2007), <https://bit.ly/3bgsnbB>.

¹² Sonia Alcaraz Hernández, “Las pestilentes ‘mansiones de la muerte’. Los cementerios de la ciudad de México 1870-1890”, *Trace. Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre*, n° 58 (2010): 93–102, <https://bit.ly/3Qzoi2w>; Martina E. Will de Chaparro, “De cuerpo a cadáver: el tratamiento de los difuntos en Nuevo México en los siglos XVIII y XIX”, *Relaciones* 24, n° 094 (2003): 61–90, <https://bit.ly/3nmpY1D>; Eduardo Cobos, “Una polémica higienista y los cementerios de Caracas en el primer guzmanato, 1870-1877”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2009, <https://bit.ly/3n3KPXB>; Bernal Botero, *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada*; Adriana María Alzate Echeverri, *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada 1760-1810* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2007).

¹³ Bernal Botero, *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada*.

Por último, un conjunto de referencias literarias –como crónicas y poemas–, nos aportan, desde su riqueza descriptiva, elementos para abordar el tema de los mausoleos levantados por la élite en el Cementerio San Pedro, tema del tercer capítulo. En este aparecen citadas obras de Uriel Ospina–*Medellín tiene historia de muchacha bonita*–; comentarios de Alicia M. de Echavarría–“Cómo mejorar las tumbas y algunas costumbres del Cementerio” (se refiere al San Pedro); investigaciones iconográficas –“Descripción de monumentos y mausoleos. Museo Cementerio San Pedro”, de Luisa Fernanda Falla Nieto; relatos religiosos, como la “Oración fúnebre”, de Juan Manuel González; y versos de reputados bardos, como “Después de muerto”, cantado por Ciro Mendía¹⁴.

En síntesis, este conjunto de referencias bibliográficas es importante para representar en un estudio de caso, las actitudes ante la muerte presentes en el Cementerio San Pedro. Del mismo modo, nos dan la posibilidad de brindar una mirada general y singularizada a la dinámica histórica de los camposantos en un periodo de larga duración –según David Enrique Vázquez Salguero y Adriana Corral Bustos–: “esos lugares santos que ocultan los huesos de tan diversas generaciones, especie de libros psicológicos donde lee el hombre lo miserable de su cuerpo y la grandeza de su alma, están llenos de seres que con lágrimas van a visitar la última morada de sus deudos.”¹⁵

El contenido de la presente monografía, en cuanto a los aspectos teóricos, está vinculado a los temas historiográficos que en el siglo XX se han interesado por abordar el asunto de la muerte, en la pluma de reconocidos historiadores europeos y latinoamericanos. A partir de la óptica de estos investigadores, en suma, hemos elaborado los recursos teóricos y los elementos conceptuales que sustentan esta investigación. Los conceptos y las nociones básicas que se desarrollan a lo largo del texto son: las actitudes ante la muerte, la religiosidad, la espiritualidad, las representaciones de la muerte y las actitudes funerarias. Estos últimos evidentes y tangibles en la estética de los mausoleos que, en palabras del investigador Mario Alberto Domínguez Torres y su equipo de

¹⁴ Ciro Mendía, *Antología* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2001), 8.; Juan Manuel González, “Oración fúnebre”, *Antioquia por María*, n° 56 (1925): 851.; Luisa Fernanda Falla Nieto, *Arte, muerte y sociedad: descripción de monumentos y mausoleos del Museo Cementerio de San Pedro, Medellín* (Medellín: Tesis de maestría, Universidad de Antioquia, 2012).; Alicia M. De Echavarría et al., “Cómo mejorar las tumbas y algunas costumbres del Cementerio”, *Letras y Encajes*, n° 4 (1926): 62, <https://bit.ly/3xW5Hov>.

¹⁵ Citado en David Enrique Vázquez Salguero y Adriana Corral Bustos, *Monumentos funerarios del Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, 1889 - 1916*. (El Colegio de San Luis, 2004), 19.

trabajo, se materializan en lugares de encuentro que reafirman, ritualmente, las ideologías y los imaginarios colectivos¹⁶.

La muerte como problema historiográfico se ha trabajado desde diferentes enfoques, a partir de la conceptualización realizada por la demografía histórica (dedicada al estudio de las grandes epidemias acaecidas en América y el Viejo Mundo); y por la historia de las mentalidades, que la clasificó como muerte catastrófica, muerte cotidiana, muerte domada, muerte de uno mismo y muerte barroca, en obras como *El hombre ante la muerte* e *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, de Philippe Ariès. Asimismo, las actitudes ante la muerte han sido evaluadas en las investigaciones de Serge Gruzinski “Los hombres y la muerte”; de Jacques Le Goff *El nacimiento del purgatorio* y *El orden de la memoria*; de Edgar Morín *El hombre y la muerte*; y de Michel Vovelle *Ideologías y mentalidades*¹⁷.

En estos estudios se plantean preguntas sobre las actitudes ante la muerte que, desde la Antigüedad, y marcadamente arraigadas en la Edad Media, se han desarrollado como paradigma para entender la existencia, al menos en el mundo occidental, en un plano superior, es decir, en el más allá. Para el efecto, se analizan fuentes primarias como los testamentos, según Ariès, testimonios escritos que permiten “abordar la antigua actitud ante la sepultura.”¹⁸ Al mismo tiempo, se abordaron otros recursos tanto artísticos como literarios: la escultura, la pintura, las inscripciones en las tumbas y la literatura, de nuevo, las indagaciones del mismo Ariès, se presentan como uno de los mejores ejemplos de este tipo de experiencia histórica¹⁹.

Pese a las diferencias metodológicas, la demografía histórica y la historia de las mentalidades, se preguntan en periodos de larga y mediana duración, por el comportamiento social ante la muerte, por las representaciones y auto representaciones que se derivan de los rituales y las

¹⁶ Mario Alberto Domínguez Torres et al., *Recordar la fundación--celebrar el futuro: 1938, el cuarto centenario de Bogotá* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Artes, 2007), 68.

¹⁷ Ariès, *El hombre ante la muerte.*; Philippe Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días* (Barcelona: El Acantilado, 28, 1975).; Serge Gruzinski, “Los hombres y la muerte”, en *Introducción a la historia de las mentalidades* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia México, 1979).; Jacques Le Goff, *El nacimiento del purgatorio* (Madrid: Editorial Taurus, 1989).; Jacques Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario* (Barcelona: Ediciones Paidós, 1991).; Edgar Morín, *El hombre y la muerte* (Barcelona: Kairos, 1974).; Michel Vovelle, *Ideologías y mentalidades* (Barcelona: Editorial Ariel, 1985).

¹⁸ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 13.

¹⁹ María Azpeitia Martín, “Historiografía de la «Historia de la Muerte»”, *Studia Historica, Historia Medieval* 26 (2008): 113–32, <https://bit.ly/3OG1BI4>.

ceremonias, y por los lugares de enterramiento²⁰. Los representantes de la escuela de los *Annales*, han estudiado a la muerte, y a la ritualidad que se manifiesta en torno a ella, a través de la problematización sobre la religiosidad y la espiritualidad²¹.

La religiosidad, desde el siglo IV, se hace evidente en el discurso del cristianismo que, según Jacques Le Goff, transformó los imaginarios con un propósito que es evidente en los dogmas de la Iglesia: hacer “triunfar las ideas de un Dios único, de salvación, de pecado, de culto inspirado en la verdad.”²² La religiosidad, además, como unificadora de los sentimientos y las sensaciones que se desprenden de la muerte—duelos, llanto, dolor y depresión—, se presenta como un elemento integrador e igualitario que cohesiona a las clases sociales²³. De acuerdo con Edgar Morín, con la muerte se experimentan, desde la Antigüedad, los signos de la espiritualidad que se manifiestan en las sepulturas, en las inscripciones y en las artes plásticas, principalmente en la pintura²⁴. Los rituales funerarios se entrelazan a la espiritualidad cuando los vivos acuden mediante las oraciones a los favores de los dioses tutelares. Este proceso, además, plantea otra realidad: que las comunidades reafirman la identidad social de los muertos²⁵.

Las actitudes funerarias frente a la muerte en el mundo occidental, a la luz de las investigaciones realizadas por los miembros de los *Annales* – hablando específicamente de la manera de inhumar los difuntos—, se originaron en el siglo I y II con los enterramientos en las catatumbas, realizados por los primeros cristianos. Hacia el siglo V, esta práctica se diversificó cuando Roma abrazó al cristianismo como la religión oficial del imperio en detrimento del culto pagano, proceso que incrementó, durante los siglos siguientes, las sepulturas en iglesias, templos y basílicas junto a mártires y santos, donde, se buscaba la intermediación redentora a favor tanto de los vivos como de los muertos²⁶.

Visitar las catedrales e iglesias construidas en el período que abarcó desde finales del siglo IV hasta el XVIII, es, ante todo, recorrer la morada de los muertos. La experiencia de inhumar en

²⁰ Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”.

²¹ Azpeitia Martín, “Historiografía de la «Historia de la Muerte»”.

²² Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, 126.

²³ Patricia Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia, 1850-1930* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004), 144.

²⁴ Morín, *El hombre y la muerte*, 113.

²⁵ Analía, *El ritual de la muerte en Corrientes. Siglo XVIII*.

²⁶ Jacques Gélis, “El cuerpo, la iglesia y lo sagrado”, *Historia del cuerpo* 1 (2005): 27-ss.

estos sacros recintos continuó vigente hasta finalizar el período, aunque en algunos casos el hacinamiento de los cadáveres por falta de espacio y las epidemias, obligaron a las autoridades eclesiásticas –que controlaban las prácticas funerarias mediante la venta de indulgencias y la administración de los cementerios intramuros–, a sepultar a sus feligreses por fuera de los panteones ubicados en las capillas o los atrios–cementerios²⁷.

A partir de esta coyuntura histórica, las sociedades empezaron a dedicar sus esfuerzos, en los cementerios extramuros, para acompañar las moradas de sus muertos con suntuosos mausoleos levantados en piedra, en mármol y en bronce para recordarlos, vivirlos (es decir, para sumarse a su ausencia ambientando sus tumbas con fotografías y objetos queridos en vida por ellos), bendecirlos y llorarlos, los cuales, paulatinamente, fueron colonizados, siguiendo a Philippe Ariès, por el “sentimiento de la familia.”²⁸

²⁷ Isabelle Séguy, “La muerte de los pequeñitos: entre el dogma y las creencias populares. Francia, de finales de la Antigüedad a la Época Moderna”, *TRACE*, n° 58 (2010): 34, <https://bit.ly/3u20LgP>.; Will de Chaparro, “De cuerpo a cadáver: el tratamiento de los difuntos en Nuevo México en los siglos XVIII y XIX”, 69.; José Luis Santonja, “La construcción de cementerios extramuros: un aspecto de la lucha contra la mortalidad en el Antiguo Régimen”, *Revista de Historia Moderna*, n° 17 (1999): 38, <https://bit.ly/3xPZDhB>.

²⁸ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 196.

Capítulo primero

1.1 Las prácticas funerarias: un proceso de larga duración

En este capítulo trataremos sobre las actitudes frente a la muerte que se manifestaron en un proceso de larga duración que comenzó a percibirse desde el *homo sapiens*, y que se pronunciaron en la forma de sepultar a los cadáveres. En la Antigüedad, los enterramientos, como ritual cohesionador, lo tomaron griegos y romanos para controlar el culto a los muertos. Asimismo, presentamos un cambio en la manera como se enterraba en Occidente: la movilización de los difuntos enterrados en cementerios intramuros (dentro de los templos) proceso evidente desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII, por razones de higiene y de salud, propició camposantos extramuros alejados de las zonas urbanas. Las siguientes preguntas se tratan de resolver durante el desarrollo del presente capítulo: ¿Cómo se realizaron los enterramientos en la Antigüedad? ¿Cuáles elementos, objetos o utensilios se utilizaron para acompañar las tumbas? ¿En qué momento, y por qué razones, los gobiernos y autoridades decidieron inhumar fuera de las ciudades?

La conciencia que los seres humanos han desarrollado en torno a la muerte desde la prehistoria se transformó con la aparición del Homo Sapiens (hombre sabio), quien representó las primigenias actitudes funerarias cuando experimentó “como signo de espiritualidad” –citando a Edgar Morín–, que sus vivencias y sus relaciones con los fenómenos de la naturaleza del más allá podían plasmarse a través de la sepultura y la pintura²⁹.

Aún hoy, en el preludio del siglo XXI, los esfuerzos por explicar el sentido simbólico de la muerte a través de idénticos procedimientos de representación, continúan presentes en los cementerios modernos –en el *Highgate* (británico), el *Sudfriedhof* (alemán), y en el *Montparnasse* (francés), por ejemplo–. Un antecesor del Sapiens, el Neanderthal, practicó los primeros rituales conocidos por la historia enterrando a sus parientes en tumbas que señalan similitudes con las fabricadas en las sociedades venideras: aquellas protegían con piedras a cadáveres atalajados con pieles de animales, que acostaban encima de flores frescas, en posición fetal, a quienes ofrendaban con armas y alimentos³⁰.

²⁹ Morín, *El hombre y la muerte*, 113.

³⁰ Abt, *El hombre ante la Muerte: Una mirada antropológica*.

Los seres humanos forjaron una conciencia ante las prácticas funerarias, que definieron la sobrevivencia de la espiritualidad por medio del cuidado y el entierro de sus muertos, a quienes, para proporcionarles reposo eterno, y como “obligación moral”, sepultaban cuidadosamente y con medidas higiénicas. Esta ceremonia cotidiana, que se volvía rutina cuando asaltaban pestes, hambrunas y desastres climáticos, reafirmaba ante la comunidad, la identidad social del finado y lo acercaba, después de colocarle la última piedra sobre su túmulo de yacente, a las divinidades tutelares³¹.

A partir del Neanderthal, la experiencia de la muerte concitó una interpretación que consolidó las religiones en Oriente y Occidente, bajo el precepto que los humanos subsistirían en otra vida. Por eso, cada cuerpo enterrado debería contar con los instrumentos necesarios para adaptarse a este nuevo espacio o hábitat ubicado, según los sacerdotes, en el más allá. Para el efecto, los escribas de Egipto redactaron *El Libro de los Muertos* donde se plasmaron los versos que los hombres deberían recitar ante los divinos Osiris y Ra para resucitar después de ser enterrados³².

Asimismo, el hombre de la Antigüedad al unificar las prácticas funerarias construyó al aire libre, y a veces en catatumbas, los primeros cementerios, espacios sagrados donde representó el dolor de la muerte. Después, las civilizaciones más influyentes en el entramado socio-político y religioso de la estructura moderna de las sociedades occidentales, la griega y la romana, adoptaron esta ritualidad enterrando a sus familiares afuera de las aldeas, cuyos monumentos y sepulturas fabricados con piedra y madera, recordaban a los caminantes las miserias de la “condición humana.”³³

En los albores de la Roma precristiana, hacia el siglo III d. C., en lugares sacros construidos en la vía *Appia*, Philippe Ariès destaca que se construyeron tumbas familiares en panteones privados o colectivos donde se inhumaron tanto cristianos como paganos³⁴. En la siguiente centuria, con la adopción del cristianismo como la religión oficial en Roma, bajo la tutela del emperador Teodosio y en oposición al paganismo reinante desde la República, se consolidó el culto a las imágenes sacras. Este cambio en las concepciones religiosas precipitó que el Imperio

³¹ Analía, *El ritual de la muerte en Corrientes. Siglo XVIII*.

³² Thoorens, *Panorama de las literaturas. De Sumer a la Grecia Clásica*, 77.

³³ Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”.

³⁴ Ariès, *El hombre ante la muerte*, 34.

permitiera construir cementerios al interior de los poblados y enterrar cadáveres en los templos, el espacio más adecuado, según la mentalidad de las jerarquías eclesiásticas, para esperar el Juicio Final y la Resurrección³⁵.

1.2 Ritualidad funeraria en el mundo prehispánico

En Mesoamérica, un milenio antes de Cristo, se inhumaba a los difuntos de las jerarquías sociales en vasijas de barro, jade y mármol, con adornos fabricados con pirita (mineral similar al oro que se utilizaba para elaborar manillas, collares y pectorales), y con huesos de personas y animales, según anotó el investigador Eric Wolf³⁶.

La ritualidad funeraria del periodo prehispánico manifestó reveladores enterramientos. En Perú, en las tumbas de la primera terraza del Templo del Sol, residencia de los jefes del imperio incaico, los arqueólogos encontraron en excavaciones realizadas en diversos lapsos del siglo XX, objetos (textiles y trajes); variados productos agrícolas como frijol negro, carne seca, maíz y quinua (base de la gastronomía); y cerámicas finas que, según la mentalidad de los sacerdotes Incas, acompañaban a los difuntos en su tránsito hacia el más allá³⁷.

En los funerales de los líderes Incas se celebraba con alborozo el tradicional festín del Purucaya que duraba cuatro meses y donde se dramatizaban sus hazañas guerreras, se hacían sacrificios humanos de purificación de la Madre Tierra, y se convertía, simbólicamente, a los finados, en ancestros tutelares cuyos cuerpos momificaban y quienes, pese a su estado vegetativo, recibían ofrendas diversas como mujeres, propiedades y chicha³⁸. La región de Valparaíso, en Chile, contó con diversas prácticas funerarias, antes de la llamada Conquista, que incluyeron el lanzamiento de los muertos a las quebradas y al mar, interpretadas como una comunión entre quienes abandonaban la vida material y la naturaleza. Estas fuentes acuíferas sirvieron como sepulcro a los pescadores.

³⁵ Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”.

³⁶ Eric Wolf, *Pueblos y culturas de Mesoamérica* (Mexico: Ediciones Era, 1983), 74.

³⁷ Tranco, “Los cuerpos del pasado: momificación natural y artificial”, 247.; Friedrich Max Uhle, “El cementerio de la primera terraza del Templo del Sol”, en *Pachacamac* (Lima: Fondo Editorial UNMSM, 2003), <https://bit.ly/3HYw4z2>.

³⁸ Beyersdorff, *Historia y drama ritual en los Andes bolivianos (siglos XVI–XX)*, 197.; Francisco Hernández Astete, “Poder y muerte entre los Incas”, *Revista M* 1, n° 1 (2016), <https://bit.ly/3zNi5Kl>.

En otros casos, se inhumaba en los cerros cubriéndose los cuerpos con hojas y piedras. Mientras que, en el valle de Aburrá, las huestes del cacique Nutibara entendían la muerte como un mecanismo ritual que, a través de sacrificios humanos, les servía para controlar territorios que marcaban con los restos de los cadáveres empalados de sus enemigos, cuyas cabezas colocaban en las puertas de los bohíos³⁹. Asimismo, acaeció un fenómeno ritual complejo entre los Muisca, quienes sepultaban en los pilares de los santuarios sagrados tanto a vivos como a muertos (ni siquiera los infantes de ambos sexos escapaban a esta práctica), con el propósito de reintegrar al universo y bendecir al dios Sol⁴⁰. En los sitios arqueológicos de Sinaí y El Cantarito, en el municipio de La Tebaida, Quindío, se descubrieron similares enterramientos pertenecientes a aborígenes de la cultura Quimbaya: “tumbas de pozos simples, de pozo con una cámara lateral y tumbas de pozo con varias cámaras laterales”, donde se inhumaron cerámicas, collares, armas fabricadas con pedernal y “restos óseos.”⁴¹

Estas actitudes frente a la muerte evidencian la preocupación de los seres humanos por preservar y proteger a los difuntos del acecho de predadores (lobos, leones y tigres) y de enemigos, para que sus almas, cómo se creía, reposaran eternamente en el más allá, donde la materialidad simbólica, es decir, el alma, acompañada de utensilios y adornos, enfrentaría la nueva existencia en comunión con las divinidades y los ancestros que los esperaban en sus reinos, el *Mictlán* –el cielo, según el imaginario religioso de los Aztecas–, donde recibirían tanto a los Mexicas benefactores y bondadosos, como a los ladrones y a los asesinos⁴².

La llamada Conquista y el periodo colonial dirigidos por la Corona Española durante tres siglos, trastornaron las prácticas funerarias de los pueblos indígenas, los cuales, aparte de haber sido diezmados se vieron forzados a participar del culto a los santos pertenecientes al panteón judeo-cristiano en cuyas identidades se afincó, moralmente, la defensa de la eternidad del alma difundida desde los púlpitos⁴³. Entre los siglos XVI y mediados del XIX se inhumó en cementerios intramuros ubicados en templos, capillas y conventos. Por supuesto, al lado de las imágenes santas

³⁹ Safford y Palacios, “El trasfondo indígena”, 35–37.

⁴⁰ Safford y Palacios, 35–37.

⁴¹ Astrid Eugenia Garrido Escobar, *Contextos funerarios en los sitios arqueológicos Sinaí y el Cantarito* (Medellín: Tesis de Antropología. Universidad de Antioquia, 2007), 14.

⁴² Béliand, “La muerte en la ciudad de México en el siglo XVIII”, 15–16.

⁴³ Nathan Wachtel, *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530–1570)* (Madrid: Alianza Editorial, 1976), 19–ss.; Vázquez Salguero y Corral Bustos, *Monumentos funerarios del Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, 1889 - 1916.*, 19.

reposaron los huesos de todo tipo de personas. Según las creencias populares, para el tránsito hacia el más allá, los curas beneficiaban a estos personajes con las oraciones y las misas que rezaban, en su nombre, vecinos, siervos y familiares⁴⁴.

1.3 Disposiciones para inhumar fuera de los templos

Desde el siglo IV hasta inicios del siglo XIX, la práctica de inhumar en las iglesias era común. Los nobles (el clero, los señores feudales y los administradores de gobierno) ocupaban un lugar de privilegio en ellas junto a las imágenes de los santos. A los pobres (siervos, campesinos y esclavos) se les enterró en los atrios–cementeros como el de la Capilla de San José de los Naturales, ubicada en la ciudad de Puebla, exclusivamente edificada como última morada para los indígenas⁴⁵. Pero los muertos dotados de mayor prestancia social –como argumentó Isabelle Séguy–, entraron a las ciudades del Viejo y Nuevo Mundo –París, Valencia, Perú, Santafé de Bogotá y México– y, se instalaron, plácidamente, en los altares de los templos, en “osarios inviolables”, o bajo la losa del coro⁴⁶.

Los cementerios intramuros ubicados en templos, en conventos y hasta en hospitales que administraba la jerarquía eclesiástica, con la propagación de las pestes y enfermedades que asolaron Europa y América, se convirtieron en sitios malsanos, malolientes y antihigiénicos, verdaderos “puerideros urbanos”, como los llamó el cronista mexicano Ignacio Manuel Altamirano, donde se sepultaba a decenas de víctimas apiladas sin orden alguno que esparcían vapores fétidos desfavorables para la salud⁴⁷.

Esta problemática situación de insalubridad comenzó a debatirse en España a finales del siglo XVIII, durante la administración de los Borbones. El monarca Carlos III en una Cédula Real

⁴⁴ Analía, *El ritual de la muerte en Corrientes. Siglo XVIII.*; Bernal Botero, *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada*, 19.

⁴⁵ Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”, 20.

⁴⁶ Séguy, “La muerte de los pequeñitos: entre el dogma y las creencias populares. Francia, de finales de la Antigüedad a la Época Moderna”, 34.; Will de Chaparro, “De cuerpo a cadáver: el tratamiento de los difuntos en Nuevo México en los siglos XVIII y XIX”, 61-ss.; Santonja, “La construcción de cementerios extramuros: un aspecto de la lucha contra la mortalidad en el Antiguo Régimen”, 38.

⁴⁷ Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”; Ethel Herrera Moreno, “La arquitectura funeraria en la ciudad de México desde la época virreinal”, *Inter-legere*, n° 12 (2013): 116, <https://bit.ly/3HIdefi>.; Alcaraz Hernández, “Las pestilentes ‘mansiones de la muerte’. Los cementerios de la ciudad de México 1870-1890”, 96.

rubricada en 1787 ordenó que tanto en la Península como en las colonias americanas se clausurara la tradicional inhumación en los cementerios intramuros. Entre esa fecha y 1808, el historiador Diego Andrés Bernal Botero señala que, la dinastía de los borbones impulsó y adelantó las llamadas “reformas funerarias”.⁴⁸ Esta medida ilustrada solo se materializó hacia las primeras décadas del siglo XIX, porque los párrocos la resistieron debido a que sus peculios disminuirían al perder el control sobre los muertos que serían retirados de las iglesias, su tradicional morada. Las siguientes obras avalaron la decisión imperial: *Reflexiones sobre la legislación de España en cuanto al uso de sepulturas* (1781), de Gaspar Melchor de Jovellanos; *Disertación físico legal sobre los sitios y parajes que se deben destinar para sepulturas* (1777), de Francisco Bruno Fernández; y *Pruebas de ser contrario a la práctica de todas las naciones y a la disciplina eclesiástica, y perjudicial a la salud de los vivos, enterrar los difuntos en las iglesias y poblados* (1785), de Benito Bails⁴⁹.

La medida de construir cementerios extramuros enfrentó a los defensores de la tradicional fe católica, apostólica y romana, contra las ideas higienistas, médicas y científicas difundidas por los representantes de la Ilustración. La separación de vivos y muertos, paulatinamente, delegó en la autoridad civil la administración de los modernos camposantos, labor antaño controlada por curas y prelados⁵⁰. La anti-higiene en los camposantos intramuros escandalizó a las autoridades borbónicas que recibían de sus colaboradores residenciados en América noticias relativas al desorden que imperaba en México y Venezuela, en donde los marranos, incluso, comían apaciblemente sin ningún control hasta desenterrar restos humanos, cuyas pestilencias provocaban epidemias mortales como la tosferina y el sarampión⁵¹.

En esa medida, Jacques Le Goff afirma que la separación entre vivos y muertos precipitó el regreso al ritual familiar de visitar panteones, porque las tumbas apartadas de los templos se convirtieron en espacios para el recuerdo⁵². En la región mexicana de Puebla de los Ángeles, dejaron de retumbar las campanas que lastimeramente anunciaban la oración, al interior de su

⁴⁸ Bernal Botero, *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada*, 14.

⁴⁹ Bernal Botero, *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada.*; Santonja, “La construcción de cementerios extramuros: un aspecto de la lucha contra la mortalidad en el Antiguo Régimen”, 39.

⁵⁰ Alzate Echeverri, *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada 1760-1810*, 204–8.

⁵¹ Will de Chaparro, “De cuerpo a cadáver: el tratamiento de los difuntos en Nuevo México en los siglos XVIII y XIX”; Cobos, “Una polémica higienista y los cementerios de Caracas en el primer guzmanato, 1870-1877”.

⁵² Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, 168.

templo, para rogar por la salvación eterna de los devotos difuntos allí inhumados⁵³, como sucedió en las capillas venezolanas, finalizando el siglo XIX, cuando por orden del Ejecutivo se inauguró el Cementerio General del Sur, en la zona conocida como Tierra de Jugo⁵⁴.

En el Virreinato de la Nueva Granada los primeros cementerios modernos que se construyeron acatando la orden real, datan de la última década del siglo XVIII⁵⁵. Las autoridades granadinas a partir de esta coyuntura temporal –y fue lugar común entre sus similares de América Latina–, velaron además por higienizar otros espacios donde, según las perspectivas ilustradas, se incubaban enfermedades, a través del control y el manejo de las basuras, del alejamiento de los animales domésticos de los sitios urbanos, y de la preservación de las fuentes acuíferas⁵⁶.

1.4 Los cementerios extramuros en Medellín: entre la tradición, la marginación y el elitismo

En la transición de los siglos XIX al XX, una cruenta enfermedad, la peste, reinó sobre las montañas de Medellín y produjo decenas de muertos, muchos de los cuales no contaron con un espacio para ser enterrados en los cementerios intramuros del templo de Nuestra Señora de la Candelaria (edificada en 1649), y de la Ermita de la Veracruz (levantada en 1682). Para evitar más hacinamiento en estos espacios, el síndico Francisco José Bohórquez ordenó en 1802: primero, a los encargados de la sanidad que repartieran por partes iguales los cadáveres y segundo, que los inhumaran intramuros en las Vice Parroquias de San Benito (que comenzó a funcionar en 1678) y de San Lorenzo (que atendió de 1646 a 1720)⁵⁷.

Los curas iniciando el siglo XIX comunicaron al cabildo sobre los fétidos olores que se esparcían en sus templos, los cuales afectaban el desarrollo normal de las misas, los bautismos y los mismos entierros. Ildefonso Gutiérrez expresó al respecto que en la Candelaria se exhalaban “hálitos corruptos” cada que se abrían sus losas para sepultar cadáveres y Francisco José Bohórquez

⁵³ Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”.

⁵⁴ Cobos, “Una polémica higienista y los cementerios de Caracas en el primer guzmanato, 1870-1877”.

⁵⁵ Bernal Botero, *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada*, 29-ss.

⁵⁶ Ana María Pérez, “Salubridad y vida urbana en el nuevo reino de granada, 1760-1810”, *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local*, 2009, 91, <https://bit.ly/3xS2TJi>.

⁵⁷ Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Concejo de Medellín, Tomo No. 47, 1802, folios 339r–340v.

comentó que en la ermita de Veracruz el hedor de los muertos, penetrante y contagioso, afectaba la salud de los feligreses⁵⁸.

El primer cementerio extramuros del que se tiene noticia en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín fue el que se construyó aledaño a la Vice Parroquia de San Benito en 1803, del cual no se tiene mayor información. Luego se fundó otro en 1809 que prestó los servicios para toda la Villa y tras el deterioro de éste, se construyó el de San Lorenzo entre 1825 y 1827 en el Camellón de la Asomadera, ubicado al oriente de la ciudad y entró en operación en 1928, alejado de la zona urbana, cuyo propósito era prevenir epidemias contagiosas como la peste⁵⁹.

El Cementerio de San Lorenzo debió convertirse entonces en el refugio más adecuado para los difuntos y, además, les permitió a los vivos descansar en paz de sus fetideces maléficas. El sitio donde estaba ubicado el Cementerio, fue descrito por el cronista Luis Latorre Mendoza como el primer barrio que se fundó en Medellín, donde antaño los tigres se paseaban libres, apacibles e indiferentes por las mangas, propiedad de los ricos hacendados de Guarne, y de un puñado de extranjeros respetados⁶⁰.

El Cementerio de San Lorenzo se levantó siguiendo la orden de los Borbones de inhumar fuera de las ciudades, paradójicamente, llevó el mismo nombre de otro camposanto que se cerró en España, en 1806, atendiendo a la medida que clausuró la inhumación en los templos⁶¹. Asimismo, se llamó el barrio que rodeó al panteón –cuyas calles diseñó y trazó el arquitecto Joaquín Gómez– y que fundaron en 1803 vecinos del Guamal, Aguacatal, Guayabal, El camellón (Guanteros), Quebrada Arriba (la Toma) y los actuales barrios de Buenos Aires y el Salvador, el sector fue habitado en gran medida por artesanos y mestizos pobres⁶².

⁵⁸ Archivo Histórico de Antioquia (AHA)Fondo Colonia, Documento No. 158, folios 228–235.: Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Concejo de Medellín, Tomo No. 47, 1802, folios 339r–340v.

⁵⁹ Bernal Botero, *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada*, 105–19. . En esta investigación, las pesquisas y nuevos hallazgos aportados por el historiador Bernal, permiten aclarar la imprecisión en la que se ha incurrido durante años: designar como primer cementerio extramuros de Medellín al “Cementerio San Benito fundado en 1809”. Además de nombrar al cementerio erigido en 1809 como “San Benito”, en lugar de “Cementerio General” o “Cementerio de la Villa”. Este análisis y discusión se puede encontrar en la referida investigación.

⁶⁰ Latorre Mendoza, *Historia e historias de Medellín, siglos XVII-XVIII-XIX* (Bogotá: Ediciones Tomás Carrasquilla, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1934), 363–64.

⁶¹ Gloria Mercedes Arango, “Los cementerios en Medellín 1786–1940”, en *Historia de Medellín* (Bogotá: Suramericana, 1996), 718–19.; Santonja, “La construcción de cementerios extramuros: un aspecto de la lucha contra la mortalidad en el Antiguo Régimen”, 39.

⁶² Bladimir Pérez Monsalve, “*Portadas de la eternidad*”. *Cementerios: espacios sagrados y urbanos, Medellín, 1828 – 1933* (Medellín: Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2012), 81–82.

Los conquistadores españoles que venían del Perú se toparon con el Valle de Aburrá a mediados del siglo XVI, y lo nombraron San Lorenzo, nombre del diácono romano que pereció quemado en una parrilla por orden del emperador Valeriano en el año 258 de la era cristiana. Su efigie, pintada por un artista anónimo en el siglo XVII, fue la imagen de uno de los primeros patronos de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, en cuyo lienzo, ubicado en la iglesia de San José, que está entre la avenida Oriental y la calle Ayacucho, el mártir aparece sosteniendo la Biblia en su mano derecha, y en la otra la “palma del martirio”, símbolos que tienen como propósito recordarles a los feligreses las fortalezas de la fe y el espíritu⁶³.

Es común en las crónicas de la época encontrar referencias al sector donde se ubicó el Cementerio San Lorenzo como la de ser un espacio periférico, así lo disponía la legislación borbónica, habitado por personas marginales proclives a todo tipo de comportamientos desafiantes de las “sanas costumbres” de la época. Esa idea del territorio y la cercanía y convivencia con la muerte, favorecieron la construcción de variados relatos que ponen de manifiesto las pulsiones de la vida y la muerte en la vecindad del cementerio. Lo que refleja una serie de imaginarios y actitudes frente a la muerte y los cementerios como lo veremos en la crónica que se describe a continuación.

A finales del siglo XVIII, en el muladar de un sector conocido como la Calle del Infierno, próximo al San Lorenzo, inhumaron los restos de una sirvienta pero sin la bendición cristiana porque cometió un grueso pecado que escandalizó a los medellinenses: se ahorcó en un frondoso árbol. Este acto inmoral desde la perspectiva cristiana de la época perturbó la vida de Antonio Teodor su devoto amante. Él perdió su característica cordura y se convirtió en un despreciable mendigo. Pasaron los años y sobre esta ofensiva muerte que retó los designios del creador, reinó el olvido⁶⁴.

Dos décadas después, los peones de Servando Botero se toparon con la calavera de esta muchacha, cuando levantaban los cimientos de la casa donde residiría la familia de aquel hacendado. Botero informó sobre este suceso al párroco Francisco de Paula Benítez. Sugirió el cura que la enterrara en el “Cerro de las Sepulturas”, terreno perteneciente a la señora Micaela Cárdenas, cercano también al San Lorenzo. Botero ordenó a uno de sus jornaleros que guardara los huesos en una caja por varios días, hasta que avistó el paso de un cortejo fúnebre trasportando en

⁶³ Santiago Londoño Vélez, *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1995), 29-ss.

⁶⁴ Timalquin, “Las manos de la muerte”, *Sábado*, n° 35 (1922): 417.58

el “Ataúd de las Ánimas”, que utilizaba la curia para inhumar a los pobres y pecadores, el cuerpo de Teodor, quien “murió de tristeza, con los ojos inyectados de sangre y el vientre roído por las úlceras”, a causa del alcoholismo y el hambre que lo abrigaron en las calles medellinenses que recorrió desesperadamente. Después de abrir el féretro, Botero colocó en la parte superior, al lado del rostro, los restos de su mujer, quien, no se había suicidado como se creía en la Villa, sino que, Teodor, ardido de rabia, la había asesinado por celos⁶⁵.

Desde las postrimerías de la Edad Media las actitudes frente a la muerte diversificaron sus rituales, a partir del siglo XV las élites sociales comenzaron a acomodar los cadáveres en suntuosos ataúdes. Al cuerpo yacente de los nobles, reyes, señores feudales y sacerdotes, les correspondía un féretro propio, atalajado según sus gustos, mientras que, a los siervos, pobres, campesinos y menesterosos, se les inhumaba amortajados. El uso de ataúdes por parte de los grupos sociales que no hacían parte de las élites, inicialmente y en menor grado fue destinado para el transporte al lugar de inhumación, su uso solo se popularizó varios siglos después, al utilizar cajones públicos, generalmente propiedad de congregaciones religiosas a las que habían sido afectos en vida⁶⁶.

Desde la época de su fundación en el siglo XIX, hasta finales de la década de 1980, muchos pobres fueron enterrados en el Cementerio San Lorenzo. El periodista Jairo Osorio, como testigo presencial, relata como para la década de 1990, aún se realizaban exhumaciones como la de los restos de un viejo cantante de tangos que había residido cerca al Cementerio, Leonel Marulanda era su nombre, más conocido con el alias de “El Morocho del Abasto”, atropellado por un bus en la calle San Juan en 1993, quien de joven solía acompañar y figonear entre los cortejos fúnebres. El camposanto, enmarañado, ruinoso, entre escombros, cráneos y maleza, recibió el fin del siglo XX, donde sus finados, como refirió el cronista Jaime Sanín Echeverri, pese a su estado y a su olor, siempre gozaban de una excelente vista sobre el Centro–Occidente de Medellín⁶⁷.

El sector donde se construyó el Cementerio San Lorenzo, históricamente configuró un espacio que desde 1616 hasta 1674 se llamó Poblado de San Lorenzo de Aburrá, habitado por indígenas Ebéjicos y Aburráes, nombre impuesto por el visitador Francisco de Herrera Campuzano.

⁶⁵ Timalquin, 417.

⁶⁶ Nila Leal González y Antonio Gregorio Rijos, “Rito funerario en la sociedad maracaibera (1790-1850)”, *Revista de Artes y Humanidades UNICA*, n° 18 (2007): 344, <https://bit.ly/3ndwsjj>.

⁶⁷ Jairo Osorio Gómez, *Niquitao Una geografía de cruces* (Instituto Tecnológico Metropolitano, 2008), 22–27.; La hoja de Medellín, “Adiós, San Lorenzo”, *La hoja de Medellín*, n° 32 (1995): 12–13.; Jaime Sanín Echeverri, *Crónicas de Medellín* (Medellín: Banco Central Hipotecario, 1950), 92.; El Mundo.com, “Ruth Castaño lleva cerca de 13 años secuestrada Dolly sueña con abrazar de nuevo a su hija”, *El Mundo.com*, s. f., <https://bit.ly/3u52j9X>.

Con la erección de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín en 1675, zambos, mestizos y mulatos se radicaron allí con sus familias, y se dedicaron a la talabartería, la herrería y la sombrerería. Muy seguramente descendientes de estos personajes y ya en el siglo XIX, nuevos residentes en su mayoría artesanos, en comitiva cívica encabezada por la curia, velaban por el mantenimiento de las bóvedas en los espacios de enterramiento intramuros, encalándolas y ambientándolas con adornos florales⁶⁸. Durante la época colonial, los artesanos de Medellín se destacaron tanto en la conservación de los cementerios de la Villa como en la construcción de calles, casas y templos. A partir de 1787, bajo las reformas que adelantó el visitador Juan Antonio Mon y Velarde, se diversificó el oficio de carpinteros, albañiles y herreros, quienes, aparte de organizarse en gremios, recibieron tutorías de foráneos, y de maestros y practicantes de otras ciudades como Bogotá y Cartagena, que favorecieron su profesionalización y su organización en gremios⁶⁹.

Anotó el geólogo Pablo Castro López, que los habitantes del Poblado de San Lorenzo de Aburrá fabricaban sus casas con arcilla anaranjada, material que, por supuesto, se empleó para levantar el Cementerio San Lorenzo, y que aún está presente en algunas de las construcciones que se adelantan en el siglo XXI en Medellín. Aquel, indicó el medioambientalista Carlos Monsalve Marín, lo acompañaban los alarifes con estructuras de cedro⁷⁰.

Al interior del camposanto, cuyas columnas se levantaron en adobe cocido, funcionó un anfiteatro donde los estudiantes de la Escuela de Medicina recibieron hacia 1890 clases de anatomía realizando disecciones de cadáveres⁷¹. En sus alrededores, y al lado de las tumbas, según se ilustra en una postal elaborada por el artista Jorge Obando, los administradores del panteón sembraron árboles marañones (nombre científico, *Anacardium occidentale*), arbustos de Franjipan o Alelí, de

⁶⁸ Nicolás Londoño y et al, *Cementerio* (Medellín: Imprenta de Isidoro Isaza, 1864).; Carlos J Escobar G. y Carlos Escobar Montoya, *Medellín hace 60 años* (Bogotá: Granamérica, 1946), 67–68.; Jonathan Montoya Correa, “Cuatro siglos de El Poblado de San Lorenzo de Aburrá: la génesis de Medellín”, *El Eafitense*, n° 110 (2016), <https://bit.ly/3tZ5QX8>.

⁶⁹ Alberto Mayor Mora, “Los artesanos de Medellín en el siglo XIX”, en *Historia de Colombia* (Bogotá: Suramericana, 1996), 235–36.

⁷⁰ Montoya Correa, “Cuatro siglos de El Poblado de San Lorenzo de Aburrá: la génesis de Medellín”.

⁷¹ Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), *Melitón Rodríguez, Lección de Anatomía, Fotografía* (Medellín, 1892).

semillas aladas (*Plumeria spp*) –ambos originarios de Suramérica–, y pinos (*Pinus siempreverdis*)⁷².

El descuido que caracterizó al Cementerio San Lorenzo era de vieja data como se indicó en un memorando enviado por vecinos de este sector en 1864, en el que se peticionó a la autoridad eclesiástica una mejor administración y cuidado del camposanto profanado, cotidianamente, por animales domésticos que pastaban y hasta defecaban en su interior. Concitó tanto malestar esta problemática que los dolientes, en 1875, incluso, para azuzar al obispo de Medellín y al gobierno local se comprometieron a tomar esta precipitada decisión: tirar los restos de sus deudos al río Medellín, de no hacerse presente a la mayor brevedad la efectiva intervención de la autoridad⁷³.

Sin embargo, la problemática relacionada con la higiene en este camposanto continuaba vigente a comienzos de 1930, según se comunicó mediante misiva que dirigieron los habitantes de Niquitao a la administración local. Aquellos ciudadanos –inconformes porque la curia adquirió un lote para construir nuevas bóvedas–, expresaron que los muertos exhalaban olores fétidos que afectaban la salud, queja que apoyó el Secretario de Sanidad Wenceslao Montoya, agregando: “El Cementerio de San Lorenzo en su totalidad es antihigiénico para la ciudad de Medellín, porque, situado en la parte alta, las infiltraciones de las aguas lluvias necesariamente irán a parar a las partes bajas, más o menos cercanas o alejadas de él.”⁷⁴

Hacia 1934 se enfrentó esta insuficiencia cuando la Junta Directiva del Panteón, integrada mancomunadamente por los curas y los mayordomos de fábrica de los templos de la Veracruz, San José y la Candelaria, se comprometieron a: 1°. Impedir que personas irrespetuosas, así como sus mascotas, sus bovinos y sus porcinos, ingresaran en el Cementerio San Lorenzo; 2°. Cubrir “con una capa de cal viva o de carbón triturado u otro desinfectante los cadáveres” que se depositaran en las bóvedas; 3°. Velar por la preservación de las lápidas y los adornos florales; y 4°. Señalar con cruces de cemento las tumbas⁷⁵.

Finalmente, el Cementerio San Lorenzo cerró sus puertas y hubo que esperar hasta los primeros años de la década del 2000, para trasladar hacia el Cementerio Universal los muertos no reclamados por los deudos –el Universal había sido diseñado por el multifacético artista Pedro Nel

⁷² Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), *Jorge Obando, Cementerio de San Lorenzo, Postal* (Medellín, s. f.); Teresita Varón P. et al., *Árboles urbanos* (Medellín: Corantioquia, 2002).

⁷³ Arango, “Los cementerios en Medellín 1786–1940”, 719–20.

⁷⁴ Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Alcaldía, Tomo No. 431, folios 369 y 371–372

⁷⁵ Rafael Garcés Molina y Joaquín Bernal, *Reglamento del cementerio San Lorenzo* (Medellín, 1934); Alejo Jaramillo, “Cementerio San Lorenzo Historia y patrimonio”, 2015, <https://bit.ly/3xQuJ8S>.

Gómez en los albores de los años 1930–, dicho Cementerio ha tenido una suerte parecida al San Lorenzo, pues se encontró en un estado lamentable a causa del descuido en que se mantuvo entre 1960 e inicios de la década del 2000, debido a la venta y consumo de estupefacientes en sus alrededores; a la profanación de sus tumbas que, según las crónicas locales, ejecutaron sujetos afectos al satanismo, además de las actividades de grupos delincuenciales en su interior, que incluyeron prostitución, robos y asesinatos. Como lo retrata Luis Alfonso Rendón Correa: el Cementerio Universal al iniciar el siglo XXI exponía tumbas sin lápida envueltas en una espesa maleza, en cuyo interior aparecían los cráneos y fémures de los finados que las habitaban⁷⁶.

En 1999, el Cementerio San Lorenzo, hizo parte del “Plan Parcial San Lorenzo” en el Plan de Ordenamiento Territorial de Medellín, y se reconoció como Bien de Interés Cultural en 2001. A raíz de este nombramiento, el camposanto estaría apto para ser intervenido y gestionado desde una perspectiva patrimonial que incluye un proyecto de restauración que, en el papel, incluía la construcción, para bienestar de los barrios Colón, Niquitao, San Diego y El Salvador, de un teatro al aire libre para veladas cinematográficas y conciertos, de un parque familiar con zonas verdes, y de un conjunto residencial de interés social. Esta propuesta, sin embargo, se rechazó de facto, pues los vecinos de estos sectores protestaron, incluso con cartelones pegados sobre las mismas paredes y tumbas del panteón, porque este proceso reformador, según su perspectiva, aparte de derruir sus casas, elevaría los costos del impuesto predial y los servicios públicos⁷⁷.

Por orden de la municipalidad, durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX muchos occisos pobres de los hospitales La María, San Vicente, el Manicomio, la Casa de los Pobres, el Asilo de Ancianos y la Clínica Noel, se inhumaron gratuitamente. Los entierros que venían de las zonas sur y centro de Medellín bendecidos en la iglesia de San José –construida y ambientada entre 1847 y 1902 con ornamentos y lienzos de la derruida capilla de San Lorenzo, y bajo la tutoría de los jesuitas–, atravesaban silenciosamente el fangoso morro de la Asomadera. La comitiva acompañante del cortejo se permitía una refrescada, incluso con chicha y aguardiente, en

⁷⁶ Luis Alfonso Rendón Correa, *El Cementerio Universal de Pedro Nel Gómez, una solución para la inhumación de cadáveres en Medellín, en el periodo 1933 - 1953* (Medellín: Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2015), 74–76.; Rafael Eduardo González, “La muerte del San Lorenzo”, *El Tiempo*, 8 de junio de 2003, <https://bit.ly/3b66kUP>.

⁷⁷ Eddy Natalia Rojas, “Despedida al cementerio San Lorenzo”, *El Mundo.com*, 20 de diciembre de 2005, <https://bit.ly/3ydfYx5>.

la “Puerta de la Eternidad”, famosa cantina donde los cargueros desmontaban el “Tarimón Mortuorio” para que las familias les dieran el último adiós a sus difuntos⁷⁸.

1.5 La memoria viva del Cementerio San Pedro

El Cementerio Museo San Pedro, que se fundó en la entonces villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, en septiembre 22 de 1842, es un lugar que convoca a la memoria viva, fortalecida a través de la investigación museológica, y se ha constituido socio–históricamente durante sus 179 años de funcionamiento como un espacio donde los difuntos continúan presentes a partir de los rituales que sus deudos les celebran, y de los monumentos que levantaron para preservar su presencia y sus recuerdos. En este camposanto: “el dolor de la partida de un ser querido se transforma en inspiración, y su reconocimiento se perpetúa a través de las visitas y costumbres funerarias que a diario viven las familias y los amigos que han depositado a sus difuntos en una tumba.”⁷⁹

El Cementerio San Pedro, para la fecha en que se produce este texto, año 2022, constituido como un museo de sitio⁸⁰, museo al aire libre, es un espacio único y fraterno donde la muerte se encuentra con la vida y con la historia, a través de los “recuerdos, legados y homenajes”. Además de un lugar para realizar inhumaciones, exhumaciones y rituales mortuorios, este camposanto

⁷⁸ Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Personería, Tomo No. 3, 1939–1941, folio 212r.; Escobar G. y Escobar Montoya, *Medellín hace 60 años*, 67.

⁷⁹ Juan Diego Torres Urrego, “La creación del Cementerio San Pedro: negocio y oficios funerarios”, en *Piedra, papel y tijera. Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931) Vida y obra del tallador de lápidas, fotógrafo, artista, constructor, arquitecto, maestro e intelectual Horacio Marino Rodríguez Márquez*, ed. Juan Camilo Escobar Villegas (Medellín: Editorial EAFIT, 2018), 159–62.; Patricia García Zapata, “Cementerio Museo para la ciudad”, en *Libro de relatos funerarios* (Medellín: Gobernación de Antioquia, 2015), 46.

⁸⁰ El concepto de “museo de sitio” proviene de las definiciones planteadas desde el International Council of Museums (ICOM) organización rectora del sector museal. Dicha entidad plantea varias tipologías de museos, entre ellas la de sitio: concebido y organizado para proteger un patrimonio natural y cultural, mueble e inmueble, conservado en el lugar donde este patrimonio ha sido creado o descubierto (ICOM 1982). En 1998 el Cementerio San Pedro fue reconocido como museo de sitio y en 1999 declarado Bien de Interés Cultural de Orden Nacional por el Ministerio de cultura. Lo anterior, considerando la importancia de los referentes y valores históricos, antropológicos, estéticos, arquitectónicos y rituales presentes en dicho lugar (Resolución 1616 del 26 de noviembre de 1999 Ministerio de Cultura). Lo anterior, hace del lugar un espacio que combina lo ritual (actividad funeraria) y lo cultural (actividad museística).

aparece ante la población local y foránea que lo visita, como un lugar de memoria y espacio patrimonial donde confluyen elementos que representan poéticamente a un “lugar vivo.”⁸¹

La comitiva fundadora del Cementerio San Vicente –llamado así desde 1842 hasta 1871– después nombrado Cementerio San Pedro, la encabezó Pedro Uribe Restrepo, personaje comprometido con la transformación de Medellín a través del teatro, la ciencia y el civismo y quien durante el siglo XIX abanderó la corriente neo–hipocrática de la medicina, o medicina urbana francesa, la cual argumentaba que las emanaciones fétidas de los suelos conocidas como miasmas, al hacer contacto con el aire provocaban enfermedades epidémicas y endémicas⁸².

Dirigió la Comisión de Salubridad que se encargó de estudiar las quebradas Aná y la Picacha cuyas aguas malsanas –a causa de la contaminación por excrementos, basuras y animales muertos–, eran dañinas para el organismo. Sin embargo, aclaró que serían beneficiosas con un proceso de potabilización. Los estudios científicos que adelantó en París con Albrecht Haller y François Manjendie le permitieron concluir que la quebrada La Iguaná sí contaba con elementos higiénicos favorables para el bienestar de los medellinenses. Sobre su oficio científico expresó: “¿Qué fisiólogo se atreverá a dudar del poder de la imaginación y de la creencia sobre el libre ejercicio de las funciones que constituyen la vida y la salud?”⁸³

Pedro Uribe Restrepo oriundo de Envigado, médico, empresario y precursor del Cementerio San Pedro era aficionado a la literatura, a las artes visuales y a la dramaturgia⁸⁴. Durante su administración en el Cementerio, se fijó sobre un portón de madera verde y negra, y se leyó durante varios años este significativo y premonitorio verso, escrito por Uribe Restrepo y dedicado a la muerte:

“(…) Hemos como el relámpago pasado

⁸¹ García Zapata, “Cementerio Museo para la ciudad”, 46.

⁸² Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Concejo de Medellín, Tomo No. 121, 1834, folio 321r.; Isidoro Silva, *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906* (Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2003), 98.; Tiberio Álvarez Echeverri, “José Ignacio Quevedo y la medicina antioqueña en el siglo XIX”, *IATREIA. Revista médica Universidad de Antioquia* 9, n° 2 (1996): 55, <https://bit.ly/3b8q1eJ>.; Jorge Márquez Valderrama, *Ciudad, miasmas y microbios: La irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2005), 86.; Eladio Gónima Chorem, *Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces* (Tipografía de San Antonio, 1973), 9–10.; Frankly Alberto Suárez Tangarife, *Pedro Uribe Restrepo. La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio de San Pedro*, ed. Informe final de investigación (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015), 7.

⁸³ Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Concejo Municipal, tomo 121, 1834, folio 322r.; Silva, *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906*, 98.

⁸⁴ Arturo Guerrero, *Habitantes de la memoria: experiencias notables de apropiación social del patrimonio en América Latina* (Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2005), 79.

por el mar proceloso de la vida,
y aquí en eterno y pavoroso sueño
esperamos del Ángel la venida.
Cuando llegues aquí detén tu marcha,
donde generaciones confundidas
la horrible Parca silenciosa ostentan (...)⁸⁵

Gracias a su perspectiva social y humanística impulsó el levantamiento del hospital San Juan de Dios y la edificación del Teatro Bolívar que diseñó arquitectónicamente, y que construyeron entre 1833 y 1836 Vicencio y Januario Ortiz. Estos proyectos tenían como propósito ofrecer a los parroquianos alternativas que rompieran con la rutina y la ignorancia, y cooperar con el mejoramiento de su salud. La creación del Cementerio San Pedro se constituyó, entonces, como una obra de modernización para la Villa, que estuvo, en contra del barroquismo clerical y administrativo imperante entre las autoridades que consideraban al San Lorenzo como un espacio apto para inhumar a sus seres amados⁸⁶.

Los planos del San Pedro –que se construyó en un segmento de las tierras de El Camellón del Llano compradas a José Antonio Muñoz Luján y ubicadas al nororiente de la Villa–, se levantaron siguiendo el derrotero ingenieril de la Cédula Real de 1787⁸⁷. Los camposantos parisinos de finales del siglo XIX, señala Philippe Ariès–, estaban ambientados con musgos, herbajes y arboledas. Tal vez, estos fueron visitados por Pedro Uribe en su época de estudiante de medicina. Más tarde, en el siglo XX, el Cementerio San Pedro, se asemejaría a estas apacibles necrópolis donde las estatuas se abrazaban y se lamentaban, mientras las familias, adoloridas e histéricas, enterraban a sus seres amados⁸⁸.

Los mausoleos del “Cementerio de los Ricos” construidos por artistas–talladores, exaltan la memoria de personajes vinculados a la literatura y la política nacional como Jorge Isaacs, Carlos E. Restrepo y Pedro Justo Berrío. Algunas de las actitudes ante la muerte –según Ariès–, se

⁸⁵ Uriel Ospina, *Medellín tiene historia de muchacha bonita* (Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 1976), 62.

⁸⁶ Carlos Martínez Shaw, *El siglo de las luces: las bases intelectuales del reformismo* (España: Temas de Hoy, 1996), 24-ss.; Gónima Chorem, *Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces*, 9–10.; Silva, *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906*, 100.; Javier Mejía Cubillos, *Diccionario Biográfico y Genealógico de la élite antioqueña y vejocaldense. Segunda mitad del siglo XIX y primera del XX* (Pereira: Red Alma Mater, 2012), 214.

⁸⁷ Gloria Mercedes Arango, *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828–1885* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 1993), 303.; Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), *Cementerio de San Pedro: el rito de la memoria. 160 años* (Medellín: Instituto para el desarrollo de Antioquia, 2002), 33.

⁸⁸ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 73.

materializaron en la construcción de tumbas que se adornaban con flores y epitafios para perpetuar el recuerdo vivo de los difuntos. Bajo la misma perspectiva de preservación de la memoria, se creó y se amplió entre 1803 y 1850, el famoso y concurrido camposanto Père–Lachaise, en París, donde reposan los restos de Jim Morrison, vocalista y líder del grupo de rock The Doors (sobre su lápida, rayada adrede por sus fans, resaltan algunos nombres de sus discos, como *Light My Fire* y *Riders On The Storm*; y los del poeta y dramaturgo irlandés Oscar Wilde –autor de la *Balada de la cárcel de Reading*, prisión donde estuvo confinado durante dos años– (las paredes de su tumba están atiborradas con decenas de besos de sus admiradoras⁸⁹. Como en el Viejo Mundo, los modernos panteones latinoamericanos se caracterizaron por contar con bardas, pasillos centrales, secciones familiares y pórticos, además, de casa para el sepulturero y el mayordomo⁹⁰.

El señor Lucio Rendón, ofició como mayordomo del Cementerio San Pedro durante las últimas décadas del siglo XIX. Aunque atento a su labor de cuidandero y administrador, se le criticó por su agravado alcoholismo, llevado al extremo, cada noche, en las cantinas circundantes a su morada, ubicada dentro del panteón. En una ocasión, con sus colegas de juerga, coordinó la muerte de un gato negro y su postrero entierro en una bóveda de la recién reformada Galería de San Vicente. El cortejo que recibió el felino a manos de los borrachos, para estupor de la junta del camposanto, caso del director general, Mariano Uribe, se asemejó a los tradicionales ritos funerarios –rezo, canto y lloro–, aplicados a los seres humanos fallecidos en la Villa. Por este sacrilegio, a Rendón se le expulsó de su trabajo y, además, se le echó un sermón acusatorio en cuyo final se le sugirió que, por favor, respetara a los muertos⁹¹.

Con el advenimiento de los gobiernos liberales, en el periodo republicano, se ordenó que la administración de los cementerios estuviera en manos de las autoridades civiles, en detrimento del tradicional monopolio de los curas. En 1871, a Pedro Justo Berrío, presidente del Estado Soberano de Antioquia, le correspondió, después de que los vecinos levantaran varias quejas al respecto por su descuidada administración, presionar a los socios del San Pedro para realizar una reforma interna

⁸⁹ Magali Lagrange, “La tumba de Oscar Wilde, a prueba de besos”, 30 de noviembre de 2011, <https://bbc.in/3n3nrcR>.; Los mejores top 10, “Los mejores cementerios de Europa”, 2010, <https://bit.ly/3QFOvfR>.; Turismo, “Seis cementerios imprescindibles de Europa”, 2015, <https://bit.ly/3AaSNGj>.

⁹⁰ Vázquez Salguero y Corral Bustos, *Monumentos funerarios del Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, 1889 - 1916.*, 13–15.

⁹¹ Jairo Zea R., “El Cementerio de San Vicente se denomina de San Pedro”, *Raza* 1, n° 2 (1946): 8–10. La referencia sobre San Vicente se tomó de: <https://bit.ly/3OO1CtI>

con el fin de mejorar su administración. Se redactó un reglamento, se nombró junta directiva, se creó la figura de visitador, se nombró nuevos peones y directivos, se responsabilizó a los dueños de locales de su cuidado, ornato e higiene y se compró a los dueños de la vecina finca La Ladera, una fuente de agua para dotar al camposanto con agua propia⁹².

Al interior del Cementerio San Pedro se edificó, a finales de 1847 la primera capilla que fue demolida en 1896, para darle paso a la construcción de un “quiosco” en 1897 y finalmente a la construcción de la capilla existente en 1929. Los planos de esta capilla fueron diseñados por el arquitecto belga Agustín Goovaerts; en su interior se dispuso un órgano moderno adquirido a la empresa bávara E.F. Walcker & Cía que instaló uno de sus técnicos, Oscar Binder; y se dotó con tres campanas eléctricas, pioneras en el país, que se compraron a la casa A. & G. Sperling, con sede en Lepzig, Alemania⁹³.

Figura 1. Cementerio San Pedro, Francisco Mejía, s.t., s.d., Medellín, 1933, Archivo Fotográfico, B.P.P.



⁹² Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), *Cementerio de San Pedro. Documentos relativos a su fundación y administración. Reglamento que rige la sociedad. Resoluciones de la Junta Directiva. Relación de locales, sus dueños y representantes* (Medellín: Tipografía del Comercio, 1899), 32–33.; Carlos Andrés Orozco Guarín, *Inicio, esplendor y ocaso de la prostitución en Lovaina (Medellín), 1925-1955* (Medellín: Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2005), 39.

⁹³ Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), *Cementerio de San Pedro: el rito de la memoria. 160 años*, 36–37.; Falla Nieto, *Arte, muerte y sociedad: descripción de monumentos y mausoleos del Museo Cementerio de San Pedro, Medellín*, 65.

Alrededor del Cementerio San Pedro –también conocido históricamente como “El Cementerio Nuevo”, “El Cementerio de Particulares”, “El Cementerio de los Ricos” o “La Ciudad de Mármol”–, se ejecutó el poblamiento de la zona nororiental de Medellín, que se conecta desde el centro a través de la Carrera Bolívar con el barrio Prado Centro. Además, se originó la construcción de El Bosque de la Independencia (que desde 1972 fue nombrado Jardín Botánico) y de los barrios populares Pérez Triana, Campo Valdés, Manrique y Aranjuez. Durante las primeras décadas del siglo XX estaban allí fincas de recreo para familias, como la del ex-presidente Carlos E. Restrepo; y prostíbulos en el sector de Lovaina que atendieron tanto a los parroquianos como a los turistas que se bañaban en los famosos chorros de agua natural de El Llano, El Palomo, El Bermejil y El Edén–, que nacían en el cerro⁹⁴.

A partir de la década de 1970, el Cementerio San Pedro, constituido en sus inicios como el camposanto de particulares, albergó de manera acelerada en sus galerías a difuntos de todos los estratos sociales, muchos de ellos, violentados en la caótica escena que ha vivido la ciudad a manos de grupos armados ilegales, comunes y/o organizados, que estuvieron al servicio del narcotráfico. En esta coyuntura, el Cementerio se convirtió en un espacio idóneo para congregar la historia social y funeraria de Medellín hasta la fecha⁹⁵.

⁹⁴ Lisandro Ochoa, *Cosas viejas de la villa de la Candelaria* (Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2004), 143 y 227.; Orozco Guarín, *Inicio, esplendor y ocaso de la prostitución en Lovaina (Medellín), 1925-1955*, 35–36 y 40.

⁹⁵ Juan Diego Torres Urrego, “Permiso para construir un cementerio nuevo”, en *Libro de relatos funerarios*, (Medellín: Gobernación de Antioquia, 2015), 41–42.

Capítulo segundo

2.1 Una ciudad moderna y fervorosa: nuevos cementerios, indulgencias y negocios funerarios

En el presente capítulo se describe la importancia que tuvieron los cementerios extramuros en la identidad de Medellín que, como en el resto de Hispanoamérica, desde finales del siglo XVIII, se construyeron siguiendo el modelo ordenado por la realeza borbónica, caso de la arborización y del ornato alrededor de sus tumbas; se alude a las relaciones que los vivos tuvieron con el proceso testamentario que, en síntesis, basándose en la profunda religiosidad de la élite de Medellín, se ordenaron y firmaron a fin de sortearse una vida mejor en el más allá, es decir, en el cielo; y se concluye describiendo algunas agencias mortuorias que comercializaron sus servicios en la villa de Nuestra Señora de la Candelaria. Entre las preguntas que resolvimos en este acápite están: ¿Cómo se organizaron los cementerios modernos? ¿Cuáles promesas hicieron las élites en los testamentos, y a cuáles santos les consagraron sus almas? ¿Qué servicios ofrecieron los negocios funerarios?

Las tumbas en los camposantos extramuros, según la disposición de la realeza borbónica, tenían que ser para un solo cadáver; debían ser espaciosas, enlosadas y encaladas; además de ambientadas con diversos tipos de plántulas, flores y árboles⁹⁶. Los cronistas locales señalaron que Sixta Fernández de Jaramillo fue la primera medellinense que se inhumó en el renombrado “Camposanto de los Ricos.”⁹⁷ A la élite –afirmó Juan Camilo Escobar Villegas–, pertenecían tanto los personajes acaudalados como los intelectuales. Los primeros, estaban vinculados con la institucionalidad, mientras que los otros integraban grupos de poder que se enlazaban con el Estado, es decir, “con la clase dominante” que en el siglo XIX, en América, después de desligarse del yugo monárquico español, defendieron el modelo político republicano. En el caso específico de Medellín, concluye, representaron a “un pequeño grupo que, gracias a los procesos educativos y a su potente discurso “identitario”, sin olvidar sus importantes recursos económicos y sus estrategias

⁹⁶ Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”.

⁹⁷ Ospina, *Medellín tiene historia de muchacha bonita*, 62.; Progreso, “Notas históricas”, *Progreso*, n° 2 (1926): 11.

políticas, obtuvo para sí un estatuto de movilidad y distinción tanto en los círculos sociales de la ciudad como en los amplios ámbitos de “Euroamérica.”⁹⁸

Acerca del ornato y el aseo, la preocupación por la arborización del Cementerio San Pedro concitó los esfuerzos de los socios y directivos desde mediados del siglo XIX. Para el efecto, en el decenio de 1930, la Junta Administradora del camposanto le pidió mediante misiva a Carlos E. Restrepo, residenciado para la época en Roma, Italia, semillas de pino blanco para sembrarlas en el Plazoleta Central. El ex-presidente envió un paquete con 400 granos de “Pino romano” porque en la capital italiana no se conocía la especie solicitada por la Junta. Aquellos, según indicó, tenían características morfológicas que se asemejaban a las de los carboneros colombianos, en lo referente al follaje y a los frutos, los cuales compró en la casa expendedora Ingegnoli⁹⁹.

Carlos E. Restrepo, también escribió sobre la muerte valiéndose de un hecho constante que marcó el devenir del país durante la centuria decimonónica: la guerra civil entre liberales y conservadores. El escenario empleado para el relato era un poblado construido de chozas y derruido después de un combate donde, bajo un inclemente sol de mediodía, olía a “carne quemada y a cadáveres en putrefacción”. Al unísono, la postal mostraba caballos heridos, chirriando, medio asados; y a un crucifijo “con las piernas abrasadas por el fuego”. El líder de la hueste invasora ordenó a sus subalternos que incineraran a los cientos de muertos. Diez fogones humanos ardieron esparciendo un negro humo rastrero que se perdió en el monte¹⁰⁰.

En medio de la incineración de un cadáver que, –según la descripción de Carlos E., parece ser un abanderado del partido liberal– mostró unos blanquísimos y ordenados dientes, cuya risa tanto grotesca como trágica, culminó el relato del ex-presidente: “dominaba todo: la muerte y la vida; los restos del Cristo y los pedazos de cuerpos; el humo nauseabundo; el erial ensangrentado y el incendio rojizo. Era la nota que, como bandera única, flotaba sobre ese campo de ruinas y de

⁹⁸ Juan Camilo Escobar Villegas, “Las élites intelectuales en Euroamérica Imaginarios identitarios, hombres de letras, de artes y de ciencias en Medellín y Antioquia, 1830-1920”, *Universidad EAFIT* 1, n° 1 (2004): 19, <https://bit.ly/3ObW8Jj>.

⁹⁹ Archivo Carlos E. Restrepo, Correspondencia Recibida, Carta de Antonio J. Cano a Carlos E. Restrepo, Medellín, enero 16 de 1934, Carpeta No. 74, Documento No. 25, folio 34r; Archivo Carlos E. Restrepo, Correspondencia Enviada, Carta de Carlos E. Restrepo a Antonio J. Cano, Roma, enero 31 de 1934, Carpeta No. 74, Documento No. 26, folio 35r; Archivo Carlos E. Restrepo, Correspondencia Recibida, Carta de Antonio J. Cano a Carlos E. Restrepo, Medellín, marzo 8 de 1934, Carpeta No. 74, Documento No. 22, folio 30r.

¹⁰⁰ Carlos E. Restrepo, “Risa Trágica”, *Lectura y Arte (1903-1906)*, n° 11 (1905): 202–3, <https://bit.ly/3xWr8pQ>.

barbarie y de injusticia.”¹⁰¹ Por otro lado, Mario Duque Bernal escribió en 1930 el siguiente verso a la muerte, que se publicó en las páginas de la revista *Claridad*:

“(…) Ya es hora de la Muerte.
Ven. Nos llegó el turno.
Inexorable y bello rito taciturno.
Oremos la oración, dulce y silente
del último dolor.
Madre flaca y hambreada: que tu caricia sea
la honda caricia que en la paz aquieta
y en la quietud que deja tú contacto polar,
hiélanos toda el alma.
Amén...
Madre flaca y sombría, que nos sea muy propicio tu beso
y que nos cubra el luto de tu capa
en la alegría del ensueño eterno.
Que nos bese tu boca, desdentada y sin carne,
como besan las madres al enfermo dormido.
Que nos sea
cariñosa la noche que vamos a dormir.
Amén (...).”¹⁰²

Las directivas pretendieron que el Cementerio San Pedro estuviera embellecido por cipreses, sauces, fresnos, eucaliptos, pinos y álamos y que se construyeran monumentos funerarios con valores estéticos. En parte, similares a los aparecidos en México en los camposantos: Dolores (inaugurado en 1874), el Panteón Español y el Panteón Francés de la Piedad (abiertos a finales de la década de 1880)¹⁰³. Sobre el ornato, el escritor Mariano Ospina Vásquez, hijo del fundador del partido conservador Mariano Ospina Rodríguez, anotó que la Junta del “Cementerio de los Ricos” se caracterizaba por embellecer aquella “casa de la eterna paz” donde reposaban apaciblemente los difuntos en medio de abundantes corredores y jardines¹⁰⁴.

Estos difuntos, vinculados a la élite –interpretando las actitudes frente a la muerte expuestas por Philippe Ariès–, se cuentan en la lista de los personajes que hicieron parte del ideal renacentista que defendía al hombre como un ente individual que aspiraba a la eternidad en el más allá¹⁰⁵. Parte de esta definición coincide con un artículo firmado por el cronista antioqueño S.F. Cardona: “la

¹⁰¹ Restrepo, 202–3.

¹⁰² Mario Duque Bernal, “La canción de la muerte”, *Claridad*, n° 5 (1930): 184.

¹⁰³ Vázquez Salguero y Corral Bustos, *Monumentos funerarios del Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, 1889 - 1916.*, 13–15.

¹⁰⁴ Mariano Ospina Vásquez, “Reseña mensual. (Impresiones personalísimas)”, en *El Montañés* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1897), 150.

¹⁰⁵ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 183.

Muerte es el primer misterio y pone a los hombres en el camino de los demás misterios. Ella levanta su espíritu de lo visible a lo invisible, de lo transitorio a lo eterno, de lo humano a lo divino.”¹⁰⁶

Ariès nombró al ideal de eternidad surgido en el Renacimiento como “la muerte de uno mismo”. Este concepto nos explica que la muerte se convirtió en un asunto privado y personal. Los seres humanos vinculados a la élite, quisieron ser recordados en el mundo como en el más allá. Por eso en vida buscaron, primero, gloria a través del desarrollo de la intelectualidad, las artes y los hechos heroicos y sobrevivir simbólicamente después de ser enterrados. Para alcanzar este último objetivo, donaron sus bienes patrimoniales a la Iglesia, emporio que, como compensación, celebraba misas para que sus almas se salvaran tanto del temido infierno, como de la incertidumbre del purgatorio¹⁰⁷.

En la santa misa se condensaba el ritual profundo de la salvación de los espíritus porque, como expresó el cronista Juan Manuel González en 1925: “al elevarse la hostia augusta sobre el dosel de unas manos consagradas, el cielo se estremece de alegría, los ángeles se postran reverentes, la Iglesia conmovida adora, el cristiano se engrandece, las almas del purgatorio son aliviadas, el infierno mismo ruge, y, por modos diferentes, la creación toda le rinde vasallaje.”¹⁰⁸ Esta salvación –apuntó Edgar Morín–: “implica la promoción del alma, que desea sobrevivir a la ruina del cuerpo, y asegurarse un cuerpo inmortal. Igualmente implica la intervención salvadora de un dios que arranca a los hombres de la muerte.”¹⁰⁹

En la mentalidad de las personas de élite que fundaron en el Cementerio San Pedro, coexistían tres estados –cielo e infierno, en primer y segundo lugar y purgatorio, en tercero. Sobre este último Jacques Le Goff advierte que según el imaginario de los cristianos, debería ser franqueado para llegar al paraíso. Desde la Edad Media hasta bien avanzada la época moderna, a comienzos del siglo XX, esta práctica estuvo presente porque los creyentes debían sacrificarlo todo a fin de encontrar la salvación eterna presente en la literatura (caso de la *Divina Comedia*, de Dante Alighieri). Así como en las explicaciones dogmáticas difundidas por teólogos como San Agustín de Hipona¹¹⁰.

¹⁰⁶ S.F. Cardona, “El culto a los muertos”, *Progreso*, nº 21 (1927): 335.

¹⁰⁷ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 183.

¹⁰⁸ González, “Oración fúnebre”, 850–53.

¹⁰⁹ Morín, *El hombre y la muerte*, 2011.

¹¹⁰ Le Goff, *El nacimiento del purgatorio*, 9.

En esta dinámica lo que estaba en juego era el alma que los defensores del cristianismo encomendaban a la divina providencia, como sucedió con María Josefa Bermúdez –una de las socias fundadoras del San Pedro-, quien en su testamento entregó la suya a “Dios que de la nada la creó y redimió con el infinito precio de su sangre preciosa”, así como su cuerpo “a la tierra de que fue formado.”¹¹¹ Ese Dios que, según Edgar Morín, creado a “la imagen de los mortales abriría la vía más segura a la resurrección de los muertos”. En un paraíso donde “la salvación renacerá y demostrará que la muerte más horrible y desintegradora puede no obstante ser vencida. Inolvidable victoria derramada sobre los humanos.”¹¹²

Desde finales del siglo XII, la Iglesia controló mediante indulgencias –misas, plegarias, limosnas y donaciones–, el traspaso de las almas en pena del purgatorio hacia el reino de Dios, es decir, el cielo. Con esta transacción era posible en poco tiempo favorecer el tránsito de los muertos que los deudos tenían “en su corazón”, y, además, conservar vivas sus memorias en el mundo¹¹³. El enfermo en su lecho de muerte entregaba parte de sus bienes para obras pías, a fin de lograr la “Gloria eterna”.

Doña Susana Gaviria de Montoya, por ejemplo, indicó en su testamento que parte de su patrimonio se concediera para las reformas correspondientes a la Basílica Metropolitana, a los templos de San Francisco y de San José, al Hospital San Juan de Dios y al Manicomio Municipal (obras ubicadas en Medellín). Mientras que Demetrio Barrientos donó parte de su peculio para reparar el templo de la Parroquia de Hatoviejo, actual municipio de Bello, donde residía con su familia¹¹⁴. El señor Barrientos –que se declaró en su testamento como una persona célibe, soltera y sin descendencia–, tomó como “abogada e intercesora” en “el tramo de la muerte”, a “la serenísima Reina de los Ángeles, la Virgen María”; ordenó que 200 pesos de su riqueza se invirtieran en misas y oraciones para su alma y la de sus padres y sus hermanos; advirtió que el dinero sobrante de la suma citada se repartiera en limosnas; y, por último, donó 60\$ para el “San

¹¹¹ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1399, Escritura No. 459, enero–diciembre de 1863, folio 390r. 387v– 399r

¹¹² Morín, *El hombre y la muerte*, 213.

¹¹³ Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, 155.

¹¹⁴ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 380, Escritura No. 923, agosto–septiembre de 1907, folio 2115r. folios 2105v–2228r; y Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 148, Escritura No. 1112, septiembre–octubre de 1884, folio 3187v. folios 3193v–3414v.

Pedro”, el “Cementerio de Particulares.”¹¹⁵ Porque en la misa, sacra y vivida, es donde, según Edgar Morín, “el fiel come de la carne y bebe de la sangre del dios para participar de su esencia gloriosa.”¹¹⁶

En este sentido, los investigadores Nila Leal González y Gregorio Antonio Rijos, afirman que: “no obstante, la paradoja del testamento demuestra que, en la proximidad de la hora final, el ‘noble’ difunto busca congraciarse con las divinidades para obtener los beneficios que le ofrece la fe religiosa, aunque para ello, deban desprenderse de buena parte de sus riquezas materiales, riquezas que iban a parar a manos de la Iglesia, de los familiares y un aspecto muy importante, a las obras pías, para los niños y los pobres mendicantes.”¹¹⁷

Philippe Ariès anota, por su parte, que los testamentos eran pasaportes para el cielo y contratos para la salvación. En ellos, se profesaba la fe, se confesaban los pecados, se buscaba reparar las culpas, se elegía el lugar donde el creyente quería ser inhumado, y se ordenaba a los albaceas los respectivos ritos y actitudes post-mortem como la celebración de las misas a favor de su alma¹¹⁸. Estos documentos, eran considerados “como una verdadera práctica de devoción que recomendaban los autores piadosos desde la Edad Media”. En ellos “un buen cristiano no debía temer a la muerte sino prepararse para ella, dejando previstos sus funerales, su entierro y las limosnas o mandas para la salvación de su alma.”¹¹⁹ El estudio de los testamentos “permite observar el comportamiento ritual del difunto desde su estado de enfermedad; su muerte, sus exequias funerales, su inhumación y las actitudes de familiares, albaceas y herederos [...]; de sus últimas voluntades en el plano material-económico-jurídico, así como en el ámbito de sus inclinaciones espirituales-religiosas.”¹²⁰ A los muertos, escribió Cicerón, había que tenerlos “por seres divinos.”¹²¹

Para entender a profundidad el complejo sistema de actitudes ante la muerte, debemos citar un hecho crucial que las define: la importancia de encargar la celebración de misas post-mortem.

¹¹⁵ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 148, Escritura No. 1112, septiembre-octubre de 1884, folio 3282r. folios 3193v-3414v.

¹¹⁶ Morín, *El hombre y la muerte*, 214.

¹¹⁷ Leal González y Rijos, “Rito funerario en la sociedad maracaibera (1790-1850)”, 347.

¹¹⁸ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 180.

¹¹⁹ Gloria Mercedes Arango, “La religiosidad en el valle de Aburrá”, en *Historia de Medellín* (Bogotá: Suramericana, 1996), 265.

¹²⁰ Leal González y Rijos, “Rito funerario en la sociedad maracaibera (1790-1850)”, 348.

¹²¹ Citado en Cardona, “El culto a los muertos”, 335.

Porque “la Iglesia, como espacio consagrado era el lugar ideal para esperar el juicio final y la resurrección de los cuerpos.”¹²² En Medellín, los testadores ordenaban a sus albaceas pagar por “las treinta misas de San Gregorio”, que debían rezarse en su nombre, después de difuntos, para salvar sus almas del temido y tortuoso purgatorio. Era efectiva la salida del fallecido de este estado o “tercer lugar” –según la definición elaborada por Jacques Le Goff–, siempre y cuando aquella ofrenda se celebrara durante 30 días ininterrumpidos¹²³.

En la mentalidad de los ricos de Medellín estaba presente esta práctica. Destaca en este sentido, la petición que realizaron los esposos José Nicolás Gómez y Bárbara Restrepo, quienes encargaron a sus albaceas decir aquellas misas, además de otras 170 en nombre de sus parientes enterrados en el camposanto “nuevo”, es decir, el San Pedro, “si fuere posible, sin interrupción”. Por último, ordenaron el rezo de otras 20 en el San Lorenzo, el “viejo cementerio de la Ciudad.”¹²⁴ De acuerdo con Michel Vovelle, los testadores: “como solo pueden contar consigo mismos, deben imponer sus voluntades a sus herederos, sean estos su esposa o sus hijos, monasterios o cofradías”. Ellos además: “prescribieron que los legados piadosos y su destinación sean expuestos en la iglesia sobre un material imperecedero, piedra o latón, para vencer el olvido de las generaciones futuras.”¹²⁵

En el aludido “comportamiento ritual del difunto” participaban otros actores que hacían cumplir la última voluntad del moribundo: los albaceas. Los de Carlos Greiffenstein Kohlleman – personaje notable en la historia de Antioquia por su participación en el desarrollo del sistema bancario y de los sectores minero e industrial, durante las tres últimas décadas del siglo XIX–, fueron Manuel Tiberio Toro y Juan Bautista Londoño, a quienes, mediante testamento, este ciudadano nacido en Hessen, Alemania, les encomendó enterrarle bajo los mandatos litúrgicos del cristianismo en un local que ordenó comprar en el Cementerio San Pedro¹²⁶.

¹²² Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”.

¹²³ Le Goff, *El nacimiento del purgatorio*, 9.; El Teologo Responde, “¿Qué son las Misas Gregorianas? ¿Es verdad que no se pueden cortar?”, 2014, <https://bit.ly/3HQOtgQ>.

¹²⁴ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 028, Escritura No. 397, septiembre–diciembre de 1859, folio 790r. folios 789r–793r.

¹²⁵ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 181.

¹²⁶ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 260, Escritura No. 1587, septiembre–noviembre de 1894, folio 4990. folios 4986r–4997v.; Rodrigo García Estrada, *Carlos Greiffenstein Kohlleman (Alemania, 1836–Medellín, 1894). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2014), 118–21.

La muerte de Carlos Greiffenstein Kohlleman produjo espanto en el interior del Cementerio San Pedro. Cuando los peones en plena madrugada terminaban de construir su cripta en la Galería Central, con cemento, arena y ladrillos cocidos, escucharon un atronador ruido “semejante a la caída al suelo de una tabla de mediano tamaño”, que les sacó de su ensimismamiento y, al mismo tiempo, casi les produce un infarto por lo que vieron en el sitio: “un bulto blanco, de contornos imprecisos, levantado sobre el suelo unos cuarenta centímetros, y de porte menor que el natural de una persona adulta”. Aquel espectro, lentamente, avanzó varios metros y se paró unos minutos, justamente, donde se inhumó al obispo Juan de la Cruz Gómez Plata, volvió al sitio de partida, todavía levitando y desapareció en medio del asombro generalizado de los trabajadores¹²⁷.

El cronista que escribió esta enigmática historia firmaba sus artículos con el seudónimo “Timalquin”. De esta manera concluyó su relato: “¡A cuántas diversas cavilaciones dan motivos las andanzas de las almas escapadas de la otra vida!”. Sin embargo, el asunto del espanto no terminó con esta primera aparición porque –continuando con el citado narrador–: “El bulto blanco del local número 4”, como él le bautizó, poco tiempo después salió nuevamente a la luz pública. En esta ocasión lo avistó el guardián del Cementerio San Pedro y contrario a lo acontecido en la primera aparición, iba bastante afanado, pero buscando otra vez el lugar donde reposaban los restos del presbítero Gómez Plata¹²⁸.

En 1918, José María Santamaría, –hijo de Antonio Santamaría y Mercedes Restrepo, renombrados personajes de la élite comercial antioqueña–, desencantado con la existencia, trastornado, deprimido y totalmente agobiado por la melancolía, desenfundó su revólver y sin titubeos, se pegó un tiro en la sien, acotó el escritor Jairo Zea. Ocurrió el suicidio en la Galería San Lorenzo, justamente, al frente de la tumba donde estaba enterrada su señora madre¹²⁹.

Otro personaje de élite que sufrió profundamente por la pérdida de su madre, fue Nicanor Restrepo Restrepo, quien se lo confesó en una misiva a su hermana la religiosa Luisa de la Cruz, residente en Támara (Casanare). Para él, su progenitora: “era el resumen de la familia” porque, “a su lado, se juntaban todos (los hijos) por la noche para hacerle la tertulia y oír sus palabras que eran sagradas”. Confesó “Nunca la lloraremos debidamente y nunca encontraremos quien sea como ella consuelo, dirección y apoyo”. Pese a los lamentos aceptó esta inesperada partida con resignación,

¹²⁷ Timalquin, “En el Cementerio San Pedro”, *Sábado*, nº 61 (1922): 742.

¹²⁸ Timalquin, 742.

¹²⁹ Zea R., “El Cementerio de San Vicente se denomina de San Pedro”, 9.

y concluyó que se debía a la voluntad de Dios. Por último, expresó que protegería a su hermano menor llamado Abel –como se lo prometió en vida a su mamá–, en suma, una persona bastante desorganizada e indisciplinada, a causa del alcoholismo que le produjo una enfermedad en el hígado llamada “Ictericia Aguda”, Sin embargo, don Nicanor exponía que no lo tendría en su casa porque le daría mal ejemplo a sus hijos, y le impondría una penosa obligación a su esposa, sino en otra parte donde le ayudaría con los gastos necesarios para la sobrevivencia como hogar, comida y vestido¹³⁰.

Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, varios ciudadanos encargaron en sus testamentos el rezo de misas, por ejemplo: Joaquín Emilio Gómez, casado con Carlota Barrientos, hija de Mercedes Zuláibar Santamaría –socia fundadora del Cementerio San Pedro–; Luis Fernández Avendaño, de Copacabana, que ordenó las 30 misas de San Gregorio, otras 20 privadas por el “descanso eterno de las almas del Purgatorio”, y 200 más por la memoria de su madre, María Salomé Avendaño; Leonarda Restrepo, por quien su marido, Rudecindo Medina, pagó 8 décimos por una misa con “canto de vigiliass”, que debía ser efectuada durante el primer aniversario de su fallecimiento; y el presbítero Julián María Upegui que mandó a celebrar también 200 pero, anotó que deberían invocarlas “curas pobres.”¹³¹ En la apertura del testamento de Zuláibar Santamaría, se leen estos apartes donde se representan las actitudes de su vocación cristiana:

“(…) creyendo y confesando, como firmemente creo y confieso al altísimo, divinísimo (sic.) e inefable e incomprensible misterio de la Beatífica Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, tres personas, que aunque realmente distintas tienen los mismo atributos en su naturaleza divina y son un solo Dios verdadero; en cuya fe y creencias y no en otra he vivido, vivo y protesto vivir y morir, como Católica, Apostólica, Romana; tomando por mi intercesora y protectora a la serenísima Reina de los Ángeles María Santísima, Madre de Dios y Señora Nuestra; al santo

¹³⁰ Archivo Nicanor Restrepo Restrepo (ANRR), Correspondencia Enviada, Carta de Nicanor Restrepo Restrepo a Luisa de la Cruz, Medellín, junio 5 de 1913, folio 369; ANRR, Correspondencia Enviada, Carta de Nicanor Restrepo Restrepo a la madre San Luis Gonzaga (su hermana), noviembre 4 de 1918, folio 377; y, ANRR, Carta de Nicanor Restrepo Restrepo a Juan M. Restrepo R., Medellín, abril 21 de 1919, folio 23.

¹³¹ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1526, Escritura No. 1364, noviembre–diciembre de 1887, folio 3206. folios 3204v–3258r; Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1594, Escritura No. 1578, septiembre de 1892, folios 1250r–1287r; Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 459, Escritura No. 2154, noviembre–diciembre de 1913, folios 6041r–6043v; Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 020, Escritura No. 1112, octubre–noviembre de 1880, folio 3240v. folios 3239v–3260v.; Frankly Suárez Tangarife, Alberto, y Yadir Tascón, “Mercedes Zuláibar Santamaría (Medellín Ca. 1800–1875)”, en *Personajes Cívicos* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2018), 14–18.

Ángel de mi guarda, Santos de mi devoción a los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo y a todos los demás Santos y Santas de la Corte Celestial (...).”¹³²

Asimismo, como San Gregorio, también San Francisco ocupó un privilegiado lugar en las actitudes que adoptaron los medellinenses ante la muerte, según se lee en los testamentos. Juan Nepomuceno Mejía, vecino de Itagüí, ordenó que lo amortajasen con el hábito de este santo, e igual situación aconteció con José María Barrientos, quien además encomendó su alma a Dios. A Barrientos –uno de los cincuenta fundadores del Cementerio San Pedro–, su familia lo enterró en 1850. En vida realizó con otros acaudalados empresarios de la Villa, Marco Antonio Santamaría, Vicente B. Villa y Gabriel Echeverri, negocios de importación desde Kingston, Jamaica¹³³.

El comercio desde Jamaica consolidó el patrimonio de las élites antioqueñas durante el siglo XIX. Hacia 1825 Juan Pablo Sañudo integró en compañía de Evaristo Martínez de Pinillos, José María Uribe Restrepo y José Antonio Gaviria una compañía comercial de importación de mercancías con destino hacia la Nueva Granada, con sede en Kingston. En Anorí, Antioquia, se dedicó a la explotación minera asesorado por James Tyrrel Moore, ciudadano inglés que introdujo en la región los molinos de pisones que rentabilizaron los trabajos. Vivió en Medellín en un predio elegante en el que ofreció suntuosas fiestas para sus amigos, y como cabildante, en representación del liberalismo, abogó por la construcción de varias calles rectas que posibilitaron el transporte de mercancías¹³⁴. En su testamento, Sañudo ordenó que lo inhumaran en el Cementerio San Pedro, del cual hizo parte como socio–fundador. Así se hizo en mayo de 1870, después que el presbítero Francisco de Paula Benítez le suministrara “los sacramentos de la penitencia, comunión y extremaunción.”¹³⁵

Los medellinenses de la élite, en algunos casos moribundos y en su lecho de enfermos, se representaron como individuos con una historia personal fielmente vinculada al dogma cristiano. En este sentido, recibir la penitencia, la comunión y la extremaunción era el mejor camino para cerrar la existencia como sucedió con Agustín Álvarez, cura párroco de Sopetrán, y Claudina Villa,

¹³² Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 114, Escritura No. 1844, noviembre–diciembre de 1879, folio 3032r. folios 2879r–3053r.

¹³³ Giovanni Restrepo Orrego, *José María Barrientos (Bello, 1779–Medellín, 1850)* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015), 28–33.

¹³⁴ Frankly Alberto Suárez Tangarife, “Juan Pablo Sañudo”, en *Personajes Cívicos* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2018), 44–48.

¹³⁵ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1430, Escritura No. 1918, mayo–junio de 1870, folio 9r. folios 3v–13v.

quienes en sus respectivos testamentos ordenaron que se les suministraran estos sacramentos¹³⁶. En estos documentos se manifiesta la “muerte vivida”, según la definición de Michel Vovelle, porque se narra “la red de gestos y ritos que acompañan el recorrido de la última enfermedad a la agonía, a la tumba y al más allá.”¹³⁷ En esta dinámica los curas jugaban un preponderante papel de control y coordinación porque la religiosidad de los antioqueños, bastante arraigada al modelo católico, se caracterizaba por ser “igualitaria” y además propiciaba “la integración y la cohesión entre las clases sociales.”¹³⁸

Al escritor, médico, geógrafo, historiador y político Manuel Uribe Ángel, sin embargo, únicamente se le administró la penitencia, a manos del cura Domingo A. Henao, porque falleció, repentinamente, en Medellín, el 16 de junio de 1904¹³⁹. En su testamento le advirtió a su esposa, Magdalena Urreta Saldarriaga –quien murió tres meses después de él, en septiembre 20 del citado año–, que se le velara según los rituales propios de la religión que practicaba, el catolicismo, y que el entierro debería ser tanto “sencillo” como “decente.”¹⁴⁰

Sin embargo, a Uribe Ángel no le cumplieron una de sus voluntades porque se le realizó un entierro “decente”, pero no “sencillo”, sino realmente pomposo. Salió el cortejo fúnebre de su casa a las 8 y media de la mañana, donde se veló su cadáver, hacia la Basílica Metropolitana, acompañado por deudos, entre ellos el general Marceliano Vélez y el periodista Fidel Cano, así como de instituciones de básica primaria y secundaria; de educación superior, como la Universidad de Antioquia y la Escuela Nacional de Minas; y pertenecientes a sociedades como la de San Vicente de Paúl y la Antioqueña de Jurisprudencia. Doce cintas adornaron su féretro, que terminada la misa, llevaron del atrio hasta el Cementerio San Pedro. Tanto las jerarquías eclesiásticas como los organismos del Estado se pronunciaron para honrar la memoria del científico, y el Batallón Zapadores le realizó honores militares disparando al aire durante la ceremonia. Mientras que Justiniano Montoya, Carlos de Greiff, José Vicente Restrepo y Emilio Escobar, reputados hombres

¹³⁶ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 136, Escritura No. 2028, febrero–marzo de 1883, folio 834v. folios 828r–895v; y, Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1656, Escritura No. 666, mar Archivo Histórico de Antioquia (AHA)zo de 1897, folio 1542r. folios 1531v–1570v.

¹³⁷ Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, 103.

¹³⁸ Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia, 1850-1930*, 144.

¹³⁹ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 366, Escritura No. 1733, octubre–noviembre de 1905, folio 3922r.

¹⁴⁰ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 366, Escritura No. 1733, octubre–noviembre de 1905, folio 3956r.

públicos de Medellín, condujeron en sus hombros un retrato del finado con dirección al citado templo¹⁴¹.

A Manuel Uribe Ángel, le levantaron un destacado monumento para honrar su memoria y destacar su labor científica en el Cementerio San Pedro, ubicado en “el fondo del Patio Circular, un poco hacia la izquierda.”¹⁴²

Es importante anotar que para este caso y el de otros, el enterramiento primario se realizó en una bóveda en la Galería San Pedro, del Patio Central y una vez construido el mausoleo, los restos eran trasladados allí. Una de las obras fundamentales del científico se titula *Geografía del Estado de Antioquia*, libro clave “de obligada referencia y consulta para comprender la transformación del departamento”. En el Mausoleo donde reposan sus restos actualmente, se aprecia “un croquis de Antioquia a gran tamaño, ícono indudable de identidad territorial.”¹⁴³

Retornando al entierro de Uribe Ángel, la Basílica Metropolitana recibió el cortejo fúnebre adornada con cortinas negras en la nave central, coronas florales, músicos de orquesta que cantaron la vigilia y la misa y centenares de personas que, incluso, por falta de espacio en sus instalaciones sacras, tuvieron que acompañar al difunto en el atrio, donde el ataúd estuvo hasta el mediodía, y en las calles contiguas. Un coche mortuorio ataviado con flores cargó al finado hasta el Cementerio San Pedro, acompañado por otros automóviles de propiedad de vecinos, colegas y amigos, y en el fondo, a pie, iba el pueblo común y corriente que nunca se apartó de la ruta que atravesó la “caja negra”. En el camposanto, “aquel triste lugar”, políticos y periodistas –como Joaquín María Arbeláez y Severo Escobar–, pronunciaron varios discursos en honor de la vida y la obra del científico y filántropo¹⁴⁴.

¹⁴¹ Luis Eduardo Villegas, *Boceto del Doctor Manuel Uribe Ángel y su Corona fúnebre* (Imprenta Departamental de Antioquia, 1905), 26.

¹⁴² Agapito Betancur, *La ciudad 1675-1925. Tomo 8 Medellín en el 5º cincuentenario de su fundación pasado, presente, futuro*, 2003, 338, <https://bit.ly/3OruyY3>.

¹⁴³ Eloisa Lamilla Guerrero et al., “Historia regional, personajes y tumbas emblemáticas”, en *Libro de relatos funerarios* (Medellín: Gobernación de Antioquia, 2015), 150.

¹⁴⁴ Villegas, *Boceto del Doctor Manuel Uribe Ángel y su Corona fúnebre*, 28 y 35.

Figura 2.[Mausoleo Manuel Uribe Ángel], s.a., s.t., s.d., Sergio González, Medellín, 2019, Archivo Fundación Cementerio San Pedro



2.2 Los negocios funerarios

Las prácticas religiosas que se presentaron en los testamentos, como el suministro de los sacramentos, estuvieron caracterizadas por el miedo a la muerte. Incluso la misma salvación horrorizaba, aunque se creía que los santos y mártires habitaban el cielo, se manifestaba también como un verdadero misterio. Al unísono con la petición de entregar sus peculios para obras pías, de repartirlos entre sus descendientes y de encomendar sus almas a Dios –a fin de atravesar el nefasto purgatorio y encontrar la ruta hacia el cielo–, los testadores se ocupaban de arreglar sus entierros como aconteció cuando pereció Ana María Mazuera, a quien Jorgina Mazuera, su hija, le pagó los respectivos costos a la “Agencia Mortuoria”, por la organización del cadáver y por el ataúd; a la Tesorería Municipal, por el alquiler de la bóveda en el Cementerio San Pedro durante 4 años; y a la curia, por la misa¹⁴⁵.

Pero el alquiler de bóvedas también contribuyó con el encumbramiento patrimonial de algunas personas de élite. José Julián Saldarriaga Estrada –comerciante de predios y casas en el centro de Medellín, minero y rematador de aguardiente en las ciudades de Marinilla y Rionegro–, consta como uno de los ejecutores de aquella práctica lucrativa. Actuó como socio–fundador del

¹⁴⁵ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 125, Escritura No. 2097, junio–agosto de 1881, folio 1972r. folios 1963v–1981v.

Cementerio San Pedro y le correspondió el local Número 28, ubicado en el Patio Central, para que inhumara a su descendencia. Sin embargo, ninguno de sus allegados, como puede verse en la actualidad en el conjunto de tumbas, se inhumó en ese sitio, porque el señor Saldarriaga se lo vendió a las familias Sañudo, Lince y Zea a finales del siglo XIX¹⁴⁶.

A las agencias mortuorias se les encargaban los cartelones de invitación al entierro; las velas, los cirios, los velones de “esperma” para acompañar el féretro y la música para ambientar las misas. A la señora Bárbara Uribe, quien murió soltera a finales de 1880 en Medellín y a Luis María Arango, sus albaceas les pagaron por estos servicios para la fecha de sus inhumaciones¹⁴⁷. Los negocios funerarios en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria, en la transición de los siglos XIX y XX, según los testamentos consultados, estuvieron en las manos de Higinio y Jesús María Mondragón, de Melitón Rodríguez Roldán, y de Wenceslao Naranjo.

La funeraria de Higinio y Jesús María Mondragón ofrecía “orquesta y cantores”, féretro, “coche mortuario” y “servicio de peones” para cargar al finado de la sala de velación hasta el templo, y de aquel hasta el cementerio. Gabriel Latorre utilizó sus servicios para darle sepultura a su padre Mariano, empresario de la minería en Antioquia, el 20 de agosto de 1901¹⁴⁸. Mientras que los albaceas de Claudina Villa, fallecida el 27 de octubre de 1896 y que recibió la última bendición en misa celebrada en la ermita de la Veracruz, ordenaron a la compañía “carteles negros y dorados” y doce carrozas para conducir el cortejo fúnebre¹⁴⁹.

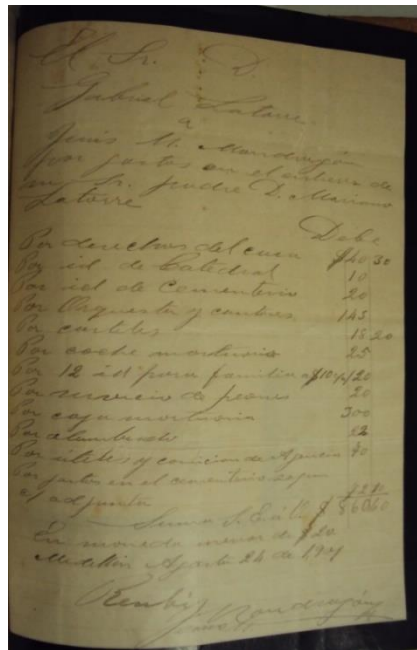
¹⁴⁶ Frankly Alberto Suárez Tangarife, *José Julián Saldarriaga Estrada (Medellín 18??-1882), La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015), 83–91.

¹⁴⁷ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 121, Escritura No. 1282, noviembre–diciembre de 1880, folio 3707r. folios 3706v–3715v; y, Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1467, Escritura No. 539, julio–agosto de 1874, folio 265r.

¹⁴⁸ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo s.d., Escritura No. 1730, agosto–septiembre de 1903, folio 3826r. folios 3824r–3907v.; El dato sobre Mariano Latorre está en Rodrigo García y Julián David Lagos Cortés, *Guillermo Mc Ewen y Escudero (Cartagena, 1836–Santa Rosa de Osos, 1879). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015), 235–38.

¹⁴⁹ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1656, Escritura No. 666, marzo de 1897, folios 1531v–1570v.

Figura 3.[Boleta de cobro agencia mortuoria de Higinio y Jesús María Mondragón], Higinio y Jesús María Mondragón, tinta sobre papel, s.d., Medellín, 1903, Archivo Histórico de Antioquia (AHA). Notaría Primera, escritura 1730, agosto-septiembre 1903, ff. 3824r-3907v.



Atendía la funeraria de los Mondragón a clientes de otros lugares diferentes a la Villa. Por ejemplo, coordinó el velorio y la inhumación de la señora Faustina Lalinde, cuyo cadáver recogió en Envigado y le suministró “servicios particulares”: “música y canto”, cirios y “ocho velas de cera amarilla”¹⁵⁰. Con el paulatino arribo de la modernización a Medellín, hacia mediados del decenio de 1920, la Sociedad de Mejoras Públicas gestionó para las agencias mortuorias la dotación de “automóviles mortuorios” a fin de evitar las penosas faenas de conducir a los difuntos en pesados tarimones desde sus moradas hasta los templos¹⁵¹.

¹⁵⁰ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1639, Escritura No. 1419, noviembre de 1895, folio 73r. folios 29r-96v.

¹⁵¹ Ricardo Olano, “S. de M. P. De las sesiones”, *Progreso*, n° 3 (1926): 45.

Figura 4. [Lápida en tumba de Higinio Mondragón], Melitón Rodríguez R., talla sobre mármol, s.d., s.f., Juan Diego Torres Urrego, Medellín, 2019, osarios ubicados al ingreso de la Iglesia San José de Medellín.



Wenceslao Naranjo tuvo su agencia en Medellín. Entre sus servicios estaban: “carteles de papel” y “Tarjetas” pequeñas para invitar al velorio; “alumbrado de esperma de laurel y castilla”, inciensos y “candeleros” de cristal para acompañar el féretro y ambientar el templo; “peones en todas las diligencias del caso”, es decir, para cargar y ayudar a enterrar al finado; carro mortuario y otros particulares para acompañar el cortejo fúnebre; afeitada y vestida del difunto –este servicio se le ofreció a Mariano Callejas, quien murió en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria el 2 de diciembre de 1893–; y cajoncitos “para los restos”¹⁵². Es oportuno informar que el negocio de pompas fúnebres se consolidó en el gobierno provincial de Pedro Justo Berrío (1864–1875), ya que los entierros tuvieron recorridos fijos –proceso que favoreció a los ciudadanos que habitaban en la otra banda del río Medellín–, los cuales empezaban en el puente de Guayaquil y culminaban en el Cementerio San Pedro¹⁵³.

¹⁵² Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1625, Escritura No. 2235, septiembre de 1894, folios 1990v–2039r; Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 161, Escritura No. 1119, diciembre de 1886, folio 318r. folios 269v–340r; Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1630, Escritura No. 153, enero de 1895, folio 455r. folios 389v–493r; Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1628, Escritura No. 1781, noviembre–diciembre de 1894, folio 1321r. folios 1302r–1377v; y, Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1634, Escritura No. 552, junio–julio de 1895, folio 927r. folios 884v–955r.

¹⁵³ Orozco Guarín, *Inicio, esplendor y ocaso de la prostitución en Lovaina (Medellín), 1925-1955*, 39.

Mientras que la agencia mortuoria de Melitón Rodríguez, apodado cariñosamente “Ton” por sus allegados y sus clientes, ofrecía a los deudos diferentes servicios y artículos como: vino; ornamentos para ambientar la casa donde se velaría al difunto y el altar del templo; candiles de plata –estos los pidió la familia de la finada Dolores Gómez de Rave, inhumada el 4 de noviembre de 1879– y velas de “cera con cinta”, eran nueve en total y es posible que aquellas tuvieran el nombre del finado o el de su santo de devoción. Se distribuían de la siguiente manera: cuatro iban ubicadas en los extremos del féretro durante la velación; otras cuatro se utilizaban para la misma función, pero en el templo y la última, era “la del obispo” o sacerdote, quien la manipulaba durante la celebración de la misa¹⁵⁴.

La agencia mortuoria era propiedad de la familia Rodríguez Roldán, y funcionó entre 1873 y 1904. Además del negocio funerario, los Rodríguez poseían un taller de artes y oficios en el que se ofrecían servicios de fotografía, cursos de grabado en vidrio, de pintura y de dibujo –allí comenzó a descollar la figura del maestro Francisco Antonio Cano– y hasta se reparaban sombrillas. Sus precursores, Ricardo y Melitón Rodríguez Roldán, y los hijos de este último, Horacio Marino y Luis Melitón, en aquel espacio de socialización organizaban tertulias sobre literatura, filosofía y espiritismo. De su oficio se destaca la talla de lápidas en piedra y en mármol con “marco de madera”, como la que encargó Raimundo Longas para la tumba de su esposa Justiniana Restrepo, a quien se inhumó en el Local Número 45 del Cementerio San Pedro, ubicado en el “Patio Circular”, el 13 de diciembre de 1891. Por otro lado, en el siglo XX, Carlos Montoya destacó como un aventajado maestro de obra, reformando tumbas y colocando las citadas losas marmóreas que se importaban de la región de Carrara, en Italia¹⁵⁵. Más adelante se presentará la imagen de la lápida del comerciante Julián Vásquez Jaramillo elaborada en la agencia mortuoria de Melitón en asocio con Francisco Antonio Cano, evidenciando el trabajo colaborativo al interior del taller de los Rodríguez.

¹⁵⁴ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 124, Escritura No. 1823, abril–junio de 1881, folios 1339r–1371r; y, Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1521, Escritura No. 306, febrero–marzo de 1887, folio 646v. folios 640r–705r.

¹⁵⁵ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 380, Escritura No. 923, agosto–septiembre de 1907, folio 2202r. folios 2105v–2228r; y, Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1564, Escritura No. 2290, noviembre–diciembre de 1897, folio 642r. folios 616v–666v.

El taller de la familia Rodríguez Roldán se organizó con las ideas y las técnicas que Ricardo experimentó en París, Francia, donde estudió Ciencias Médicas durante seis años en la Universidad de La Sorbona. Aquellas las aprendió en un momento de crisis debido a la falta de dinero que lo afectó cuando iba en la mitad de la carrera. Acosado por las deudas y la necesidad laboró como picapedrero fabricando lápidas en piedra y mármol que ambientaron las tumbas del famoso cementerio *Père-Lachaise*. Al unísono, el futuro científico que fue profesor de medicina de la Universidad de Antioquia y diputado de la Asamblea Departamental, en las décadas de 1870 y 1880–, elaboró “Tarjetas de visita”, una especie de impreso en diversos papeles utilizados para acompañar regalos e invitar a eventos especiales como bodas, cumpleaños y bautismos¹⁵⁶.

Las agencias mortuorias además presentaban un catálogo amplio con ataúdes para todos los gustos, elaborados en madera y forrados con materiales como “tafetán”, “pañó”, lana de “merino aborlonado” –de color morado, negro o rojo–, seda y “alpaca”. Sin embargo, algunos usuarios optaron por comprar féretros modestos y ordenaron que sus cadáveres se atalajaran en su propia “casa de habitación”. Así lo indicó a finales del año 1907, en su testamento, doña Susana Gaviria de Montoya¹⁵⁷.

Figura 5. [Lápida en tumba de Julián Vásquez J.] Melitón Rodríguez R. y Francisco Antonio Cano, talla sobre mármol, alto: 74 cm, ancho: 50 cm, grosor: 3 cm, Medellín, 1885, Luis Fernando Torres, 2018, Cementerio Museo San Pedro.

¹⁵⁶ Andrés López Bermúdez, *Ricardo Rodríguez Roldán (Anorí, 1834–Medellín, 1912). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro*, ed. Informe de investigación (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2014), 217–25.; Melitón Rodríguez, “Testigo en blanco y negro”, *Revista Semana*, 2018, <https://bit.ly/3y9nxG1>.; Juan Luis Mejía Arango, “La fotografía”, en *Historia de Colombia* (Bogotá: Suramericana, 1988), 450.

¹⁵⁷ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 380, Escritura No. 923, agosto–septiembre de 1907, folios 2105v–2228r; y, Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 136, Escritura No. 2076, febrero–marzo de 1883, folios 975r y 977r–1000v.



2.3 Memoria de las enfermedades mortíferas

La diarrea, la tifoidea, la viruela, la enteritis y la disentería –infección del intestino grueso que produce dolores abdominales y deposiciones sangrientas, que exterminó a muchos de los primeros españoles que en el siglo XVI invadieron América–, destacaron como las enfermedades mortíferas que proliferaron en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria durante la centuria decimonónica. Su impacto se generalizó entre la población porque Medellín carecía tanto de entidades encargadas de actividades relacionadas con la sanidad pública, como de un sistema de acueducto y alcantarillado¹⁵⁸. Hacia 1834, Pedro Uribe Restrepo, quien oficiaba como Inspector de Sanidad de Medellín, informó a las autoridades que estos padecimientos, derivados de la impotabilidad del agua, lentamente, complicaban y afectaban “las vías digestivas”¹⁵⁹. Para contrarrestarlas y erradicarlas, el médico envigadeño instaló una botica donde personalmente preparó y recetó medicamentos, y enseñó prácticas farmacéuticas que había aprendido durante su periplo académico por el Viejo Mundo¹⁶⁰.

¹⁵⁸ Tiberio Álvarez Echeverri, “La Academia de Medicina y el desarrollo de la salud”, en *Historia de Medellín* (Bogotá: Suramericana, 1996), 276–77.; Pérez, “Salubridad y vida urbana en el nuevo reino de granada, 1760-1810”, 151.

¹⁵⁹ Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Concejo de Medellín, Tomo No. 121, 1834, folio 322r.

¹⁶⁰ Silva, *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906*, 98.; Mejía Cubillos, *Diccionario Biográfico y Genealógico de la élite antioqueña y viejocaldense. Segunda mitad del siglo XIX y primera del XX*, 213.; Luis Álvaro Gallo Martínez, *Diccionario Biográfico de Antioqueños* (Bogotá: Autor, 2011), 715.; Angélica Morales

Según indicó Jorge Márquez Valderrama, la precaria situación de la potabilización del agua en Medellín precipitó que los médicos hacia 1850 tuvieran que explicar a través de folletos cómo debían controlarse padecimientos mortales como la viruela. Según la perspectiva de la medicina hipocrática, así se incubaba este mal: “Del agua y del suelo, por acción del calor, suben a la atmósfera miasmas y el aire los transporta llevándolos a los lugares de habitación y a los orificios del cuerpo, causando enfermedades epidémicas y endémicas”. Los galenos se preocuparon por contrarrestar esta peste –caso de Pedro Uribe Restrepo, quien en 1834 realizó un estudio en las quebradas Aná y la Picacha pero al mismo tiempo, concluyó Márquez, se ocuparon de “los elementos agrestes e indómitos para liberar el territorio y convertirlo en habitable y cultivable.”¹⁶¹

En el decenio de 1930, el médico Alonso Restrepo Moreno anotó que la falta de higiene en Medellín producía pestes mortíferas. Por eso arengó a la institucionalidad para que iniciara programas de sensibilización a favor del baño diario y de la alimentación sana en las zonas de trabajo fabril. Uno de los males más típicos en los barrios del centro de la ciudad, como Guayaquil, era el demoleedor y pernicioso paludismo que, explicó el galeno, se disminuiría disecando los pantanos –que, por aquella época, junto con los solares, ocupaban a la capital de Antioquia–, donde se criaban los moscos infecciosos. Otra enfermedad devastadora en el país era la “parasitosis intestinal”, cuyos parásitos, llamados áscaris, tricocéfalos y amibas disentéricas, constituían “verdaderos flagelos para nuestros medios sociales”, es decir, atacaban por igual a personas ricas y pobres¹⁶².

2.4 Las flores como símbolo redentor

Alrededor de las actitudes ante la muerte existe un elemento tanto vivo como simbólico y colorido, que ambienta los velorios, las misas y los cortejos fúnebres: las flores, utilizadas para arreglar las coronas, para colocar sobre los féretros y para adornar templos y tumbas. Porque en “la

Pamplona, *Medellín en la memoria de Ricardo Olano* (Instituto Tecnológico Metropolitano, 2006), 159.; Frankly Alberto Suárez Tangarife, “Pedro Uribe Restrepo (Envigado, 1787–Medellín, ca. 1845)”, en *Personajes Cívicos* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2018), 6.

¹⁶¹ Márquez Valderrama, *Ciudad, miasmas y microbios: La irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia*, 83–86.; El dato sobre Pedro Uribe Restrepo está en: Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Concejo de Medellín, Tomo No. 121, 1834, folio 321r.

¹⁶² Archivo Alonso Restrepo Moreno (AARM), Escritos sobre medicina, 1939, folios 5 y 6; AARM, Escritos sobre medicina, 1930, folio 97; y, AARM, Escritos sobre medicina, 1930, folio 76.

belleza de los pétalos siempre frescos” que reposan en los panteones –escribió S.F. Cardona–, los deudos renuevan “cada día, los votos de amor y de fe”¹⁶³. Una de las funciones de los directivos del San Pedro consistió en protegerlas de visitantes irrespetuosos que, según indicó Ricardo Olano, concurrían al cementerio para robarlas¹⁶⁴. Indelicadeza perceptible comúnmente en las “tumbas de personas apreciadas” (se refiere a finados ilustres), caracterizadas por el abandono¹⁶⁵. Sin embargo, desde entonces se protegió a los finados, como explicó Mariano Ospina Vásquez en este comentario:

“(…) Los muertos, los muertos que tan solos y tristes se quedan, los pobrecitos muertos hace tiempo olvidados, también tuvieron su fiesta en este fin de año (alude a 1897). La Junta del Cementerio de San Pedro, que con tan caritativo celo atiende a la conservación y belleza de la santa morada, abrió de nuevo a las preces oficiales de la Iglesia el venerado recinto. No nos fue dable ni a mis colegas ni a mí corresponder a la invitación que se nos hizo para la religiosa festividad; sabemos, empero, que resultó digna de aquellos a quienes estaba dedicada, y que provocaba más que nunca, con su tranquila belleza y la profusión de sus flores, a habitarla para siempre (...)”¹⁶⁶

Anotó S.F. Cardona que a comienzos del siglo XX celebraban los deudos medellinenses una fiesta anual en honor a los muertos. El ritual se tornaba frívolo porque terminada la gala jamás volvían a visitar a sus difuntos para orarles y adornar con flores sus tumbas. Según el cronista, en este irrespeto se manifestaba el orgullo y la indiferencia de la sociedad moderna donde los seres humanos influidos por “el genio de la codicia” perdieron “el sendero de las grandes ideas” que antaño sirvieron para reconocer las virtudes de héroes, sabios, filósofos y artistas y que construyeron “en el concepto de los hombres la idea de Dios.”¹⁶⁷

Este cronista criticó además a “los padres que no enseñan a sus hijos a visitar con frecuencia los muertos de la familia y que no les hacen llevar en sus tiernas manos flores frescas para sus tumbas”. Estos progenitores, según la perspectiva de Cardona: “jamás podrán despertar en sus corazones un acendrado sentimiento de respeto y consideración, porque les faltará la religión de los muertos”. Y apuntó lapidariamente: “los pueblos que no se empeñen en educar o en crear y fomentar el culto a los muertos, harán de sus hombres unos buscadores de ideales bastardos, puesto que faltará en sus obras la inspiración que los ennoblezca y que los amerite ante el pensamiento.”¹⁶⁸

¹⁶³ Cardona, “El culto a los muertos”, 335.

¹⁶⁴ Ricardo Olano, “S. de M. P. De las sesiones”, *Progreso*, nº 4 (1926): 61.

¹⁶⁵ De Echavarría et al., “Cómo mejorar las tumbas y algunas costumbres del Cementerio”, 49.

¹⁶⁶ Ospina Vásquez, “Reseña mensual. (Impresiones personalísimas)”, 150.

¹⁶⁷ Cardona, “El culto a los muertos”, 335.

¹⁶⁸ Cardona, 335.

El desencanto de “los pueblos modernos”, caso de Medellín, para con sus difuntos – puntualizó románticamente Cardona–, impidió que las familias les abastecieran con “la leche, la miel y las frutas que en otros tiempos eran servidas con solicitud y esmero en sus tumbas”. Para contrarrestar este abandono, el cronista propuso: “tenemos que comenzar por gritar a las gentes de nuestra ciudad que faltan flores frescas en el Cementerio, que no se ven allí las ofrendas diarias que nuestros muertos reclaman; y que mientras olvidemos ese deber nos faltará la inspiración suficiente para transmitir a los que nos sucedan obra digna del pensamiento y del alma, ya que calles amplias, y edificios hermosos, y plazas arborizadas apenas sí les darán la idea de que hubo en nosotros preocupación para la salud del cuerpo.”¹⁶⁹

No obstante, a partir de los últimos años del siglo XIX, se construyeron suntuosos mausoleos en el Cementerio San Pedro para inhumar a las personas de la élite. Este armonioso proyecto donde, siguiendo a Philippe Ariès, se percibe la –“colonización de la tumba por el sentimiento de la familia.”¹⁷⁰ –, podría utilizarse como iniciativa para oponerse a la falta de contemplación y de respeto por los difuntos a la que aludió Cardona. Sobre estos monumentos en los que residen los despojos de personajes notables de las artes, la política y la cultura –cuyas vidas son necesarias para entender algunas características de la historia oficial de la República de Colombia–, nos referiremos en el siguiente capítulo.

¹⁶⁹ Cardona, 335.

¹⁷⁰ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 196.

Capítulo tercero

3.1 Geografía y enmarañamiento de la muerte y la vida: reseña de Mausoleos y tumbas de notables políticos

Como lugar para la reminiscencia viva, el Cementerio San Pedro, en su historia, que se aproxima al bicentenario, se ha consolidado como una morada para hospedar los despojos de políticos (varios, inclusive, ejercieron como dirigentes del poder Ejecutivo en los niveles local, regional y nacional), escritores (entre prosistas, periodistas y poetas) y artistas (entre talladores, escultores y pintores). ¿Cómo se construyeron sus tumbas y sus Mausoleos? ¿Qué relevancia histórica-cultural tienen estas personalidades? ¿Qué actitudes ante la muerte se materializaron durante sus entierros? ¿Con qué ritualidades se enterraron? ¿Qué sentido tienen los versos y los arreglos que acompañan sus tumbas? Ellos fueron personajes prestigiosos y pertenecieron a familias acaudaladas, a quienes, el investigador Juan Manuel González, a mediados de la década de 1920, les escribió estas elogiosas palabras:

“(…) Que descansen en paz y que, aureoladas de gloria, la luz perpetua les alumbre. ¡Oh benefactores insignes, modelo y ornamento de virtudes; orgullo de nobleza de nuestra cara Antioquia, mandatarios preclaros, espejos de patriotismo; sabios abnegados quemados a un tiempo por chispazos de genio y ardores de caridad; comerciantes dignísimos que coronasteis la cumbre de la prosperidad, recorriendo serenamente los escalones de la honradez y el desprendimiento; obreros y artesanos cristianos, que nutridos con los preceptos del evangelio, habéis sabido ser los brazos del progreso; y vosotros pastores y ministros venerandos, apóstoles por el amor, doctores por la sabiduría, guerreros por el celo inflamado, varones de palabra de oro y corazón de santo, descansad en paz, a la sombra de la cruz, en el seno de la Iglesia, en los brazos de Dios!”¹⁷¹

En líneas precedentes, citamos este poema que se ubicó en el portón del Cementerio San Pedro: “Cuando llegues aquí detén tu marcha, / Donde generaciones confundidas / La horrible Parca silenciosa ostentan”. Alude al horror de la muerte, a su inaplazable presencia; lo escribió el fundador del camposanto de los ricos, Pedro Uribe Restrepo¹⁷².

¹⁷¹ González, “Oración fúnebre”, 852.

¹⁷² Ospina, *Medellín tiene historia de muchacha bonita*, 62.

A la muerte que en el imaginario sacro de los antioqueños se acompaña con el rezo póstumo, en honor a los difuntos, como sucedió con este mismo personaje, a quien en la entrada de la Plazoleta Central le colocaron este mensaje. “PEDRO URIBE RESTREPO: HÉ AQUÍ EL NOMBRE DEL FUNDADOR INSIGNE DEL PANTEÓN; TODOS LOS QUE PASEIS ESTOS UMBRALES DEJAD SOBRE SU TUMBA UNA ORACIÓN”.

El tema de la muerte, su significado, tanto doloroso como misterioso, llama la atención de la sociedad. Por ejemplo, a los visitantes del San Pedro, que existieron en los albores del siglo XX, a ellos les conmovía este verso de Uribe Restrepo, tanto, que lo aprendieron de memoria, e, incluso, en una ocasión se lo recitaron a los cronistas de Medellín, como sucedió en 1946 con Jairo Zea¹⁷³. Esta rememoración, es, asimismo, una manera de someterse a la muerte, a sus propósitos, como explica Philippe Ariès, a los deudos, “La familiaridad con la muerte es una forma de aceptación del orden de la naturaleza, aceptación a la vez ingenua en la vida cotidiana y sabia en las especulaciones astrológicas.”¹⁷⁴

El Cementerio San Pedro guarda un secreto: el lugar donde está enterrado su fundador, su defensor y su difusor: Pedro Uribe Restrepo. En el Acta de Fundación el médico aparece como dueño del Local Número 40, se advierte que a él lo enterraron, en la segunda cripta, junto a Amalia y Pastora, sus hijas; mientras que Genoveva del Valle, su esposa y su otra descendiente, Zoraida, ocuparon la tercera. Es una lástima para la consolidación de esta historia que el “Libro de Locales del Cementerio San Pedro” que estamos citando no tenga la fecha del fallecimiento del precursor, que a la fecha también se desconoce¹⁷⁵.

En agosto 31 de 1925, según el “Libro de Inhumaciones y Exhumaciones”, se desenterraron los restos de Pedro Uribe Restrepo pero no sabemos por qué razón y esto es otro hecho lamentable para la investigación. Inferimos que por una reforma en el Local Número 40, que, como se aprecia en la actualidad tiene una reforma estructural de mampostería. Sin embargo, en este texto tampoco se señala, para nuestro infortunio, hacia dónde se condujeron los huesos del ilustre envigadeño¹⁷⁶.

No sabemos dónde está enterrado el fundador del Cementerio San Pedro, pero para llenar este vacío, lanzaremos una interpretación para sortear esa ausencia de cadáver: todo el camposanto

¹⁷³ Zea R., “El Cementerio de San Vicente se denomina de San Pedro”, 9.

¹⁷⁴ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 142.

¹⁷⁵ AFMCSP, Libro de Locales del Cementerio San Pedro, sin fecha, folio 42.

¹⁷⁶ AFMCSP, Libro de Inhumaciones y Exhumaciones, 1907–1925, Medellín, sin datos editoriales, sin folio.

es su mausoleo particular, su personal sepulcro, y nuestro argumento tiene como fuente las líneas finales del ya citado epígrafe: “todos los que paséis por estos umbrales dejad sobre su tumba una oración”¹⁷⁷. En síntesis, la metáfora reparatoria ante la usencia de sus despojos queda planteada por quienes reprodujeron esta inscripción y veían en el conjunto, la obra de un filántropo modernizador que debía morar en su obra misma; el cementerio, y a perpetuidad.

Anotó la investigadora Alma Victoria Valdés: “en los panteones se observa una tendencia a grabar largas inscripciones o epitafios sobre las placas que cubren las tumbas”, escritos, previamente, “por el propio difunto, o por sus familiares.”¹⁷⁸ Cita atinada para entender la simbólica leyenda que reposa justamente entre el límite de la Galería San Vicente y la Plazoleta Central del Cementerio San Pedro, rubricada para recordar la existencia de su ilustre precursor. En suma, en este punto la muerte no solo es tragedia, sino redención y regocijo, un lugar para la memoria tallada en piedra y en mármol –materiales comunes en el San Pedro–, de los cuales, Jacques Le Goff, dijo que eran un “soporte” que cumplía “función de archivos” para la “publicidad lapidaria y marmórea”¹⁷⁹

Figura 6. [Epígrafe en homenaje a Pedro Uribe Restrepo], s.a., s.t., s.d., s.f., Santiago Ochoa, Medellín, 2014, Archivo Fundación Cementerio San Pedro.



Pero, aunque la muerte genera tragedia, también estimula porque después de manifestarse, los otrora vivos pueden descansar de “todo afán y todo dolor terrenos”¹⁸⁰, y, este acicate, se

¹⁷⁷ Torres Urrego, “Permiso para construir un cementerio nuevo”, 36–37.

¹⁷⁸ Alma Victoria Valdés, “Representaciones familiares en los epitafios del siglo XIX”, *TRACE*, n° 58 (2010): 84, <https://bit.ly/3u18GLz>.

¹⁷⁹ Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, 140.

¹⁸⁰ Progreso, “Monumento a Isaacs”, *Progreso*, n° 1 (1926): 10.

materializa en el Cementerio San Pedro, un “lugar sagrado”, donde “¡vive el pasado, lo que fue, lo que ya no existe!”¹⁸¹. Asimismo, también en cualquier camposanto moderno ambientado con zonas de jardín y con árboles, caso de los de Saucito, en San Luis Potosí, México, y de Valparaíso, en Chile, fueron construidos estéticamente para inhumar a “grandes hombres”, de alto rango económico por su relación estrecha con el mundo de la política y de los negocios, así como a “virtuosos” y distinguidos artistas y escritores, quienes contaban con la riqueza necesaria para pagar los elevados costos de los sepulcros¹⁸².

El culto a los difuntos en los cementerios extramuros agrupó a las familias pudientes que mediante los testamentos indicaron que se les inhumara en el mismo lugar, a fin de cohesionar a sus nietos, a sus hijos y a sus padres “en el más allá”, como creían y esperaban los deudos seguidores del cristianismo. Entre las losas, como en un vecindario, residían finados en elegantes mausoleos quienes en vida heredaron altas posiciones sociales¹⁸³. Esta práctica también operó entre los pobres, aunque en tumbas más modestas, porque, como anotó severamente la investigadora Patricia Stambuk, eran “compatriotas que literalmente no tenían dónde caerse muertos.”¹⁸⁴ Ya fueran ricos o pobres, a los parientes, “Los muertos les resultaban tan familiares, como familiarizados estaban ellos con su propia muerte.”¹⁸⁵

Un fragmento de la historia del Cementerio San Pedro está escrito en sus losas, sus mausoleos y sus esculturas: lugares vivos construidos con piedras calizas y marmóreas, las cuales, según la argumentación del filósofo John Sallis, proceden de “un pasado que nunca ha sido presente, un pasado imposible de asimilar al orden temporal en que aparecen y desaparecen las cosas en el mundo humano. Esa no pertenencia es precisamente lo que las faculta para señalar y conmemorar a los muertos.”¹⁸⁶ Porque, como anotó Alma Victoria Valdés: “las comunicaciones funerarias” que despliegan el ‘sentimiento de la familia’ son parte de un movimiento que se expresó en la poesía, la novela, la pintura, la escultura y el grabado”, entre el siglo XIX y la mitad del XX¹⁸⁷.

¹⁸¹ De Echavarría et al., “Cómo mejorar las tumbas y algunas costumbres del Cementerio”, 49.

¹⁸² Patricia Stambuk M., *Voces en el Panteón: historias y personajes del cementerio N° 1 de Valparaíso* (Chile: Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2007), 15.; Vázquez Salguero y Corral Bustos, *Monumentos funerarios del Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, 1889 - 1916.*, 13–15.

¹⁸³ Leal González y Rijos, “Rito funerario en la sociedad maracaibera (1790-1850)”, 344.

¹⁸⁴ Stambuk M., *Voces en el Panteón: historias y personajes del cementerio N° 1 de Valparaíso*, 15.

¹⁸⁵ Ariès, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, 143.

¹⁸⁶ John Sallis, *Piedra* (Valencia: Pre-textos, 2009), 58.

¹⁸⁷ Valdés, “Representaciones familiares en los epitafios del siglo XIX”, 82.

Por ejemplo, el Mausoleo de la familia de Julio Ramírez-Johns (1885–1982), ubicado en el Patio Central del Cementerio San Pedro, está ambientado con una réplica de la obra escultórica “La Piedad”, tallada por el artista y arquitecto italiano Miguel Ángel Buonarroti, entre 1498 y 1499. En su interior inhumaron al citado personaje, a su esposa, Margarita Moreno, y a su hija, Nelly Ramírez Moreno. Julio Ramírez fue el representante de varios negocios que comercializaron artículos manufacturados, gramófonos, pianolas y llantas de automóviles importadas de Europa y Norteamérica y que controló a través de las casas comerciales “Ramírez Johns & Thiel S.A.”, “Ramírez Johns Hermanos S.A.”, y “Julio Ramírez Johns & Co”. En compañía de su cónyuge y su primogénita, abanderó obras sociales mediante una fundación filantrópica que en Medellín instaló el Centro Odontológico y el Dispensario que dirige la Congregación Mariana, y que donó un equipo de medicina nuclear para el Hospital San Ignacio de la Universidad Javeriana, en Bogotá¹⁸⁸.

Enchapes, mamposterías y forjas conforman el Mausoleo de la familia Ramírez-Johns, en su estructura arquitectónica y escultórica. En la construcción resaltan materiales como el granito, el hierro y los mármoles de Carrara, de Betinotti y de Travertino, de colores gris río claro y negro caracol¹⁸⁹. Panteón en el que se observan detalles rituales –la representación icónica de la madre sanadora y del hijo, aunque muerto, símbolo de la salvación del alma, según el imaginario cristiano–; identidades colectivas a través de la conexión vida-muerte; y rasgos ideológicos, de poder que, el investigador Mario Alberto Domínguez Torres relacionó con la inmaterialidad materializada en el arte colectivo y simbólico¹⁹⁰. Esta composición, infortunadamente, sufrió un accidente de la naturaleza: el 25 de septiembre de 1991 cayó en Medellín un tremendo aguacero, cuya tormenta precipitó la caída de la rama de un árbol que decapitó a la virgen María¹⁹¹.

El monumento se reconstruyó, posteriormente, como se aprecia al momento en que se produce este texto. En la mentalidad de este empresario, inferimos, siguiendo al historiador Philippe Ariès, estaba presente el ser recordado tanto en el mundo como en la eternidad, por eso, en vida construyó un monumento que estuviera a la vista de sus semejantes¹⁹².

¹⁸⁸ Frankly Alberto Suárez Tangarife, *Julio Ramírez Johns (1885–1982). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015), 83–91.

¹⁸⁹ Falla Nieto, *Arte, muerte y sociedad: descripción de monumentos y mausoleos del Museo Cementerio de San Pedro, Medellín*, 118.

¹⁹⁰ Domínguez Torres et al., *Recordar la fundación--celebrar el futuro: 1938, el cuarto centenario de Bogotá*, 68.

¹⁹¹ AFMCSP, Actas de la Junta Directiva, Nos. 399–409, Acta No. 407, septiembre 25 de 1991, sin página.

¹⁹² Ariès, *El hombre ante la muerte*, 177.

Figura 7. [Mausoleo Julio Ramírez Johns], s.a., s.t., s.d., s.f., Archivo Fundación Cementerio San Pedro.



Otras tumbas excelsas y vistosas atraviesan la geografía funeraria del Cementerio San Pedro, propiedad de “hombres de la política y el gobierno local y regional y algunos de proyección nacional; personalidades de la empresa minera, comercial y agroexportadora; miembros de las familias fundadoras, de la Iglesia, militares, gente de la cultura, la ciencia y el arte.”¹⁹³ Por ejemplo, Alejandro Ángel Londoño (Sonsón, 1860–Medellín, 1942) cuyo mausoleo está presidido “por un conjunto escultórico de mármol, compuesto por una enorme cruz y su corona, un ángel con sus alas semidesplegadas y una mujer postrada de rodillas llevando una corona de flores”. En el intermedio de este monumento -ubicado en la entrada de la Plazoleta Central-, suscita atención la inscripción que la acompaña silenciosamente entre un enmarañamiento de rosas blanquísimas: “Dichosos / los que mueren / en el señor.”¹⁹⁴ En el señor creador, Dios, explicado de esta manera en un contexto socio–histórico:

“El antiguo testamento posee numerosas referencias que señalan al corazón como la fuente de amor hacia Dios. La palabra de Dios, se insiste, está dirigida a conmover el corazón de los hombres. A lo largo de la época medieval la iconografía cristiana divulgó la pasión de Cristo.

¹⁹³ Guerrero et al., “Historia regional, personajes y tumbas emblemáticas”, 146.

¹⁹⁴ Guerrero et al., 150.

Particularmente, la representación de su corazón lanceado o arcabuceado se hizo popular. Posteriormente, en el siglo XVI la Compañía de Jesús adoptó la figura del corazón coronado como símbolo distintivo. En el Renacimiento la figura de un corazón atravesado por la flecha de Eros se convirtió en la representación del ser enamorado.”¹⁹⁵

En 1946, el cronista Jairo Zea, después de visitar el Cementerio San Pedro, escribió que estaba adornado por panteones suntuosos donde habitaban “muertos ilustres”¹⁹⁶. Por ejemplo, el Mausoleo familiar del ex-presidente Mariano Ospina Rodríguez (quien dirigió el Ejecutivo colombiano entre 1857 y 1861, en representación del Partido conservador), que está en la entrada del camposanto, en la parte izquierda, en la Galería San Vicente, adornado por una composición marmórea de color blanco, en forma de obelisco¹⁹⁷.

En el frente reposan los restos de Ospina Rodríguez, tras una lápida que elaboró el artista antioqueño Francisco Antonio Cano. En ella se aprecia su monograma, la abreviatura de su nombre (MOR) y sus fechas de nacimiento y de fallecimiento: octubre 18 de 1805; enero 11 de 1885. Arriba del mausoleo, se inhumó al ingeniero Tulio Ospina Vásquez (Medellín, 1857– Panamá, 1921), su hijo, fundador de la Escuela de Minas (de Medellín) y ex rector de la Universidad de Antioquia. El “monumento funerario” lo conforman “secciones de mármol, columnas jónicas y tres cuerpos rematados por un baldaquino.”¹⁹⁸

En la parte posterior del monumento, se inhumó a Enriqueta Vásquez Jaramillo, tercera esposa del ex-presidente –reconocida señora de la sociedad antioqueña, accionista y comerciante–. Su lápida la talló Horacio Marino Rodríguez¹⁹⁹. Él fue tallador de losas en piedra y mármol, oficio por el que se le conoce como un “artesano de la muerte”, y que surgió de la mano de los procesos modernizadores que se manifestaron en Medellín entre los siglos XIX y XX²⁰⁰. Asimismo, Horacio Marino destacó en Colombia como aventajado arquitecto: sus planos de los cementerios de Montería (dibujado en 1920); y de Manizales (levantado en 1923) dan cuenta de ello. En Medellín,

¹⁹⁵ Citado en Pablo Rodríguez Jiménez, “Cuerpos, honras fúnebres y corazones en la formación de la República colombiana”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38, n° 2 (2011): 155–79, <https://bit.ly/3u60Wb3>.

¹⁹⁶ Zea R., “El Cementerio de San Vicente se denomina de San Pedro”, 9.

¹⁹⁷ Zea R., 9.

¹⁹⁸ Guerrero et al., “Historia regional, personajes y tumbas emblemáticas”, 147–48.

¹⁹⁹ Guerrero et al., 148.

²⁰⁰ Juan Diego Torres Urrego, “Cinzel y mármol. La familia Rodríguez Roldán y el oficio de lo fúnebre”, en *Piedra, papel y tijera. Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931) Vida y obra del tallador de lápidas, fotógrafo, artista, constructor, arquitecto, maestro e intelectual Horacio Marino Rodríguez Márquez*, ed. Juan Camilo Escobar Villegas (Medellín: Editorial EAFIT, 2018), 155.

ayudó a construir una de las fachadas que ambientaron en el siglo XX al Cementerio San Pedro²⁰¹. Es importante destacar en este mausoleo el conjunto de lápidas elaboradas por los talladores de la agencia mortuoria de Melitón Rodríguez Roldán con sus respectivas firmas, como vestigio del trabajo de reconocidos marmoleros y artesanos de la muerte.

Figura 8. [Lápida en tumba de Enriqueta Vásquez de Ospina con firma de H.M.R], Horacio Marino Rodríguez, talla sobre mármol, s.d., s.f., Luis Fernando Torres, Medellín, 2018.



En el Patio Circular del Cementerio San Pedro se encuentra el mausoleo de Pedro Justo Berrío, otro ilustre político de Antioquia. Su rostro, tallado en alto relieve está acompañado de un par de adornos florales que resaltan en las columnatas que ambientan su tumba, embellecida con una dama que actúa como guardia del panteón, silenciosa y melancólica, como la muerte, y con un telón de fondo natural: un conjunto de pinos y palmeras.

Berrío gobernó a Antioquia cuando administrativamente era conocido como un Estado Soberano, entre 1864 y 1873. Durante su mandato, marcadamente afiliado al progreso socio-cultural, se buscó desarrollar las vías de comunicación, la gestión pública y la educación. Aunque afiliado al Partido conservador, sus obras se adelantaron en un periodo signado por el federalismo liberal que comenzó a operar como política coyuntural en Colombia, en los albores del decenio de 1860, con la firma de una Carta Magna. Participó en la milicia a favor de su facción. Nació en Santa Rosa de osos en 1837 y murió en Medellín en 1875. El conjunto escultórico que acompaña

²⁰¹ Véase las imágenes que están en: Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto, *Fachada del Cementerio San Pedro*, Anónimo, Postal, Medellín, sin fecha; Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto, *Cementerio para Montería*, Fotografía Rodríguez, Medellín, 1920; y, Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto, *Cementerio de Manizales. Detalles*, Fotografía Rodríguez, Medellín, 1923.

y alberga sus restos, fue elaborado en 1927 por el maestro Marco Tobón Mejía, obra que le encargó a este artista antioqueño la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín (SMP).²⁰²

Tobón Mejía estudió con Francisco Antonio Cano, se especializó en escultura porque su daltonismo –confusión con los colores– le impidió dedicarse a la pintura²⁰³. Entre sus amigos de París, capital donde residió parte de su vida y murió, se cuentan los artistas Augusto Rodin, Aristide Maillol y Antoine Bourdelle. Tobón Mejía representó en materiales como la electrochapa y el estaño los estilos Neoclásico y *Art Nouveau*.

Tobón Mejía elaboró, entre muchas otras obras conmemorativas en honor a personajes de la historia antioqueña, el monumento al ingeniero Francisco Javier Cisneros y el de José María Córdova. El artista logró mediante la escultura en el espacio público y en el Cementerio San Pedro perpetuar la memoria de muchos individuos y esa idea mítica del prohombre virtuoso, –según apuntó un colaborador de la revista *Progreso*–: “supo interpretar en el bronce y en el mármol aquellas vidas de prestigio.”²⁰⁴

Tanto en Colombia como en el Viejo Mundo, la escultórica de Tobón Mejía recibió reconocimientos. En París, por ejemplo, la estatua titulada “El Silencio” elaborada en mármol, conquistó memorables críticas. A finales de 1920 el gobierno antioqueño a través de la Sociedad de Mejoras Públicas gestionó una posible compra para ubicarla en la Escuela de Bellas Artes de Medellín²⁰⁵. Sin embargo, no fue buena la comercialización de la obra, que a la fecha hace parte de la colección artística del Museo Nacional de Colombia, con sede en Bogotá²⁰⁶. Para finales de la década de 1920, la Sociedad de Mejoras Públicas afirmaba sobre otra talla de Tobón Mejía: “Hemos tenido el gusto de admirar una hermosa lápida para la tumba de Don Nicanor Restrepo Restrepo. Es un nuevo triunfo del artista antioqueño que contribuirá a embellecer nuestro Cementerio de San Pedro.”²⁰⁷

²⁰² Guerrero et al., “Historia regional, personajes y tumbas emblemáticas”, 148–49.

²⁰³ Londoño Vélez, *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia*, 15 y 43.

²⁰⁴ Progreso, “Tobón Mejía”, *Progreso*, n° 23 (1928): 359–60.

²⁰⁵ Progreso, 359–60.

²⁰⁶ Colarte, “Marco Tobón Mejía (Escultor)”, s. f., <https://bit.ly/3AcMQIG>.

²⁰⁷ Progreso, “Notas”, *Progreso*, n° 6 (1926): 100.

Figura 9. [Mausoleo Pedro Justo Berrio], Marco Tobón Mejía, escultura en mármol, s.d., 1927, s.a., Archivo Fundación Cementerio San Pedro.



Asimismo, Tobón Mejía elaboró en 1926 el mausoleo del poeta y escritor Jorge Isaacs, autor de *María* (novela publicada en 1867). La interpretación de una vida prestigiosa que manifiesta la relación entre observador y obra de arte, entre existencia y muerte, y entre sensibilidad y armonía creadora, se presenta en el mausoleo de Jorge Isaacs, identificado con el Número 401, que está ubicado en la Plazoleta Central del Cementerio San Pedro. Este panteón tuvo mucha propaganda entre los círculos artísticos nacionales y se postuló en 1928 para participar en el Salón de Artistas de París²⁰⁸.

Para eternizar su alma y como última voluntad escogió el poeta chocoano, criado en el valle del Cauca, a Antioquia. En su tumba se observa “el grabado de una esbelta figura femenina bajo la sombra de un laurel, postrada ante el retrato del autor [se refiere a Isaacs]”. Bajo los pies de la dama se lee: “Y óleo de libres llevan los hijos de tus hijos. Morir puedes luchando; ¡vivir esclavo, no!”, escena del poema de Isaacs “La Tierra de Córdoba”, dedicado a los antioqueños, que interpretó: “las características de esta urbe populosa [alude a Medellín], genitora de sabios y de artistas, de mandatarios y de próceres, de industriales y de comerciantes, de obreros hábiles y de colonizadores enérgicos.”²⁰⁹

²⁰⁸ Progreso, “Tobón Mejía”, 359–60.

²⁰⁹ Progreso, “Monumento a Isaacs”, 10–12.; Guerrero et al., “Historia regional, personajes y tumbas emblemáticas”, 161.

En palabras de Saturnino Restrepo, Isaacs: “bardo al que cantó simbólicamente como hacían los antiguos (es decir, griegos y romanos, al honor de los genios y de los héroes)²¹⁰, murió en Ibagué, por efectos de la malaria el 17 de abril de 1895. En su mausoleo resalta el color blanco, immaculado. “La muerte, argumentó Ramón Chevalier, es rito y colores o el rito a los colores²¹¹. En una de las estelas, se observa el meditabundo rostro de Isaacs, tallado en alto relieve, en color blanco, mármoleo, observando hacia la capilla del Cementerio San Pedro, ubicada al fondo de la Plazoleta Central.

Escribió el artista Wassily Kandinsky: “El blanco es el color de la alegría pura y de la pureza immaculada.”²¹² En la escena final de su célebre novela, Efraín, ante el panteón de María, su verdadero amor, sintetizó la relación ausencia–dolor–silencio, expresando: “Aquel monólogo terrible del alma ante la muerte, del alma que la interroga, que la maldice...que le ruega, que la llama...demasiado elocuente respuesta dio esa tumba fría y sorda, que mis brazos oprimían y mis lágrimas bañaban.”²¹³ Porque Isaacs vivió atormentado pero coloreó su existencia, como se percibe en su prosa poética. Para justificar esta perspectiva, es oportuno citar esta interpretación que sobre su lírica elaboró el escritor antioqueño Saturnino Restrepo:

“(…) El fondo de su alma es triste y árido como el desierto arenoso y monótono que calcina el sol. Su poesía es perfumada y frondosa como las vegetaciones del Líbano y su verso mismo tiene reflejos y desprende aromas como una voluptuosa cabellera ungida de óleos...es el poeta por excelencia (...) La vida le ha lastimado con todas sus crueldades, pero lejos de interpretar la naturaleza por su propia sensación, se limita a sentirla, en la magnificencia de sus creaciones y en el esplendor de sus espectáculos, hallando una especie de consuelo en esa contemplación alternativamente sensual y espiritual. Su asociación de ideas es rápida, como lo es su visión de los detalles en el paisaje y su percepción de los matices en la sensación interna (...)”²¹⁴

En 1995, la Gobernación de Antioquia y la Academia Antioqueña de Historia celebraron el centenario de la muerte de Jorge Isaacs. Una comitiva de ornato organizó su mausoleo que se encontraba con algún deterioro y se ofrendó un sentido homenaje²¹⁵. Aún hoy se puede leer en la parte posterior de su tumba: “¿Yo de Antioquia el poeta grande y querido? Y no tener siquiera ocho o diez años de vida, de vigor, de tarea futura para ganarle al titán glorioso algunas hojas de laurel

²¹⁰ Saturnino Restrepo, “A Jorge Isaacs”, *Lectura y Arte*, n° 4 y 5 (1905): 179.

²¹¹ Ramón Chevalier, *Diccionario de símbolos* (Barcelona: Herder, 1991), 24.

²¹² Wassily W. Kandinsky, *De lo Espiritual en el Arte* (México: Premia Editora, 1989), 73–74.

²¹³ Jorge Isaacs, *María* (Bogotá: Editorial ABC, 1942), 231.

²¹⁴ Restrepo, “A Jorge Isaacs”, 180.

²¹⁵ AFMCSP, Actas de la Junta Directiva, Nos. 444–453, Acta No. 445, marzo 29 de 1995, sin página; y, AFMCSP, Actas de la Junta Directiva. Nos. 444–453, Acta No. 446, abril 26 de 1995, sin página.

tentador que se muestra, casi es una crueldad mostrarlo a mis ojos como una constelación refulgente en lo azul, tan alto sobre las cimas en cuyos flancos dejé sangre de mis plantas”.

Los restos del poeta llegaron al Cementerio San Pedro en 1905. El gobierno local realizó un caluroso recibimiento “sencillo pero elegante” y señaló con un “artístico y simbólico monumento, el lugar donde” sus cenizas esperarían “la resurrección”, como había prometido al escritor “que tantas pruebas de cariño dio a (Antioquia) y que con su poderosa estrofa honró y glorificó extraordinariamente.”²¹⁶ Según Saturnino Restrepo, los poetas ejercen influencias inmortales “sobre las multitudes humanas” incluso “en aquellas agrupaciones que vegetan bajo una atmósfera polar, de tinieblas intelectuales.”²¹⁷

El escritor estuvo enterrado tras muerte en 1895 en Ibagué, ciudad donde murió. En su periplo hacia Antioquia, su última y fiel morada, sus huesos sutilmente guardados en una bella urna adornada con una corona de laureles, recibieron honores religiosos en la Capilla del Sagrario, en Bogotá, y palabras elogiosas en el Teatro Colón a cargo de Max Grillo, Antonio J. Restrepo, Rafael Uribe Uribe y Marceliano Vélez, quienes aludieron al recuerdo perpetuo de *María* y recitaron algunos de sus versos como “La tumba de Belisario” y “La Tierra de Córdoba”. Cuando llegaron a Medellín, el 21 de noviembre de 1904 se trasladaron a la Basílica Metropolitana en un carro alegórico, artísticamente decorado por la “Junta Isaacs”, tras ellos desfilaron entre flores y aplausos, altos empleados y corporaciones públicas y privadas, como filas de obreros y gente del común y corriente. Al final del evento se expresó: “Revestía el espíritu de Isaacs una exquisita sensibilidad, abrigaba la suprema exuberancia de la nobleza, sabía leer en el corazón de sus semejantes las pasiones que han sido cubiertas con los sudarios del olvido.”²¹⁸

El 15 de enero de 1905 se inhumaron los restos de Isaacs en el Cementerio San Pedro, después de una solemne misa que se celebró en la Basílica Metropolitana. El cortejo fúnebre recorrió acompañado por los asistentes los cuatro costados del Parque de Berrío; entró en la Calle de Colombia; siguió por la de Junín hasta tomar la de Bolívar y poder llegar al Panteón²¹⁹.

En el camposanto leyeron discurso Fidel Cano y Carlos E. Restrepo. Mediante cartelones públicos se invitó a los medellinenses al célebre acto. Algunos afortunados vieron los huesos que

²¹⁶ Clodomiro Ramírez, *La gran apoteosis de Isaacs. Colección de documentos, y discursos relativos a los honores hechos a la memoria y los restos del cantor de La Tierra de Córdoba* (Medellín: Imprenta Oficial, 1905), 4–7.

²¹⁷ Restrepo, “A Jorge Isaacs”, 177.

²¹⁸ Ramírez, *La gran apoteosis de Isaacs. Colección de documentos, y discursos relativos a los honores hechos a la memoria y los restos del cantor de La Tierra de Córdoba*, 17–18, 31, 34, 38 y 53.

²¹⁹ Ramírez, 83.

estaban cuidadosamente envueltos en papel, los cuales terminaron en dos urnas: en la primera, que tenía bolas de naftalina en los extremos, había “un vaso de cristal con tapón esmerilado” donde se introdujeron; luego se metieron en la segunda, fabricada en “cobre inalterable y barnizada interior y exteriormente”. Se soldó la tapa y se le grabó en una placa metálica este epitafio en latín: “POETA HIC GEORGII ISAACS RELIQUIA JACENT—ANNUS MCMV.”²²⁰ El día del simbólico entierro, el poeta Enrique W. Fernández escribió este verso en nombre de su colega:

“(…) ¡La tierra de Robledo recibe tus cenizas,
encórvanse (sic.) a tu paso rosal, espiga y palma;
mientras tu cuerpo se hunde, trocado en leves trizas,
Las velas del sepulcro, que es nave eterna, rizas,
y viertes en los Andes
el resplandor de tu alma! (…)”²²¹

Pese a este recibimiento majestuoso, Isaacs o “Efraín, el eterno novio de ‘María’”, como se le nombró en la revista *Progreso*, no tuvo mausoleo definitivo sino hasta 1926²²². Dos décadas antes, en 1898, esta obra fue sugerida por el escritor Mariano Ospina Vásquez a la Administración Antioqueña, a la Alcaldía y a la Gobernación, a través de una crónica que publicó en el periódico *El Montañés*, para quien el autor de “La Tierra de Córdoba” era: “el más delicado y sensible artista que tuvo Colombia.”²²³ Este contratiempo, según una nota que apareció en *Lectura y Arte*, en 1903, se debió a que la Guerra de los Mil Días impidió la realización de cualquier proyecto de carácter cultural y arquitectónico, a nombre de la “memoria del poeta”²²⁴.

El acompañamiento de los deudos antioqueños destacó durante el cortejo fúnebre, así como en la exhumación donde ofrendaron “bellas flores a la memoria del glorioso poeta”. Estas fueron las dimensiones y los detalles artísticos del mausoleo de Isaacs que se inauguró en 1926: un metro con noventa y dos centímetros de alto y uno con setenta y cuatro en la base. “El relieve de la figura que se inclina sobre la estela, en un fondo de laureles” de “un metro de alto”. Seis bloques componen el panteón: “dos en la parte inferior, una que forma la segunda grada del monumento, dos las columnas, y una el relieve hasta la base de aquellas”. Se utilizaron dos tipos de mármoles:

²²⁰ Ramírez, 73–74.

²²¹ Ramírez, 59.

²²² Progreso, “Monumento a Isaacs”, 11.

²²³ Ospina Vásquez, “Reseña mensual. (Impresiones personalísimas)”, 278.

²²⁴ Lectura y Arte, “Primer concurso artístico de ‘Lectura y Arte’”, *Lectura y Arte*, nº 3 (1903): 59.

blanco para la parte escultórica, y amarillo, de siena pálido, pulido, para la arquitectónica. Una “verja sencilla y elegante” cierra la obra²²⁵.

A cuatro metros de profundidad se enterraron los huesos de Isaacs el día de la inauguración de su mausoleo. El cortejo, en síntesis, se asemejó bastante a los formalismos funerarios utilizados durante la ceremonia que se realizó en 1905, cuando se colocaron en dos urnas: se les envolvió “en papeles y en una sábana”, acompañados con “bolas de naftalina” y se les metió en “un frasco de cristal con tapón esmerilado”. Posteriormente, se ubicaron en un cajón de madera “fina obra de ebanistería que obsequió la colonia antioqueña residente en Bogotá” donde, además, estaba “el acta de inhumación”. Se introdujeron en otra gaveta fabricada con “láminas gruesas de cobre rojo, inoxidable”. En la tapa colocaron el mismo grabado: “POETA HIC GEORGII ISAACS RELIQUA JACENT ANNUS MCMV” –tallado en esta ocasión por Obdulio Palacio. Por último, se cubrió la tumba con cemento y ladrillos²²⁶.

El general Pedro Nel Ospina asistió al homenaje realizado en 1905 a Jorge Isaacs y pronunció un discurso apologético que, como los otros expositores, Fidel Cano y Carlos E. Restrepo, “en frases sentidas y con palabras brotadas de lo más hondo del alma”, se refirió a la vida y la obra del poeta, enfatizando en las “ternuras de *María*”, su obra cumbre²²⁷.

²²⁵ Progreso, “Monumento a Isaacs”, 11.

²²⁶ Progreso, 11.

²²⁷ Ramírez, *La gran apoteosis de Isaacs. Colección de documentos, y discursos relativos a los honores hechos a la memoria y los restos del cantor de La Tierra de Córdoba*, 91.

Figura 10. [Mausoleo Jorge Isaacs], Marco Tobón Mejía, escultura en mármol, s.d., 1926, s.a., s.f., Archivo Fundación Cementerio San Pedro.



Pedro Nel Ospina perteneció a una “familia emblemática y representativa del modelo dominante e ideal de la sociedad antioqueña, influyente en la política y en la economía, con un ideal de progreso y espíritu práctico incansable.”²²⁸ El Mausoleo familiar donde está inhumado, se ubica en la Plazoleta Central del Cementerio San Pedro. Su tumba es un mausoleo de tipo escultórico que en el medio tiene un cofre con su nombre y en la planta baja una corona de laurel²²⁹.

El mausoleo de la familia Ospina–Vásquez, de estilo Neoclásico, representa a un “pórtico que evoca *la Rostra*, elemento de la arquitectura funeraria romana, de fustes lisos y con remate de capiteles jónicos.”²³⁰ El 4 de mayo de 1929 la tumba de Ospina recibió de parte de la intelectualidad colombiana una célebre visita. Una gran peregrinación atisbó conmovida la tumba de Pedro Nel Ospina, encabezada por el poeta Guillermo Valencia. La comitiva, en memoria del general, rindió homenaje a su nombre a través de sentidas oraciones, en las que también alzaron las voces tanto conmovidas y agradecidas como solemnes y luctuosas, una multitud de medellinenses²³¹.

Dos años antes de la visita de Valencia, la sociedad medellinense asistió masivamente al entierro del general Pedro Nel Ospina el 1 de julio de 1927. Imágenes alusivas al cortejo fúnebre retrataron un acompañamiento generalizado al ataúd del ex–presidente antioqueño, hicieron presencia filas de infantes de ambos sexos, se infiere que pertenecientes a las instituciones de

²²⁸ Guerrero et al., “Historia regional, personajes y tumbas emblemáticas”, 152.

²²⁹ Zea R., “El Cementerio de San Vicente se denomina de San Pedro”.

²³⁰ Guerrero et al., “Historia regional, personajes y tumbas emblemáticas”, 152.

²³¹ Sábado, “Notas Gráficas”, *Sábado* 5, n° 123 (1765).

educación básica y secundaria, hubo tumultos en los balcones y en la calle deudos vestidos con fracs y una considerable hilera de coches enlutados con coronas y arreglos florales²³².

Figura 11. Entierro del General Pedro Nel Ospina, Jorge Obando, Postal, s.d., Medellín, 1927, Archivo Fotográfico B.P.P.



3.2 La muerte simbólica y festiva de los empresarios, los artistas y los científicos

Conviene en este punto de la exposición, comentar que uno de los personajes que integraron a la élite medellinense en el siglo XIX, Alejo Santamaría, consideró de poca relevancia levantar un suntuoso mausoleo para ser enterrado. Santamaría, quien fuera socio-fundador del Cementerio San Pedro, destacado importador de mercancías desde Jamaica, empresario de la minería y político liberal que ocupó los cargos de alcalde municipal en 1831 y de gobernador de Antioquia en 1847: le ordenó a sus albaceas al momento de levantar su testamento: “no quiero para mi sepultura ningún monumento”, porque los consideraba “de vana ostentación”, sino que peticionó que en su tumba se pusiera únicamente una lápida sencilla con su nombre. A sus hijos les suplicó y rogó que dieran

²³² Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), *Entierro del General Pedro Nel Ospina, Jorge Obando, Postal* (Medellín, 1927).

“exacto cumplimiento a esta disposición”. Santamaría, que confesó en su testamento que fue “casado y velado en faz de la Iglesia, y conforme al rito católico”, murió el 4 de julio de 1868, en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín²³³.

Como a Santamaría, al médico y escritor Tomás Quevedo Álvarez, también lo inhumaron en una tumba sencilla, sin mucha pompa. Él, quien era según se lee en su corona fúnebre: “Espíritu elegante, abierto a todas las corrientes generosas de la vida, varón griego que unía, a todas, la virtud extraordinaria de no ofender a los pobres de espíritu con la escandalosa exhibición de su enorme fortuna intelectual²³⁴.

Tomás Quevedo Álvarez estudió ciencias médicas en Londres y París; laboró como profesor de histología, anatomía, patología general y clínica en la Universidad de Antioquia; actuó como socio-fundador de la Academia de Medicina de Medellín; ejerció el cargo de congresista en la República de Colombia y perteneció al grupo literario conocido como “La Bohemia Alegre” que editó en las páginas del diario *El Espectador*, entre octubre de 1895 y enero de 1897, versos y prosas de los jóvenes escritores Jesús Ferrer, Efe Gómez, Saturnino Restrepo, Federico Carlos Henao y Emilio Quevedo Álvarez, su hermano. Antonio María Restrepo, más conocido como Abel Farina, era otro de los contertulios²³⁵.

El 4 de mayo de 1914 falleció en las horas de la tarde, en Bogotá, Tomás Quevedo Álvarez, quien también era: “una fuerza social, una energía política, un amigo excelente, un ciudadano completo, una intelectualidad tan poderosa como pocas da y muy de tarde en tarde, nuestro medio raquíutico y deficiente.”²³⁶ Su funeral se pagó con dineros del Tesoro Público de la República de Colombia y su tumba se cubrió de “hermosos símbolos” que expresaron “cariñoso dolor”, pero también de

²³³ Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1431, Escritura No. 2088, junio-julio de 1870, folios 169v-299v.; Frankly Alberto Suárez Tangarife, “Alejo Santamaría Bermúdez (Medellín, 1804-1868)”, en *Personajes Cívicos* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2018), 20.

²³⁴ Zea R., “El Cementerio de San Vicente se denomina de San Pedro”.; Víctor Sánchez Bustamante, “Jaime Barrera Parra”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* 3, n° 1 (1960): 43-44, <https://bit.ly/3y6k6jv>.; Medellienelcine, “¿Cómo llega el cine a Medellín?”, s. f., <https://bit.ly/3n4z6YL>.; Carlos Cock, *Corona fúnebre; Dr. Tomás Quevedo Al varez 1878-1914* (Medellín: Sin datos, 1915).

²³⁵ María Cristina Arango de Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia (1814 - 1960)* (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006), 165.; Frankly Alberto Suárez Tangarife, *Tomás Quevedo (Medellín, 1848-1902). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Cementerio Museo San Pedro* (Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2014), 205-10.;

²³⁶ Cock, *Corona fúnebre; Dr. Tomás Quevedo Al varez 1878-1914*, 27.

muestras de admiración y de gratitud por las labores que adelantó a favor de la “fraternidad científica”.

Inicialmente Quevedo estuvo enterrado en Bogotá, pero tiempo después, sus restos se trasladaron hacia el Cementerio San Pedro –desafortunadamente desconocemos la fecha–, para acompañar los de algunos de sus familiares que allí reposaban. “Sobre la tumba que los guarde [se refiere a los restos del médico] –se anotó en su corona fúnebre– echarán los campos y los jardincillos de los arrabales un manto de flores regadas con lágrimas.”²³⁷ Si interpretamos esta sugerencia, que contiene un gran sentido poético por cierto, a la luz de una máxima expresión de Philippe Ariès, el cuerpo sin vida de Quevedo, “privado de su alma” en la sepultura, solo sería, “polvo restituido a la naturaleza.”²³⁸

Los poetas Abel Farina, y su hijo Edgar Poe Restrepo, quien murió a los 23 años, el 11 de noviembre de 1942, también fueron inhumados en tumbas sencillas. Los versos de Restrepo aludían a la soledad y a la indiferencia del amor, por ejemplo, el titulado “Una mano”, que canta: “Esta mano que suave me ha cogido, / sin haberme ni siquiera tocado. / Esta boca que besa y no ha besado. / Este pecho que late sin latido. / Este ser que camina y no camina / a mi lado –fantasma que se esfuma– / puedes ser tú, o ser sólo neblina.”²³⁹ Porque el Cementerio San Pedro también ha sido la última morada de artistas y poetas, a finales del decenio de 1970, recibió los restos de Ciro Mendía, pseudónimo de Carlos Edmundo Mejía Ángel, nacido en Caldas, Antioquia, en 1892, y fallecido en La Ceja del Tambo, en 1979²⁴⁰.

A Ciro Mendía se le inhumó en el costado nororiental del Cementerio. En su lápida marmórea aparece tallada una caricatura suya que dibujó su amigo Pepe Mexía en el decenio de 1920, donde resaltan una boina negra ladeada hacia la izquierda, unas rayas que forman su conjunto facial –en el que se percibe una leve sonrisa y un corbatín rojo. Mientras que al derecho, solitaria, una cruz pequeña termina de ambientar la losa encalada y grisácea. Un par de elementos, el color negro y la cruz, merecen ser referenciados por los teóricos: sobre la cruz escribió Nadine Béligand, que “permite a los vivos entregarse plenamente a la ‘terapia universal’ de veneración de los

²³⁷ Cock, 26–39.

²³⁸ Ariès, *El hombre ante la muerte*, 327.

²³⁹ Zea R., “El Cementerio de San Vicente se denomina de San Pedro”, 9.; Edgar Poe Restrepo, “Una mano”, en *Medellín en la poesía* (Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2006), 103–4.

²⁴⁰ Jorge Isaac Ortiz Arboleda, *Ciro Mendía (Caldas, 1892–La Ceja del Tambo, 1979)* (Medellín: Cementerio Museo San Pedro, 2015), 263.

difuntos”²⁴¹; mientras que sobre el negro dijo Wassily Kandinski que se equipara con el silencio de los cuerpos a los que la muerte abate²⁴².

En los textos de Mendía se compaginan armoniosamente la sátira social: “Abajo la Instrucción Pública y la Enciclopedia Británica”; y la jocosidad existencial para autodefinirse como un “cónsul del Estrago / cáustico enemigo de la luna”. En su poema “Réquiem con epitafio al fondo” confesó que se murió de “una arruga en el sombrero, / un bello martes, treinta de febrero, en un barco de arsénico y encajes.”²⁴³ Mientras que en el intitulado “Después de muerto”, le petición a su musa:

“(…) Te recomiendo, amor de mis temblores,
qué cuando tú mi tumba tengas lista,
esté provista, pero bien provista
de teléfono, baño y ascensores.

Que sea una tumba confortable, grata
con vasos de oro y ventanal de plata,
sillones verdes, bar, tapices, seda.

Una tumba a la moda y con espejos,
que no me quede de la tuya lejos
para llamarte a gritos cuando pueda (...).²⁴⁴”

Este singularísimo y sugerente poema de Ciro Mendía puede considerarse como un epitafio vital, eterno y romántico en el que conmemora tanto su muerte, como su arte, su enamoramiento y su memoria. Los epitafios –escribió la investigadora Alma Victoria Valdés–: “incorporan representaciones que coadyuvan a la configuración y divulgación de la identidad”, y, “muestran las descripciones que ciertos sectores sociales hicieron de sí mismos y de la forma en que deseaban ser percibidos por los demás.”²⁴⁵

²⁴¹ Béliand, “La muerte en la ciudad de México en el siglo XVIII”, 10.

²⁴² Kandinsky, *De lo Espiritual en el Arte*, 73–74.

²⁴³ Mendía, *Antología*, 8.; Ciro Mendía, “Réquiem con epitafio al fondo”, citado en Jesús Vargas, *Municipio de Caldas* (Medellín: Asamblea Departamental de Antioquia, 2013), 233.

²⁴⁴ Mendía, *Antología*, 116.

²⁴⁵ Valdés, “Representaciones familiares en los epitafios del siglo XIX”, 82.

Figura 12. [Tumba de Ciro Mendía], Pepe Mexía, grabado sobre mármol, s.d., s.f., Sergio González, 2019, Archivo Fundación Cementerio San Pedro.



Puntualicemos nuestra exposición, aludiendo a la figura del artista plástico Ignacio Cano, hermano de Francisco Antonio Cano, quien murió trágicamente en el centro de Medellín en 1905. Sobre este suceso, Enrique Echavarría Echavarría, escribió: “Se terminaba el edificio que habían mandado a construir los hermanos Luis y Lázaro Mejía, que es hoy del Banco de la República. Tratábase (sic.) de colocar en lo alto de la cornisa superior el nombre de aquel en un letrero grande y dorado; para esto se encargó a Ignacio. Cuando empezó esta labor acompañado de un obrero, de manera inesperada, se reventaron los lazos del andamio, él se vino a tierra y se estrelló contra el suelo.”²⁴⁶

Tras este hecho luctuoso, el escritor Saturnino Restrepo, expresó: “Cada uno de nosotros hubiera querido por virtud de algún prodigio tender las manos en el vacío para detenerlo en su caída. Cada uno de nosotros se hubiera, más tarde, desprendido sin reparo de una partícula de su vida para restaurar la suya. Y ahora, aquí, ante el desastre cumplido, ante la tierra que se abre indiferente y helada para recoger sus restos, cada uno de nosotros extiende las manos con un puñado de flores que embellezcan y regocijen la lobreguez del sepulcro.”²⁴⁷

Ignacio Cano destacó como escultor. Su muerte generó un profundo dolor entre los medellinenses y los escritores locales. El citado Saturnino Restrepo, por ejemplo, anotó el día de su inhumación: “Las almas de los artistas viajan en todo el curso de la vida dolorosa hacia un país

²⁴⁶ Enrique Echavarría Echavarría, *Crónicas e historia bancaria de Antioquia* (Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2003), 48–49.

²⁴⁷ Saturnino Restrepo, “Discurso de S. Restrepo en la inhumación del cadáver de J. Ignacio Cano”, *Lectura y Arte*, n° 4 y 5 (1905): 206.

quimérico de alegría y de belleza. En medio de su infortunio –de ese hondo infortunio con que pagan sus dones al destino– hay para ellos una corona que los distingue luminosamente en medio de las multitudes y a través de las distancias del tiempo y del espacio: es la corona de los creadores.”²⁴⁸ Cano perteneció a un valioso grupo de representantes de las artes visuales: Marco Tobón Mejía, Eladio Montoya, Jorge Ángel, Gregorio Ramírez e Inés Jaramillo. Con ellos participó en la primera exposición colectiva que tuvo Antioquia en el siglo XX, que se realizó en 1903 en el “Tandem Club”²⁴⁹. [Inferimos que esta sociedad estaba ubicada en el centro de Medellín, donde durante los primeros decenios de aquella centuria se desarrolló una importante dinámica de movilización artística].

Antonio J. Cano, Enrique Vidal y Marco Tobón Mejía también expresaron dolor por la muerte de Ignacio Cano y opinaron que era él un “amigo por siempre ausente”. Al unísono, escribieron una nota en su nombre que se publicó en la revista *Lectura y Arte*, cuyo argumento central citamos: “Todavía palpita el recuerdo de aquel momento fatal, que reconstruimos y repadecemos (sic.) todos los días, al mirar involuntariamente como a un punto llamativo que tiene atracción de abismo, la parte más alta del hermoso edificio que ornamentaba Ignacio cuando, luchando brazo a brazo con la afanosa vida, arrebató la muerte a este obrero del arte–.”²⁵⁰

²⁴⁸ Restrepo, 206–7.

²⁴⁹ Londoño Vélez, *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia*, 146.

²⁵⁰ Antonio J. Cano et al., “Ignacio Cano”, *Lectura y Arte*, n° 4 y 5 (1903): 206.

Conclusiones

El estudio de la muerte, como problema historiográfico, se ha investigado desde diferentes perspectivas a partir de la conceptualización realizada por corrientes como la demografía histórica y la historia de las mentalidades, cuyas experiencias se dinamizaron a través de investigadores franceses y británicos. La primera resolvió explicarla valiéndose del estudio de las grandes epidemias acaecidas en América y Europa en una temporalidad que atravesó los siglos XVI y XIX. La segunda, la ha tematizado en muerte catastrófica, muerte cotidiana, muerte domada, muerte de uno mismo y muerte barroca, entendiendo las relaciones de los seres humanos con el sentido de los imaginarios litúrgicos.

Pese a las diferencias metodológicas, ambos enfoques se preguntan en periodos de larga y mediana duración, por el comportamiento social ante la muerte (cómo se velaba a los difuntos, qué rituales se celebran para despedirlos, cuáles símbolos y cuáles santos utilizan los deudos para atalajarlos y recordarlos), así como también se preguntan por los lugares de enterramiento a saber: las catatumbas, los terrenos baldíos y los camposantos intramuros y extramuros²⁵¹.

Esta investigación, determinada y presupuestada como un estudio de caso, se preguntó por las actitudes ante la muerte de la élite vinculada al Cementerio San Pedro, tomando como referencia metodológica la historia de las mentalidades y la historia cultural, para responder, de manera general, a estas inquietudes: cómo se construyeron y se administraron los camposantos en Medellín; cómo se agruparon aquellos al panorama geoespacial, histórico y social de la ciudad; y qué componentes arquitectónicos y estéticos los caracterizaron. En síntesis, con la información procesada, encontramos que los cementerios de San Benito y de San Lorenzo estuvieron controlados por la jerarquía eclesiástica, mientras que el Cementerio San Pedro se construyó y fue administrado por iniciativa de un grupo comercial (cuyos rasgos y funciones en pro de la sociedad favorecieron el desarrollo de la Medellín moderna que empezó a consolidarse a mediados del siglo XIX).

Quedó en evidencia que dichos camposantos tienen un lugar en la memoria regional, principalmente, San Lorenzo y San Pedro; y que, este último, está ambientado por un conjunto de

²⁵¹ Cuenya, “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”.

estilos artísticos elaborados por los “artesanos de la muerte”, es decir, artistas locales, de Medellín, caso de Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866–1931), hermano del importante fotógrafo Luis Melitón Rodríguez, quien ofició en múltiples actividades –constructor, decorador de pompas fúnebres, diseñador, arquitecto y como tallador de lápidas–, muchas de las cuales, sirvieron para armonizar mausoleos y tumbas en el San Pedro²⁵².

Estilos artísticos, creados por aquellos “artesanos de la muerte” sobre los que se representa diariamente la relación de la muerte con la historia, dinámica que es constante en la sociedad desde la Antigüedad, cuando las diferentes culturas, mediterráneas, orientales y mesoamericanas, concluyeron (por supuesto, con diferencias derivadas de su religiosidad, de su praxis socio–cultural y de sus sentimientos) que a los cadáveres debía protegérseles y velar con símbolos y oraciones para que su alma tuviera una feliz travesía, al lado de sus deidades tutelares, en el “más allá”.

Ese “más allá”, profundamente entendido con la praxis religiosa, en el caso suramericano, a través del sincretismo entre el cristianismo y las creencias autóctonas de los aborígenes, que la élite inhumada en el Cementerio San Pedro quiso conquistar –como consta en los testamentos–, con plegarias y dádivas para obras tanto pías como sociales. Camposanto que marcó una coyuntura histórica: primero, concitó la agrupación de ricos en torno a su edificación; encabezó la lista de obras arquitectónicas que ambientaron a Medellín durante su proceso de movilización social, entre los siglos XIX y XX y concilió, pese a que era concebido como espacio para “particulares” y la élite, a notables personalidades con los habitantes de los barrios periféricos de la ciudad después de finales de 1970. Pero eso debe ser motivo de otra investigación.

El Cementerio San Pedro aún contiene en su alma temas de carácter histórico para investigar. Por ejemplo, profundizar en la vida y la obra de artistas y artesanos que desde el siglo XIX participaron de su construcción y ambientación; la importación y comercialización de obras funerarias por parte de locales y agencias internacionales; la transición de cementerio de la élite a espacio para uso de todos; analizar las actitudes ante la muerte de los deudos que después de 1970 comenzaron a inhumar sus difuntos. Sirva este ejercicio para adelantar la rememoración de este proyecto museológico vivo:

²⁵² Juan Camilo Escobar Villegas, “Introducción. Contextos y conexiones en tiempos de Horacio Marino Rodríguez Márquez”, en *Piedra, papel y tijera. Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931) Vida y obra del tallador de lápidas, fotógrafo, artista, constructor, arquitecto, maestro e intelectual Horacio Marino Rodríguez Márquez*, ed. Juan Camilo Escobar Villegas (Editorial EAFIT, 2018), 17.

“Dentro de este proceso de conceptualización de Cementerio Museo, se produjo, a partir de la caracterización y misión, una valoración de su colección. El resultado fue identificar la colección en su espacialidad y en cuatro momentos históricos de prácticas, usos y representaciones ante la muerte, que permitieron agrupar las diferentes piezas y comprenderlas mejor. En estos cuatro momentos históricos se distinguieron diez de valoración que en conjunto han servido además, como base para la construcción de un diagrama de valor de la colección, en la que se plantean diferentes niveles de relevancia de unas obras con respecto a otras.”²⁵³

Estos cuatro momentos, como síntesis y conclusión de la presente investigación, contemplan, en contexto, generalidades necesarias, además, para explicar la historia socio-cultural del Medellín moderno, que pasó de ser una Villa, la de Nuestra Señora de la Candelaria, a una ciudad contemporánea con visión arquitectónica y contexto artístico: lugar en el que el Cementerio San Pedro, ocupa un lugar de privilegio.

²⁵³ Eloisa Lamilla Guerrero et al., “Formulación del Plan Museológico”, en *Libro de relatos funerarios* (Medellín: Gobernación de Antioquia, 2015), 5–7.

Fuentes primarias

Archivos y manuscritos

Archivo Histórico de Antioquia (AHA)

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Colonia, Documento No. 158, folios 228–235.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Colonia, Documentos Generales, Tomo No. 615, Documento No. 9764, folio 5.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Escribanos, sin tomo, 1842, folios. 132v–145v.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Colonia, Documentos Generales, Tomo No. 615, Documento No. 9764, folio 5.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1399, Escritura No. 459, enero–diciembre de 1863, folios 387v–399r.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 380, Escritura No. 923, agosto–septiembre de 1907, folios 2105v–2228r.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 148, Escritura No. 1112, septiembre–octubre de 1884, folio 3187v, folios 3193v–3414v.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 028, Escritura No. 397, septiembre–diciembre de 1859, folios 789r–793r.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 260, Escritura No. 1587, septiembre–noviembre de 1894, folios 4986r–4997v.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1526, Escritura No. 1364, noviembre–diciembre de 1887, folios 3204v–3258r.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1594, Escritura No. 1578, septiembre de 1892, folios 1250r–1287r.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 459, Escritura No. 2154, noviembre–diciembre de 1913, folios 6041r–6043v.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 020, Escritura No. 1112, octubre–noviembre de 1880, folios 3239v–3260v.

- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 114, Escritura No. 1844, noviembre–diciembre de 1879, folios 2879r–3053r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 003, Escritura No. 229, enero–julio de 1850, folio 296v, folios 295v–299v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 034, Escritura No. 163, mayo–noviembre de 1862, folios 436r–445v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1430, Escritura No. 1918, mayo–junio de 1870, folios 3v–13v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 136, Escritura No. 2028, febrero–marzo de 1883, folios 828r–895v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1656, Escritura No. 666, marzo de 1897, folios 1531v–1570v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 366, Escritura No. 1733, octubre–noviembre de 1905, folio 3922r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 125, Escritura No. 2097, junio–agosto de 1881, folio 1972r, folios 1963v–1981v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 121, Escritura No. 1282, noviembre–diciembre de 1880, folios 3706v–3715v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1467, Escritura No. 539, julio–agosto de 1874, folio 265r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo s.d., Escritura No. 1730, agosto–septiembre de 1903, folios 3824r–3907v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1625, Escritura No. 2235, septiembre de 1894, folios 1990v–2039r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 161, Escritura No. 1119, diciembre de 1886, folio 318r, folios 269v–340r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1630, Escritura No. 153, enero de 1895, folios 389v–493r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1628, Escritura No. 1781, noviembre–diciembre de 1894, folios 1302r–1377v.

- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1634, Escritura No. 552, junio–julio de 1895, folios 884v–955r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 124, Escritura No. 1823, abril–junio de 1881, folios 1339r–1371r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1521, Escritura No. 306, febrero–marzo de 1887, folios 640r–705r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1564, Escritura No. 2290, noviembre–diciembre de 1897, folios 616v–666v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1625, Escritura No. 2235, septiembre de 1894, folios 1990v–2039r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1634, Escritura No. 552, junio–julio de 1895, folios 884v–955r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 124, Escritura No. 1823, abril–junio de 1881, folios 1339r–1371r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1521, Escritura No. 306, febrero–marzo de 1887, folios 640r–705r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1639, Escritura No. 1419, noviembre de 1895, folios 29r–96v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 136, Escritura No. 2076, febrero–marzo de 1883, folios 975r–1000v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1431, Escritura No. 2088, junio–julio de 1870, folios 169v–299v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1399, Escritura No. 459, enero–diciembre de 1863, folios 387v–399r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 380, Escritura No. 923, agosto–septiembre de 1907, folios 2105v–2228r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 148, Escritura No. 1112, septiembre–octubre de 1884, folio 3187v, folios 3193v–3414v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 028, Escritura No. 397, septiembre–diciembre de 1859, folios 789r–793r.

- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 260, Escritura No. 1587, septiembre–noviembre de 1894, folios 4986r–4997v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1526, Escritura No. 1364, noviembre–diciembre de 1887, folios 3204v–3258r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1594, Escritura No. 1578, septiembre de 1892, folios 1250r–1287r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 459, Escritura No. 2154, noviembre–diciembre de 1913, folios 6041r–6043v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 020, Escritura No. 1112, octubre–noviembre de 1880, folios 3239v–3260v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 114, Escritura No. 1844, noviembre–diciembre de 1879, folios 2879r–3053r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 003, Escritura No. 229, enero–julio de 1850, folio 296v, folios 295v–299v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 034, Escritura No. 163, mayo–noviembre de 1862, folios 436r–445v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1430, Escritura No. 1918, mayo–junio de 1870, folios 3v–13v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 136, Escritura No. 2028, febrero–marzo de 1883, folios 828r–895v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1656, Escritura No. 666, marzo de 1897, folios 1531v–1570v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 366, Escritura No. 1733, octubre–noviembre de 1905, folio 3922r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 125, Escritura No. 2097, junio–agosto de 1881, folio 1972r, folios 1963v–1981v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 121, Escritura No. 1282, noviembre–diciembre de 1880, folios 3706v–3715v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1467, Escritura No. 539, julio–agosto de 1874, folio 265r.

- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo s.d., Escritura No. 1730, agosto–septiembre de 1903, folios 3824r–3907v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1625, Escritura No. 2235, septiembre de 1894, folios 1990v–2039r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 161, Escritura No. 1119, diciembre de 1886, folio 318r, folios 269v–340r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1630, Escritura No. 153, enero de 1895, folios 389v–493r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1628, Escritura No. 1781, noviembre–diciembre de 1894, folios 1302r–1377v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1634, Escritura No. 552, junio–julio de 1895, folios 884v–955r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 124, Escritura No. 1823, abril–junio de 1881, folios 1339r–1371r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1521, Escritura No. 306, febrero–marzo de 1887, folios 640r–705r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1564, Escritura No. 2290, noviembre–diciembre de 1897, folios 616v–666v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1625, Escritura No. 2235, septiembre de 1894, folios 1990v–2039r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1634, Escritura No. 552, junio–julio de 1895, folios 884v–955r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 124, Escritura No. 1823, abril–junio de 1881, folios 1339r–1371r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1521, Escritura No. 306, febrero–marzo de 1887, folios 640r–705r.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1639, Escritura No. 1419, noviembre de 1895, folios 29r–96v.
- Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Primera, Tomo No. 136, Escritura No. 2076, febrero–marzo de 1883, folios 975r–1000v.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Fondo Notarial, Notaría Segunda, Tomo No. 1431, Escritura No. 2088, junio–julio de 1870, folios 169v–299v.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP)

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), “Documentos relativos al Cementerio de San Pedro”, Medellín, sin datos editoriales, 1844.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), Actas de la Junta Directiva, Nos. 480–489, 1999, sin página.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), Cementerio de San Pedro. Documentos relativos a su fundación y administración. Reglamento que rige la sociedad. Resoluciones de la Junta Directiva. Relación de locales, sus dueños y representantes, Medellín, Tipografía del Comercio, 1899.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), Cementerio de San Pedro. Documentos relativos a su fundación y administración. Reglamento que rige la sociedad, Medellín, Tipografía del Comercio, 1899.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), *Cementerio de San Pedro: el rito de la memoria. 160 años*, Medellín, Instituto para el desarrollo de Antioquia, 2002.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), Actas de la Junta Directiva. Nos. 444–453, Acta No. 446, abril 26 de 1995, sin página.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), Actas de la Junta Directiva, Nos. 444–453, Acta No. 445, marzo 29 de 1995, sin página.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), Libro de Inhumaciones y Exhumaciones, 1907–1925, Medellín, sin datos editoriales, sin folio.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), Libro de Locales del Cementerio San Pedro, sin fecha, folio 42.

Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP), Actas de la Junta Directiva, Nos. 399–409, Acta No. 407, septiembre 25 de 1991, sin página.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP)

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), Jorge Obando, Cementerio de San Lorenzo, Postal, Medellín, Sin fecha.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), Melitón Rodríguez, Lección de Anatomía, Fotografía, Medellín, 1892.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), *Cementerio para Montería*, Fotografía Rodríguez, Medellín, 1920.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), *Cementerio de Manizales. Detalles*, Fotografía Rodríguez, Medellín, 1923.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), *Entierro del General Pedro Nel Ospina*, Jorge Obando, Postal, Medellín, 1927.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), Melitón Rodríguez, Lección de Anatomía, Fotografía, Medellín, 1892.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), *Entierro del General Pedro Nel Ospina*, Jorge Obando, Postal, Medellín, 1927.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP), *Fachada del Cementerio San Pedro*, Anónimo, Postal, Medellín, sin folio.

Archivo Histórico de Medellín (AHM)

Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Alcaldía, Tomo No. 431, folios 369 y 371–372.

Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Concejo de Medellín, Tomo No. 121, 1834, folios 321r–322r.

Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Concejo de Medellín, Tomo No. 47, 1802, folios 339r–340v.

Archivo Histórico de Medellín (AHM), Fondo Personería, Tomo No. 3, 1939–1941, folios 212r–217r.

Archivo Carlos E. Restrepo (ACER)

Archivo Carlos E. Restrepo (ACER), Correspondencia Enviada, Carta de Carlos E. Restrepo a Antonio J. Cano, Roma, enero 31 de 1934, Carpeta No. 74, Documento No. 26, folio 35r.

Archivo Carlos E. Restrepo (ACER), Correspondencia Recibida, Carta de Antonio J. Cano a Carlos E. Restrepo, Medellín, enero 16 de 1934, Carpeta No. 74, Documento No. 25, folio 34r.

Archivo Carlos E. Restrepo (ACER), Correspondencia Recibida, Carta de Antonio J. Cano a Carlos E. Restrepo, Medellín, marzo 8 de 1934, Carpeta No. 74, Documento No. 22, folio 30r.

Archivo Alonso Restrepo Moreno (AARM)

Archivo Alonso Restrepo Moreno (AARM), Escritos sobre medicina, 1930, folio 97.

Archivo Alonso Restrepo Moreno (AARM), Escritos sobre medicina, 1930, folio 76.

Archivo Alonso Restrepo Moreno (AARM), Escritos sobre medicina, 1939, folios 5 y 6.

Archivo Nicanor Restrepo Restrepo (ANRR)

Archivo Nicanor Restrepo Restrepo (ANRR), Correspondencia Enviada, Carta de Nicanor Restrepo Restrepo a Luisa de la Cruz, Medellín, junio 5 de 1913, folio 369.

Archivo Nicanor Restrepo Restrepo (ANRR), Correspondencia Enviada, Carta de Nicanor Restrepo Restrepo a la madre San Luis Gonzaga (su hermana), noviembre 4 de 1918, folio 377.

Archivo Nicanor Restrepo Restrepo (ANRR), Carta de Nicanor Restrepo Restrepo a Juan M. Restrepo R., Medellín, abril 21 de 1919, folio 23.

Bibliografía

- Abt, Analía C. *El hombre ante la Muerte: Una mirada antropológica*. Sociedad Argentina de Cancerología, 2006. <https://bit.ly/2xAt1K0>.
- Alcaraz Hernández, Sonia. “Las pestilentes ‘mansiones de la muerte’”. Los cementerios de la ciudad de México 1870-1890”. *Trace. Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre*, n° 58 (2010): 93–102. <https://bit.ly/3Qzoi2w>.
- Álvarez Echeverri, Tiberio. “José Ignacio Quevedo y la medicina antioqueña en el siglo XIX”. *IATREIA. Revista médica Universidad de Antioquia* 9, n° 2 (1996): 55–59. <https://bit.ly/3b8q1eJ>.
- . “La Academia de Medicina y el desarrollo de la salud”. En *Historia de Medellín*, 276–77. Bogotá: Suramericana, 1996.
- Alzate Echeverri, Adriana María. *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada 1760-1810*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2007.
- Analía, García S. *El ritual de la muerte en Corrientes. Siglo XVIII*. Universidad Nacional del Nordeste, s. f.
- Arango de Tobón, María Cristina. *Publicaciones periódicas en Antioquia (1814 - 1960)*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006.
- Arango, Gloria Mercedes. *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828–1885*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 1993.
- . “La religiosidad en el valle de Aburrá”. En *Historia de Medellín*. Bogotá: Suramericana, 1996.
- . “Los cementerios en Medellín 1786–1940”. En *Historia de Medellín*, 718–20. Bogotá: Suramericana, 1996.
- Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBPP). *Entierro del General Pedro Nel Ospina, Jorge Obando, Postal*. Medellín, 1927.
- . *Jorge Obando, Cementerio de San Lorenzo, Postal*. Medellín, s. f.
- . *Melitón Rodríguez, Lección de Anatomía, Fotografía*. Medellín, 1892.
- Archivo Fundación Cementerio Museo San Pedro (AFCMSP). *Cementerio de San Pedro: el rito de la memoria. 160 años*. Medellín: Instituto para el desarrollo de Antioquia, 2002.
- . *Cementerio de San Pedro. Documentos relativos a su fundación y administración*.

- Reglamento que rige la sociedad. Resoluciones de la Junta Directiva. Relación de locales, sus dueños y representantes.* Medellín: Tipografía del Comercio, 1899.
- Ariès, Philippe. *El hombre ante la muerte.* Madrid: Taurus, 1983.
- . *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días.* Barcelona: El Acantilado, 28, 1975.
- Azpeitia Martín, María. “Historiografía de la «Historia de la Muerte»”. *Studia Historica, Historia Medieval* 26 (2008): 113–32. <https://bit.ly/3OG1BI4>.
- Béligand, Nadine. “La muerte en la ciudad de México en el siglo XVIII”. *Historia Mexicana* 57, n° 1 (2007). <https://bit.ly/3bgsnbB>.
- Bernal Botero, Diego Andrés. *La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada.* Medellín: Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2014. <https://bit.ly/3OoTZKo>.
- Betancur, Agapito. *La ciudad 1675-1925. Tomo 8 Medellín en el 5º cincuentenario de su fundación pasado, presente, futuro,* 2003. <https://bit.ly/3OruyY3>.
- Beyersdorff, Margot. *Historia y drama ritual en los Andes bolivianos (siglos XVI–XX).* Bolivia: Plural Editores, 1999.
- Cano, Antonio J., Enrique Vidal, Francisco Antonio Cano, Marco Tobón Mejía, y Francisco Latorre. “Ignacio Cano”. *Lectura y Arte*, n° 4 y 5 (1903): 206.
- Cardona, S.F. “El culto a los muertos”. *Progreso*, n° 21 (1927).
- Chevalier, Ramón. *Diccionario de símbolos.* Barcelona: Herder, 1991.
- Cobos, Eduardo. “Una polémica higienista y los cementerios de Caracas en el primer guzmanato, 1870-1877”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2009. <https://bit.ly/3n3KPXB>.
- Cock, Carlos. *Corona fúnebre; Dr. Tomás Quevedo Alvarez 1878-1914.* Medellín: Sin datos, 1915.
- Colarte. “Marco Tobón Mejía (Escultor)”, s. f. <https://bit.ly/3AcMQIG>.
- Cuenya, Miguel Ángel. “Los espacios de la muerte. De panteones, camposantos y cementerios en la ciudad de Puebla. De la Colonia a la Revolución”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2008. <https://bit.ly/3n1LMzt>.
- Domínguez Torres, Mario Alberto, María Fernanda Sanabria, Antonio Sánchez Gómez, Hunzahúa Vargas Salamanca, Enrique Martínez Ruíz, Santiago Paredes Cisneros, Yolanda López Correal, y Valentín Ortíz Díaz. *Recordar la fundación--celebrar el futuro: 1938, el cuarto centenario de Bogotá.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Artes, 2007.

- Duque Bernal, Mario. “La canción de la muerte”. *Claridad*, n° 5 (1930).
- Echavarría, Alicia M. De, Rabindranath Tagore, Augusto Duque Bernal, Bartolomé Soler, Alicia Olive, 1889-1957 Mistral, Gabriela, Imelda Restrepo Mejia, et al. “Cómo mejorar las tumbas y algunas costumbres del Cementerio”. *Letras y Encajes*, n° 4 (1926). <https://bit.ly/3xW5Hov>.
- Echavarría Echavarría, Enrique. *Crónicas e historia bancaria de Antioquia*. Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2003.
- Escobar G., Carlos J, y Carlos Escobar Montoya. *Medellín hace 60 años*. Bogotá: Granamérica, 1946.
- Escobar Villegas, Juan Camilo. “Introducción. Contextos y conexiones en tiempos de Horacio Marino Rodríguez Márquez”. En *Piedra, papel y tijera. Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931) Vida y obra del tallador de lápidas, fotógrafo, artista, constructor, arquitecto, maestro e intelectual Horacio Marino Rodríguez Márquez*, editado por Juan Camilo Escobar Villegas. Editorial EAFIT, 2018.
- . “Las élites intelectuales en Euroamérica Imaginarios identitarios, hombres de letras, de artes y de ciencias en Medellín y Antioquia, 1830-1920”. *Universidad EAFIT* 1, n° 1 (2004). <https://bit.ly/3ObW8Jj>.
- Falla Nieto, Luisa Fernanda. *Arte, muerte y sociedad : descripción de monumentos y mausoleos del Museo Cementerio de San Pedro, Medellín*. Medellín: Tesis de maestría, Universidad de Antioquia, 2012.
- Gallo Martínez, Luis Álvaro. *Diccionario Biográfico de Antioqueños*. Bogotá: Autor, 2011.
- Garcés Molina, Rafael, y Joaquin Bernal. *Reglamento del cementerio San Lorenzo*. Medellín, 1934.
- García Estrada, Rodrigo. *Carlos Greiffenstein Kohlleman (Alemania, 1836–Medellín, 1894). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro*. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2014.
- García, Rodrigo, y Julián David Lagos Cortés. *Guillermo Mc Ewen y Escudero (Cartagena, 1836–Santa Rosa de Osos, 1879). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro*. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015.
- García Zapata, Patricia. “Cementerio Museo para la ciudad”. En *Libro de relatos funerarios*, 46–54. Medellín: Gobernación de Antioquia, 2015.
- Garrido Escobar, Astrid Eugenia. *Contextos funerarios en los sitios arqueológicos Siná y el*

- Cantarito*. Medellín: Tesis de Antropología. Universidad de Antioquia, 2007.
- Gélis, Jacques. “El cuerpo, la iglesia y lo sagrado”. *Historia del cuerpo* 1 (2005).
- Goff, Jacques Le. *El nacimiento del purgatorio*. Madrid: Editorial Taurus, 1989.
- . *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1991.
- . *La bolsa y la vida*. París: GEDISA, 1986.
- Gónima Chorem, Eladio. *Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces*. Tipografía de San Antonio, 1973.
- González, Juan Manuel. “Oración fúnebre”. *Antioquia por María*, n° 56 (1925).
- González, Rafael Eduardo. “La muerte del San Lorenzo”. *El Tiempo*, 8 de junio de 2003. <https://bit.ly/3b66kUP>.
- Gruzinski, Serge. “Los hombres y la muerte”. En *Introducción a la historia de las mentalidades*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia México, 1979.
- Guerrero, Arturo. *Habitantes de la memoria: experiencias notables de apropiación social del patrimonio en América Latina*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2005.
- Guerrero, Eloisa Lamilla, Germán Ferro Medina, David Daza Cohen, y Museo Cementerio San Pedro. “Formulación del Plan Museológico”. En *Libro de relatos funerarios*, 5–7. Medellín: Gobernación de Antioquia, 2015.
- Guerrero, Eloisa Lamilla, Germán Ferro Medina, David Daza Cohen, y Museo Cementerio San Pedro. “Historia regional, personajes y tumbas emblemáticas”. En *Libro de relatos funerarios*. Medellín: Gobernación de Antioquia, 2015.
- Hernández Astete, Francisco. “Poder y muerte entre los Incas”. *Revista M* 1, n° 1 (2016). <https://bit.ly/3zNi5Kl>.
- Herrera Moreno, Ethel. “La arquitectura funeraria en la ciudad de México desde la época virreinal”. *Inter-legere*, n° 12 (2013). <https://bit.ly/3HIdefi>.
- hoja de Medellín, La. “Adiós, San Lorenzo”. *La hoja de Medellín*, n° 32 (1995).
- Isaacs, Jorge. *María*. Bogotá: Editorial ABC, 1942.
- Jaramillo, Alejo. “Cementerio San Lorenzo Historia y patrimonio”, 2015. <https://bit.ly/3xQuJ8S>.
- Kandinsky, Wassily W. *De lo Espiritual en el Arte*. México: Premia Editora, 1989.
- Lagrange, Magali. “La tumba de Oscar Wilde, a prueba de besos”. 30 de noviembre de 2011. <https://bbc.in/3n3nrcR>.
- Leal González, Nila, y Antonio Gregorio Rijos. “Rito funerario en la sociedad maracaibera (1790-

- 1850)". *Revista de Artes y Humanidades UNICA*, n° 18 (2007). <https://bit.ly/3ndwsjj>.
- Lectura y Arte. "Primer concurso artístico de 'Lectura y Arte'". *Lectura y Arte*, n° 3 (1903): 59.
- Londoño, Nicolás, y et al. *Cementerio*. Medellín: Imprenta de Isidoro Isaza, 1864.
- Londoño Vega, Patricia. *Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia, 1850-1930*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Londoño Vélez, Santiago. *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1995.
- López Bermúdez, Andrés. *Ricardo Rodríguez Roldán (Anorí, 1834–Medellín, 1912). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro*. Editado por Informe de investigación. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2014.
- Los mejores top 10. "Los mejores cementerios de Europa", 2010. <https://bit.ly/3QFOvFR>.
- Márquez Valderrama, Jorge. *Ciudad, miasmas y microbios: La irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2005.
- Martínez Shaw, Carlos. *El siglo de las luces: las bases intelectuales del reformismo*. España: Temas de Hoy, 1996.
- Mayor Mora, Alberto. "Los artesanos de Medellín en el siglo XIX". En *Historia de Colombia*. Bogotá: Suramericana, 1996.
- Medellienelcine. "¿Cómo llega el cine a Medellín?", s. f. <https://bit.ly/3n4z6YL>.
- Mejía Arango, Juan Luis. "La fotografía". En *Historia de Colombia*. Bogotá: Suramericana, 1988.
- Mejía Cubillos, Javier. *Diccionario Biográfico y Genealógico de la élite antioqueña y viejocaldense. Segunda mitad del siglo XIX y primera del XX*. Pereira: Red Alma Mater, 2012.
- Mendía, Ciro. *Antología*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2001.
- Mendoza, Latorre. *Historia e historias de Medellín, siglos XVII-XVIII-XIX*. Bogotá: Ediciones Tomás Carrasquilla, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1934.
- Montoya Correa, Jonathan. "Cuatro siglos de El Poblado de San Lorenzo de Aburrá: la génesis de Medellín". *El Eafitense*, n° 110 (2016). <https://bit.ly/3tZ5QX8>.
- Morales Pamplona, Angélica. *Medellín en la memoria de Ricardo Olano*. Instituto Tecnológico Metropolitano, 2006.
- Morín, Edgar. *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairos, 1974.
- Mundo.com, El. "Ruth Castaño lleva cerca de 13 años secuestrada Dolly sueña con abrazar de

- nuevo a su hija”. *El Mundo.com*, s. f. <https://bit.ly/3u52j9X>.
- Ochoa, Lisandro. *Cosas viejas de la villa de la Candelaria*. Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2004.
- Olano, Ricardo. “S. de M. P. De las sesiones”. *Progreso*, n° 3 (1926).
- . “S. de M. P. De las sesiones”. *Progreso*, n° 4 (1926).
- Orozco Guarín, Carlos Andrés. *Inicio, esplendor y ocaso de la prostitución en Lovaina (Medellín), 1925-1955*. Medellín: Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2005.
- Ortiz Arboleda, Jorge Isaac. *Ciro Mendía (Caldas, 1892–La Ceja del Tambo, 1979)*. Medellín: Cementerio Museo San Pedro, 2015.
- Osorio Gómez, Jairo. *Niquitao Una geografía de cruces*. Instituto Tecnológico Metropolitano, 2008.
- Ospina, Uriel. *Medellín tiene historia de muchacha bonita*. Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 1976.
- Ospina Vásquez, Mariano. “Reseña mensual. (Impresiones personalísimas)”. En *El Montañés*, 45. Medellín: Universidad de Antioquia, 1897.
- Pérez, Ana María. “Salubridad y vida urbana en el nuevo reino de granada, 1760-1810”. *HiSTORELo. Revista de Historia Regional y Local*, 2009. <https://bit.ly/3xS2TJi>.
- Pérez Monsalve, Bladimir. “Portadas de la eternidad”. *Cementerios: espacios sagrados y urbanos, Medellín, 1828 – 1933*. Medellín: Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2012.
- Poe Restrepo, Edgar. “Una mano”. En *Medellín en la poesía*. Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2006.
- Progreso. “Monumento a Isaacs”. *Progreso*, n° 1 (1926).
- . “Notas”. *Progreso*, n° 6 (1926).
- . “Notas históricas”. *Progreso*, n° 2 (1926).
- . “Tobón Mejía”. *Progreso*, n° 23 (1928).
- Ramírez, Clodomiro. *La gran apoteosis de Isaacs. Colección de documentos, y discursos relativos a los honores hechos a la memoria y los restos del cantor de La Tierra de Córdoba*. Medellín: Imprenta Oficial, 1905.
- Rendón Correa, Luis Alfonso. *El Cementerio Universal de Pedro Nel Gómez, una solución para la inhumación de cadáveres en Medellín, en el periodo 1933 - 1953*. Medellín: Trabajo de

- grado profesional, Universidad de Antioquia, 2015.
- Responde, El Teologo. “¿Qué son las Misas Gregorianas? ¿Es verdad que no se pueden cortar?”, 2014. <https://bit.ly/3HQOtGQ>.
- Restrepo, Carlos E. “Risa Trágica”. *Lectura y Arte (1903-1906)*, n° 11 (1905). <https://bit.ly/3xWr8pQ>.
- Restrepo Orrego, Giovanni. *José María Barrientos (Bello, 1779–Medellín, 1850)*. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015.
- Restrepo, Saturnino. “A Jorge Isaacs”. *Lectura y Arte*, n° 4 y 5 (1905).
- . “Discurso de S. Restrepo en la inhumación del cadáver de J. Ignacio Cano”. *Lectura y Arte*, n° 4 y 5 (1905).
- Rodríguez Jiménez, Pablo. “Cuerpos, honras fúnebres y corazones en la formación de la República colombiana”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38, n° 2 (2011): 155–79. <https://bit.ly/3u60Wb3>.
- Rodríguez, Melitón. “Testigo en blanco y negro”. *Revista Semana*, 2018. <https://bit.ly/3y9nxG1>.
- Rojas, Eddy Natalia. “Despedida al cementerio San Lorenzo”. *El Mundo.com*, 20 de diciembre de 2005. <https://bit.ly/3ydfYx5>.
- Sábado. “Notas Gráficas”. *Sábado* 5, n° 123 (1765).
- Safford, Frank, y Marco Palacios. “El trasfondo indígena”. En *Historia de Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*, 29–41. Bogotá: Universidad de los Andes. Facultad de Administración, 2012.
- Sallis, John. *Piedra*. Valencia: Pre-textos, 2009.
- Sánchez Bustamante, Víctor. “Jaime Barrera Parra”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 3, n° 1 (1960): 43–44. <https://bit.ly/3y6k6jv>.
- Sanín Echeverri, Jaime. *Crónicas de Medellín*. Medellín: Banco Central Hipotecario, 1950.
- Santonja, José Luis. “La construcción de cementerios extramuros: un aspecto de la lucha contra la mortalidad en el Antiguo Régimen”. *Revista de Historia Moderna*, n° 17 (1999). <https://bit.ly/3xPZDhB>.
- Séguy, Isabelle. “La muerte de los pequeñitos: entre el dogma y las creencias populares. Francia, de finales de la Antigüedad a la Época Moderna”. *TRACE*, n° 58 (2010). <https://bit.ly/3u20LgP>.
- Silva, Isidoro. *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906*. Medellín:

- Instituto Tecnológico Metropolitano, 2003.
- Stambuk M., Patricia. *Voces en el Panteón: historias y personajes del cementerio N° 1 de Valparaíso*. Chile: Valparaíso : Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2007.
- Suárez Tangarife, Frankly Alberto. “Alejo Santamaría Bermúdez (Medellín, 1804–1868)”. En *Personajes Cívicos*, 19–23. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2018.
- . *José Julián Saldarriaga Estrada (Medellín 18??-1882), La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro*. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015.
- . “Juan Pablo Sañudo”. En *Personajes Cívicos*. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2018.
- . *Julio Ramírez Johns (1885–1982). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio San Pedro*. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015.
- . *Pedro Uribe Restrepo. La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Museo Cementerio de San Pedro*. Editado por Informe final de investigación. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2015.
- . “Pedro Uribe Restrepo (Envigado, 1787–Medellín, ca. 1845)”. En *Personajes Cívicos*. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2018.
- . *Tomás Quevedo (Medellín, 1848–1902). La apuesta biográfica. Una propuesta de acercamiento a la colección del Cementerio Museo San Pedro*. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2014.
- Suárez Tangarife, Frankly, Alberto, y Yadir Tascón. “Mercedes Zuláibar Santamaría (Medellín Ca. 1800–1875)”. En *Personajes Cívicos*, 14–18. Medellín: Fundación Museo Cementerio San Pedro, 2018.
- Thoorens, Léon. *Panorama de las literaturas. De Sumer a la Grecia Clásica*. Barcelona: Ediciones Daimon, 1968.
- Timalquin. “En el Cementerio San Pedro”. *Sábado*, n° 61 (1922): 742.
- . “Las manos de la muerte”. *Sábado*, n° 35 (1922): 417.
- Torres Urrego, Juan Diego. “Cinzel y mármol. La familia Rodríguez Roldán y el oficio de lo fúnebre”. En *Piedra, papel y tijera. Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931) Vida y obra del tallador de lápidas, fotógrafo, artista, constructor, arquitecto, maestro e intelectual*

- Horacio Marino Rodríguez Márquez*, editado por Juan Camilo Escobar Villegas. Medellín: Editorial EAFIT, 2018.
- . “La creación del Cementerio San Pedro: negocio y oficios funerarios”. En *Piedra, papel y tijera. Horacio Marino Rodríguez Márquez (1866-1931) Vida y obra del tallador de lápidas, fotógrafo, artista, constructor, arquitecto, maestro e intelectual Horacio Marino Rodríguez Márquez*, editado por Juan Camilo Escobar Villegas, 159–62. Medellín: Editorial EAFIT, 2018.
- . “Permiso para construir un cementerio nuevo”. En *Libro de relatos funerarios*, 46–54. Medellín: Gobernación de Antioquia, 2015.
- Trancho, Gonzalo J. “Los cuerpos del pasado: momificación natural y artificial”. En *Jornadas sobre antropología de la muerte. Identidad, creencias y ritual*, 247–74. España: Ministerio de Cultura, Educación y Deporte, 2012.
- Turismo. “Seis cementerios imprescindibles de Europa”, 2015. <https://bit.ly/3AaSNGj>.
- Uhle, Friedrich Max. “El cementerio de la primera terraza del Templo del Sol”. En *Pachacamac*. Lima: Fondo Editorial UNMSM, 2003. <https://bit.ly/3HYw4z2>.
- Valdés, Alma Victoria. “Representaciones familiares en los epitafios del siglo XIX”. *TRACE*, n° 58 (2010). <https://bit.ly/3u18GLz>.
- Vargas, Jesús. *Municipio de Caldas*. Medellín: Asamblea Departamental de Antioquia, 2013.
- Varón P., Teresita, CORANTIOQUIA, Alberto Londoño, y León Morales. *Árboles urbanos*. Medellín: Corantioquia, 2002.
- Vázquez Salguero, David Enrique, y Adriana Corral Bustos. *Monumentos funerarios del Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, 1889 - 1916*. El Colegio de San Luis, 2004.
- Villegas, Luis Eduardo. *Boceto del Doctor Manuel Uribe Ángel y su Corona fúnebre*. Imprenta Departamental de Antioquia, 1905.
- Vovelle, Michel. *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Editorial Ariel, 1985.
- Wachtel, Nathan. *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530–1570)*. Madrid: Alianza Editorial, 1976.
- Will de Chaparro, Martina E. “De cuerpo a cadáver: el tratamiento de los difuntos en Nuevo México en los siglos XVIII y XIX”. *Relaciones* 24, n° 094 (2003): 61–90. <https://bit.ly/3nmpY1D>.
- Wolf, Eric. *Pueblos y culturas de Mesoamérica*. Mexico: Ediciones Era, 1983.

Zea R., Jairo. "El Cementerio de San Vicente se denomina de San Pedro". *Raza* 1, n° 2 (1946): 8–10.